



FLACSO
ARGENTINA

Área de Género, Sociedad y Políticas

Maestría en Género, Sociedad y Políticas

La vida cotidiana de las mujeres migrantes bolivianas que viven en las ciudades de Villa María y Villa Nueva: entrelazando la producción y la reproducción de las unidades domésticas. Una mirada centrada en la interseccionalidad y la teoría decolonial.

Autora: Oliva, Alicia

Director/a de Tesis: Roitman, Susana

**Tesis para optar por el grado académico de Magíster en Género,
Sociedad y Políticas**

Fecha: (13/11/2017)

A mi padre y su irremplazable compañía

*A las mujeres que luchan y desafían
cada día la dominación patriarcal,
capitalista y colonial*

Agradecimientos

A través de estas líneas quiero expresar mi más sentido agradecimiento a todos/as las personas que con su soporte humano y científico han colaborado para hacer posible este trabajo de investigación

A nivel institucional a quienes forman parte de esta Maestría, docentes, tutores y compañeras/os cuyos aportes me permitieron mayores conocimientos y conformar una nueva performance en mi hacer como trabajadora y como persona al reubicar y profundizar mis conocimientos desde la perspectiva de género.

Agradecer muy especialmente a mi compañera y directora de Tesis Dra. Susana Roitman por su orientación, soporte e incondicional apoyo en base a una dedicación, compromiso y sensibilidad que resultaron imprescindibles para seguir y estimular esta tarea emprendida.

Extiendo mi agradecimiento a mis compañeros/as del equipo de investigación de la Universidad Nacional de Villa María quienes me facilitaron la información y el acompañamiento necesarios para este trabajo, especialmente a María Luz, Natalia y Nahuel.

También agradezco a Manuel Lunari Foglizzo, quién más allá del trabajo de apoyo y guía profesional de mi escritura, su amistad me otorgó el respaldo necesario en esta tarea.

Reconozco y agradezco especialmente la amistad y cariño a las mujeres que se convirtieron en mis interlocutoras y que en base a su confianza me permitieron compartir partes de sus días. Sin ellas no hubiera podido emprender este trabajo.

A mis amigos y amigas y las largas charlas de Natacha, con quién comparto mi militancia feminista.

Por último, pero no menos importante, la comprensión, afecto y el apoyo incondicional de Leonardo, Magdalena y mi madre.

Índice

Introducción	6
Capítulo I: Acercamientos teóricos y metodológicos.	11
1.1.Breve introducción al derrotero del feminismo	11
1.2.La interseccionalidad desde las poblaciones racializadas.....	16
1.3.Interseccionalidad en América Latina.....	18
1.4.Colonialidad y feminismo decolonial.....	20
1.5.Lo decolonial e interseccional desde las mujeres migrantes bolivianas	27
1.6.El trabajo ampliado.....	28
1.7.Perspectiva epistemológica.....	30
1.8.El camino metodológico y las técnicas de recolección.....	31
Capítulo II: Las mujeres migrantes bolivianas en el conglomerado Villa María - Villa Nueva: una caracterización sociodemográfica.	34
2.1.La migración boliviana hacia Argentina: una periodización.....	34
2.2.La relación Bolivia-Argentina.....	37
2.3.Migraciones bolivianas en datos	44
2.4.¿Feminización de la migración?.....	46
2.5.Hacia la Provincia de Córdoba.....	50
2.6.Las ciudades de Villa María y Villa Nueva.....	53
2.7.Los y las migrantes bolivianos/as en las ciudades de Villa María y Villa Nueva	59
Capítulo III: Las trayectorias de vida	65
3.Las trayectorias	65
3.1.Trayectorias vitales y laborales	67
3.1.1.Tres relatos: Quintina, Regina y Filomena	70
3.2.Las secuencias	80
3.2.1.Secuencias a muchas voces, la trayectoria laboral hacia Argentina	83
Capítulo IV: El establecimiento: el trabajo productivo y reproductivo.	96
4.1 El trabajo productivo y reproductivo.....	98
4.2.La unidad doméstica: el trabajo productivo y reproductivo.....	101
4.3.Las periurbanas y las urbanas.....	104
4.3.1.Las Periurbanas: las horticulturas y las ladrilleras	104

4.3.2.Las mujeres horticultoras: su función reproductora	107
4.3.3.La unidad doméstica en el cortadero: las mujeres migrantes bolivianas en la confección artesanal del ladrillo	115
4.3.4.Las Urbanas: trabajadoras “amas de casa”	122
4.4.Resistencias de las mujeres migrantes bolivianas.....	127
4.4.1.Relaciones, tiempo, dinero y saberes	129
Conclusiones	136
Bibliografía	143

Introducción

Este trabajo es el resultado de un proceso de investigación que analiza las trayectorias y la vida cotidiana de las mujeres migrantes bolivianas afincadas en las ciudades de Villa María y Villa Nueva (Córdoba/Argentina) desde la perspectiva de género decolonial y el análisis interseccional.

El problema de esta investigación emergió como resultante del trabajo que vengo desarrollando desde hace más de una década, como miembro del equipo de investigación sobre migrantes de origen boliviano en la provincia de Córdoba con sede en la Universidad Nacional de Villa María (UNVM), focalizado en la población migrante boliviana en dos espacios: el cinturón hortícola y los cortaderos de ladrillos, a partir de conceptos tales como primera y segunda generación, trayectorias y redes migrantes.

El recorrido de formación en la Maestría en Género, Sociedad y Políticas (PRIGEPP, FLACSO, Argentina) me aportó nuevos marcos interpretativos y herramientas para comprender mejor las problemáticas de las mujeres bolivianas residentes en la región desde una perspectiva de género.

De esta manera al acercamiento y confianza logrados con este colectivo después de años de compartir experiencias se sumó la formación académica en género, lo cual me otorgó la oportunidad de plantear y desarrollar el tema.

Del proyecto a la investigación.

Esta investigación se propuso desde la formulación del proyecto, contribuir a enriquecer los estudios de género y migraciones desde un abordaje específico centrado en el trabajo productivo y reproductivo de las mujeres bolivianas.

En el inicio del proyecto nos preguntábamos como equipo de investigación “¿Cómo inciden las condiciones estructurales de las mujeres migrantes bolivianas y su triple subordinación, ubicadas en el sector hortícola de las ciudades de Villa María y Villa Nueva, en la actualidad, en sus prácticas cotidianas laborales y reproductivas?”. A medida que

transcurrió el proceso de investigación tomamos dos decisiones teórico-metodológicas que reformularon la propuesta preliminar y afectaron este trabajo.

La primera fue ampliar el objeto de investigación y extenderlo desde las mujeres asentadas en las quintas hacia aquellas afincadas en los cortaderos y en los barrios de la ciudad. Este giro se produce al descubrir la fuerza que toma la especificidad del proceso de trabajo en la característica de la vida cotidiana de estas mujeres. Direccionamos pues nuestra mirada sobre otros espacios laborales donde estas mujeres se ubican y trabajan en la región. Procuramos de esta manera “recuperar” y “diversificar” sus voces y no homogenizar su tratamiento. Por lo tanto, nuestro objeto de estudio son las “mujeres migrantes bolivianas” de acuerdo a los lugares donde residen y labores que emprenden: en las quintas, los cortaderos y las amas de casa. Nos valimos del análisis comparativo de casos, de modo de identificar efectos comparables de la problemática, diferencias y similitudes entre ellas.

La segunda decisión tuvo que ver con las lecturas teóricas y el procesamiento del trabajo de campo. En efecto, analizar “las condiciones estructurales de las mujeres migrantes bolivianas y su triple subordinación en sus prácticas cotidianas laborales y reproductivas” implica una lectura que enfatiza el aspecto estructural y pone en paréntesis la acción de los agentes. Por el contrario, el devenir de la investigación nos exigió recuperar la agencia y su capacidad transformadora en un espacio de posibles. Por esta razón tematizamos las resistencias como un eje central.

En base a estas dos decisiones podemos reformular el objetivo de investigación en estos términos: “Analizar la relación entre condiciones estructurales marcadas por la triple subordinación y las prácticas de las agentes en las quintas, en los cortaderos y las amas de casa”.

Nuestra hipótesis sostuvo que la vida cotidiana de las mujeres migrantes bolivianas ubicadas en las ciudades de Villa María y Villa Nueva se caracteriza por un ejercicio simultáneo de prácticas laborales y reproductivas de la unidad doméstica dando cuenta por un lado de las oportunidades y limitaciones determinadas por el contexto social, político y económico por su condición de clase, raza y nacionalidad; y por otro, de las relaciones de dominación y de poder de género dentro de la unidad doméstica.

Agregaríamos ahora que esa sugerencia se prueba para el caso de las quintas y los cortaderos, pero no para el de las amas de casa. A lo largo del trabajo y en las conclusiones trabajaremos sobre el asunto del solapamiento entre lo productivo y lo reproductivo, así como las hendidias que deja tal solapamiento para proyectar prácticas de resistencia.

El análisis que proponemos va más allá del dato estadístico o caracterización de sus perfiles como sujetas migrantes. Procuramos comprender cómo algunas mujeres migradas están envueltas en un complejo engranaje de poder en el cual existen estructuras de dominación que las presionan de forma múltiple y simultánea. Dicha posición entreteje y genera situaciones y experiencias concretas que nuestro estudio delimitó en tres aspectos interrelacionados que delimitamos en el transcurso de nuestra indagación: a) sus trayectorias laborales; b) sus anclajes laborales concretos en el plano local; y c) las resistencias ocultas que ejercen en su vida cotidiana

El trabajo recoge las voces y reflexiones de mujeres migradas con las que hemos interactuado, la manera cómo ellas han construido su trayecto migrante, se ven, se nombran, y definen su realidad.

Compartiendo tareas y saberes

Nuestro trabajo se construyó como un proceso, el cual nos fue posible por el recorrido previo de más una década de investigación con ese colectivo. Este trabajo sistemático y el compromiso establecido a nivel personal, generó lazos de confianza abriéndonos la posibilidad de compartir saberes.

En los casos del cortadero y de las quintas, el reconocimiento y los lazos de confianza entre entrevistadas e investigadora generados con anterioridad nos permitió compartir tanto experiencias significativas como los eventos de cumpleaños familiares, festividades propias, la celebración de carnavales, la peregrinación de la Virgen de Urkupiña, como en la vida cotidiana especialmente el acompañamiento en sus labores diarias. Participamos así de jornadas laborales en el proceso de la confección del ladrillo en los cortaderos; y en la cosecha participamos del lavado y preparación de las verduras para su posterior venta en el mercado en las quintas.

Los espacios compartidos – tareas, charlas, comidas, juegos con los niños- nos permitieron familiarizarnos y reconocernos como mujeres, a las que opresiones y sufrimientos habilitan un espacio común, así como reconocer nuestras diferencias.

En el caso de las amas de casa accedimos en un primer momento, a través de informantes claves, en este caso las trabajadoras sociales de los centros de asistencia primaria de salud barriales (los denominados CAPS) y de un pastor evangélico, y posteriormente a través de los propios vínculos que entre mujeres migrantes bolivianas establecen.

De estos ámbitos surgió la demanda de alfabetización que se plasmó a través del Proyecto de Extensión/U.N.V.M/2016-2017, denominado “Yo sí puedo: desde una perspectiva intercultural”, el cual involucró a otros/as estudiantes alfabetizadores/as de la Universidad Nacional de Villa María y nos otorgó otro espacio de encuentro. La práctica alfabetizadora se realiza actualmente en un cortadero de ladrillos y se pretende extenderla hacia las mujeres “amas de casa” en los barrios de la ciudad.

Estructura de la presentación

En nuestra presentación dividimos el trabajo en cuatro capítulos y las conclusiones finales.

En el primer capítulo daremos cuenta de nuestro enfoque teórico y metodológico haciendo pie en el enfoque decolonial e interseccional interconectado al trabajo y las migraciones. En el segundo capítulo se desarrolla un análisis sociodemográfico de las migraciones de origen boliviano hacia la Argentina de manera de precisar objetivamente este flujo migratorio en la Argentina y en el *continuum* urbano de villa María – Villa Nueva donde centramos el trabajo.

En el tercer capítulo, desarrollamos las trayectorias de vida de las mujeres migrantes bolivianas, dividiendo el análisis en dos momentos. En un primer momento, a partir de la construcción de tres relatos que consideramos referenciales de las trayectorias emprendidas hacia la región y su afincamiento, de acuerdo a los espacios donde residen y trabajan actualmente, y en un segundo momento rescatando las voces de todas nuestras entrevistadas con el objetivo de plasmar sus espacios comunes tanto como sus particularidades.

En el cuarto capítulo, analizamos en un primer momento las unidades domésticas dando cuenta de los modos que estas mujeres articulan sus trabajos productivos y/o reproductivos según estén ubicadas en la horticultura, en la confección del ladrillo artesanal y como amas de casa. En un segundo momento, nos centramos las resistencias emergentes construidas en su cotidianidad, como espacios de relativa autonomía.

Capítulo I: Acercamientos teóricos y metodológicos.

1.

En este capítulo desarrollamos las herramientas teóricas y metodológicas que nos permiten abordar nuestro objeto de estudio: las mujeres migrantes bolivianas de Villa Nueva y Villa María, sus trayectorias y su cotidianeidad en espacios laborales específicos. Abriremos el acercamiento con una breve reconstrucción de la formación del campo de los estudios feministas y su imbricación con prácticas políticas. Veremos luego como emerge de este campo la categoría de interseccionalidad y la comprensión de las diversas matrices de opresión que se entrelazan incluyendo el género, la clase y raza/etnia. Anclaremos esta perspectiva interseccional en los estudios decoloniales que señalan que estas opresiones se engarzan en un sistema de colonización amplio que incluye heterogeneidades geográficas e históricas. Con este ese marco trabajaremos luego el sentido de “mujer migrante boliviana” que se instituye en la triple dominación de clase, género y etnia. Por último, argumentaremos por qué la esfera del trabajo productivo y reproductivo con sus límites difusos resulta un *locus* privilegiado para el análisis de trayectorias y vida cotidiana de estas mujeres.

Con estas herramientas teóricas daremos cuenta de nuestra perspectiva epistemológica que entiende que la objetividad de la ciencia no implica una posición neutral frente al objeto de estudio y consecuentemente la metodología de acercamiento implica la investigación acción comprometida poniendo en diálogo diversidad de saberes.

1.1. Breve introducción al derrotero del feminismo

Las perspectivas sobre el feminismo, tanto desde la teoría como de la praxis política, han sido diversas. El feminismo como campo de pensamiento y de acción amplio y complejo es considerado tanto como uno de los movimientos sociales y políticos más importantes de los siglos XX y XXI como una teoría que pone de manifiesto la existencia de las diversas opresiones y desigualdades hacia las mujeres. El activismo y el desarrollo teórico, se retroalimentan contribuyendo al conocimiento sobre la realidad de las mujeres, recuperando su historia y demandando transformaciones.

Desde la perspectiva europea, la discusión sobre las reivindicaciones de las mujeres se tematiza y se vuelve pública a partir de la Ilustración y especialmente desde la Revolución Francesa. La clave del debate es política puesto que se reclama la inclusión de las mujeres como sujetas de derechos universales en pie de igualdad con sus pares varones. Las mujeres de fines del siglo XVIII señalaban lo paradójico de la exclusión de la mitad de la humanidad de derechos de ciudadanía que establecía el nuevo orden político y social y que supuestamente tenían un alcance universal. La primacía de la ley, la autonomía de los seres humanos y el reconocimiento de la dignidad humana no alcanzaban a las mujeres. Disuelta la naturalización de un orden jerárquico inmanente, la discriminación hacia las mujeres y otros grupos resultaba incongruente e iba a contrapelo de las desigualdades efectivas. El empuje libertario del discurso inspiraba a todos los/as sujetos/as a exigir el ingreso a la ciudadanía. En consecuencia, como movimiento reivindicativo, las mujeres ilustradas exigían que la universalidad de la razón, la emancipación de los prejuicios, la aplicación del principio de igualdad y la idea de progreso se extendieran a la población femenina. Por ello, el feminismo aparece como “hijo no querido de la Ilustración” (Valcárcel, 2001, p.6) y vinculado sin ninguna duda al movimiento por los derechos humanos.

A fines del siglo XIX, se genera el movimiento sufragista en Europa y Estados Unidos. Los principales reclamos y logros giraron en torno al reconocimiento de los derechos políticos y civiles de las mujeres. Amelia Valcárcel (2001) denomina a este período sufragista-liberal porque se centró principalmente en las aspiraciones de las mujeres burguesas. El énfasis en la ciudadanía como igualdad formal de este movimiento generó desencuentros con otros grupos, como las mujeres negras o las obreras que extendieron su reclamo hacia los derechos sociales y económicos.

A mediados del siglo XX aparecen algunos textos referenciales, entre los que se destaca “El segundo sexo” de Simone de Beauvoir, escrito 1949, en el cual se enfatiza la idea de que ser mujer es una construcción cultural, lo que queda reflejado en su célebre afirmación “No se nace mujer: se llega a serlo”. Esto es, las características humanas consideradas como “femeninas” no se derivan de manera natural de su sexo, sino que son adquiridas por las mujeres mediante un complejo proceso individual y social. El libro se convierte en un pilar de la teoría de género que avanza contra el entendimiento biologicista que deriva el rol

asignado a la mujer desde su constitución física. Se va a explicar así el género como una construcción simbólica establecida sobre los datos biológicos de la diferencia sexual (Lamas, 2013).

Posteriormente, las discusiones sobre “sexo” y “género” pusieron en juego el papel de la socialización como elemento clave en la adquisición de la identidad femenina o masculina en función de los hallazgos científicos y de discusiones conceptuales que señalaban la diferencia entre “sexo” y “género”. Como afirma Marta Lamas (1999), en los años setenta con los Estudios de la Mujer, por el feminismo estadounidense -que desembocaron luego en los Estudios de Género- se buscó legitimar académicamente esta distinción. Dicha tarea significó explicar una serie de condicionamientos sociales y culturales de su historia, los cuales se inscriben sobre los cuerpos y la sexualidad humana y son enunciados como naturales por la ideología patriarcal. En ese tiempo las discusiones señalaban el lugar del sexo como lo heredado y el género como lo adquirido a través del aprendizaje cultural. Fue en esas décadas que el género, como categoría de análisis, emerge con fuerza dentro de las distintas disciplinas académicas, con objetivos tanto académicos como políticos. La autora señala

[que los estudios de género se proponían] distinguir que las características humanas consideradas femeninas eran adquiridas por las mujeres mediante un complejo proceso individual y social, en vez de derivarse naturalmente de su sexo. Suponían que con la distinción entre sexo y género se podía enfrentar mejor el determinismo biológico y se ampliaba la base teórica argumentativa a favor de la igualdad de las mujeres. (p. 147)

Se iniciaba de ese modo el debate sobre el género como uno de los anclajes que llevó posteriormente al reconocimiento de una variedad de formas de interpretación, simbolización y organización de las diferencias sexuales en las relaciones sociales y perfiló una crítica a la existencia de una esencia femenina.

Como sostienen varias autoras, fue en las décadas de los sesenta y setenta del siglo XX que se reafirman perspectivas teóricas. Se trazan vínculos con los movimientos feministas y se visibiliza la dominación privada y personal, la social y la política hacia la mujer. Al considerar que “lo personal es político” se puso en referencia los problemas de lo privado, la familia y la sexualidad como ámbitos de poder y dominación sobre las mujeres.

El ámbito de la crítica feminista no quedó relegado a al desarrollo europeo, se extendió y amplió a diversos países y continentes y a toda la cultura y se elaboraron nuevas teorías donde los fundamentos fuertes fueron las nociones de género y patriarcado, así como las relaciones entre el capitalismo y la dominación patriarcal, descartando la naturalización de la subordinación de las mujeres.

Como sostiene Cristina Sánchez Muñoz (2001) el propósito fue lograr la ampliación de derechos, el reconocimiento pleno de la igualdad, la reivindicación de una sexualidad libre, la invisibilización del trabajo doméstico realizado por las mujeres y la denuncia de los estereotipos femeninos tales como la mujer-madre, la mujer-esposa, la mujer-ama de casa o la mujer-objeto sexual. (p. 76).

Por su parte, Virginia Maquieira (2001) afirma que la conciencia crítica que se genera en ese tiempo retroalimenta las demandas teóricas y políticas del movimiento feminista, desafía las condiciones de producción del saber en las instituciones académicas e inaugura un proceso que se incorpora a los estudios académicos en distintos campos del conocimiento. El legado, de ese tiempo, permitió estrechar el vínculo entre la teoría y la práctica feminista. La búsqueda tendía no de modo sistemático ni unívoco a habilitar los espacios negados a la mujer. Para Virginia Vargas (2002) la ligazón teoría-práctica expresaba un “compromiso por unir las luchas por la transformación de las subordinaciones de las mujeres con las transformaciones de la sociedad y la política” (p.45). Las luchas por la articulación de la producción académica con las movilizaciones políticas y las transformaciones sociales comenzaron a trazar un camino largo que promovió críticas culturales, sociales y políticas que denunciaron la existencia de un sistema patriarcal como resultante de un proceso histórico y social y no un hecho natural.

En el seno del feminismo, se abrió un debate interno que repercute aún en los análisis contemporáneos y del cual emergieron tres perspectivas: el feminismo liberal, el socialista y el radical que pusieron la atención en la esfera política, en el mercado de trabajo y en la familia respectivamente¹.

¹A partir de las discusiones. Como lo presentan Elena Beltrán y Virginia Maquieira (2005) “Este gran impulso práctico y teórico del feminismo se canaliza en tres perspectivas que marcan distintas visiones sobre la situación de las mujeres: el feminismo liberal, el feminismo radical y el feminismo socialista. Estas denominaciones se

En ese contexto y hacia mediados de los setenta se visibilizaron críticas teóricas y políticas de otras voces y prácticas - mujeres negras, del tercer mundo, indígenas, musulmanas, migrantes y/o aquellas con prácticas sexuales disidentes-que cuestionaron el elitismo del pensamiento feminista occidental y de las ciencias sociales prevalecientes. Emergieron corrientes como el feminismo lesbiano, negro y chicano, cuyos aportes son antecedentes que confluyeron en la conformación de una corriente de pensamiento y praxis fronteriza que se denomina genéricamente *interseccionalidad*. Esta postura confronta con el etnocentrismo, el racismo, el clasismo, los binarismos sexuales y la subordinación de la mujer. Las propuestas procuran generar una configuración teórica y metodológica que permita descentrar y denunciar la perspectiva sesgada propuesta por el feminismo hegemónico (o “blanco”) que al promover la idea de una identidad común invisibiliza aquellas “otras” mujeres de color y/o no pertenecientes a la clase social dominante.

Como bien nos describe Ochy Curiel (2009) son momentos de aportes significativos a la desuniversalización del concepto de mujer y el reconocimiento de la heterogeneidad de las mujeres

[...] cuando éstas están atravesadas por otras relaciones de poder, como es la raza y la sexualidad, evidenciando de manera concreta que la mujer, no existe, que es un mito también eurocentrado [...]. El género es una categoría importante para las ciencias sociales en tanto es una categoría analítica y política que evidencia las jerarquías entre los sexos en estructuras sociales más amplias, pero tiene límites, en tanto da por hecho que existen dos grupos: hombres y mujeres, diferentes pero complementados y los asume como grupos homogéneos y descontextualizados. (s/f)

adoptaron para enfatizar la variedad de reivindicaciones y objetivos a conseguir, así como las distintas procedencias políticas y teóricas de sus protagonistas. Ello dio origen a la necesidad de distinguirse internamente para reflejar la multiplicidad de enfoques. Cada uno de estos feminismos representa una elaboración definida de unos conceptos y una metodología diferenciados. Incluso coincidiendo en la conveniencia de utilizar los mismos instrumentos de análisis, como es el caso del concepto de patriarcado, estos distintos enfoques desarrollaron un tipo de reflexión propia y dotaron a los conceptos de un campo de aplicación específico [...]. Sin embargo, en la actualidad tal clasificación ya no es tan utilizada, debido a la irrupción en el panorama teórico del feminismo de nuevas corrientes de análisis, como muestran los debates centrados en la polémica igualdad/diferencia o modernidad/postmodernidad” (p.76).

Desde estas propuestas el género, es una categoría social como lo son la raza, la clase, la edad, etc., que se atraviesan entre sí y se vinculan en el análisis de relaciones de poder patriarcales que por lo tanto debe ser contextualizado. Dice María Galindo (2015)

El patriarcado no es un modelo de dominación universal e indiferenciado general que es idéntico cualquiera sea la sociedad de la que estamos hablando: basta de concebirlo así. El patriarcado se expresa a partir de estructuras históricas y sociales particulares, específica. (p.35)

1.2.La interseccionalidad desde las poblaciones racializadas

Para aclarar y dar más especificidad a la noción de interseccionalidad veamos cómo fue desarrollada por el feminismo no blanco de los Estados Unidos.

Ya a mediados de los 70 y principios de los 80, referentes del feminismo no blanco norteamericano, tales como el Combahee River Collective (1977/81), bell hooks (1981), Ángela Davis (1981), Moraga y Anzaldúa (1981), entre otras, propusieron modos de comprender la desigualdad como un proceso social y político producido y (re)producido por la intersección de varias opresiones.

El concepto de interseccionalidad fue acuñado por la académica afroestadounidense Kimberlé Crenshaw, en la década de los ochenta, aclarando que tal categoría procura aprehender las opresiones no como suma de desigualdades, sino como perspectiva que permite entender cómo la raza, la clase y el género se combinan de forma diferente en cada situación personal y grupo social, edificando estructuras de poder articuladas en el propio seno de la sociedad. Para dar cuenta de ello recurre a la metáfora de “cruce de caminos” de dobles, triples y más discriminaciones (Yuval-Davis, 2006). En síntesis, Crenshaw (1995) sostiene que la interseccionalidad es la expresión de un sistema complejo de estructuras de opresión que son múltiples y simultáneas.

[la interseccionalidad] es a menudo, la consecuencia de un factor de discriminación que, al interactuar con otros mecanismos de opresión ya existentes crean, en conjunto, una nueva dimensión de desempoderamiento. (p. 359).

Es decir, la interseccionalidad articula y revela lo que no es visible cuando categorías como género y raza se conceptualizan separadas unas de otras.

Patricia Hill Collins (2000), incorpora a la interseccionalidad la noción de *matriz de dominación*, desde donde argumenta que los distintos sistemas de opresión están en interacción, interdependencia y mutua constitución, de manera dinámica e incluso contradictoria, y se manifiestan a partir de una configuración histórica y social particular. Para Collins la interseccionalidad es una manera de entender la ubicación social en términos de entrecruzamiento de sistemas de opresión.

[Se trata de un]análisis que afirma que los sistemas de raza, clase social, género, sexualidad, etnia, nación y edad forman mutuamente la construcción de las características de la organización social, que dan forma a las experiencias de las mujeres negras y, a su vez, son formadas por mujeres negras. (p. 299).

La autora agrega que las mujeres negras están situadas de forma única y destacada en el punto focal donde dos sistemas excepcionalmente poderosos y frecuentes de la opresión se unen: la raza y el género.

Esta concepción implica poner en práctica una metodología específica que por un lado viabilice un análisis de las condiciones históricas situadas- estructura política y económica y lógicas de organización – y por otro, los procesos que emergen de ellas -los sujetos sociales y sus experiencias de desigualdad y resistencia- en los contextos particulares. Estos dos planos permiten entrever las categorías de género, clase y raza/etnia entrelazadas inescindiblemente. Yuval Davis (2006) nos previene que en el análisis interseccional no se puede prescindir de las clasificaciones acuñadas en los imaginarios sociales. Lo importante, según la autora, es considerar por un lado, que para ciertos grupos sociales existen situaciones históricas específicas que condicionan “cuales clasificaciones son más importantes que otras dentro de posiciones y relaciones sociales concretas” (p. 198), y por el otro, que dichas clasificaciones afectan a personas concretas, a sus experiencias diarias y sus aspiraciones específicas las cuales, al mismo tiempo, son representadas de diversas formas, tales como imágenes, símbolos, textos e ideologías.

Según Mara Viveros Vigoya (2016) esta imbricación implica consustancialidad y co-extensividad porque cada relación deja su impronta sobre las otras que se construyen de

manera recíproca. Se trata de experiencias “que no pueden ser divididas secuencialmente sino para efectos analíticos, y son co-extensivas porque se coproducen mutuamente” (p.8). Es decir, se pueden presentar en algunas ocasiones la clase definida por el género, en otras, las relaciones de género utilizadas para reforzar las relaciones sociales de raza; inversamente las relaciones raciales pueden servir para mapear las relaciones de género como cuando se crean jerarquías entre feminidades y masculinidades a partir de criterios raciales.

Esto es, desde esta postura transversal se plantea la posibilidad de analizar las formas en que se entrelazan, penetran y transforman las categorías entre sí, en el plano personal y colectivo. Por ejemplo, en la experiencia de las mujeres negras, Ángela Davis (2005) plantea que el inmenso espacio que ocupa el trabajo en sus vidas, responde al modelo esclavo. Las esclavas no solo padecían las tareas de sol a sol, sino la violencia sexual de los amos. Además, eran evaluadas como reproductoras de fuerza de trabajo esclavo, eran consideradas “paridoras” no madres, estatus que solo les cabía a las blancas.

Junto con el desarrollo interseccional se ve cuestionada la idea de binarismo sexual como paradigma de una sociedad que no deja lugar para las ambigüedades y que intenta clasificar a los individuos en dos casilleros mutuamente excluyentes. Se ve también que la noción de sexo asociada a lo biológico se cuestiona para dar lugar al juego complejo de las intersexualidades.

En síntesis, la perspectiva interseccional, por un lado, viene a complejizar la noción de género al concebirla una dimensión entre otras dentro del complejo tejido de las relaciones sociales y políticas, y por otro, entrelazada a lo anterior se presenta como un concepto dinámico y para nada inconcluso, abordando preguntas claves de manera específica, tales como el cuerpo, la raza, la naturaleza de la dominación masculina, las formas de narrar y narrarse, la subjetividad, la política y el papel del conocimiento.

1.3. Interseccionalidad en América Latina

Desde América Latina, el feminismo, retoma la propuesta de la interseccionalidad en las últimas décadas del siglo XX, como perspectiva teórico-metodológica, particularmente desde la crítica poscolonial. Las investigaciones que fueron surgiendo en torno a aquellas

preocupaciones - lógicas de dominación de género, sexual, racial y clasistas - pretendieron disputar las relaciones de poder históricamente situadas en el contexto de las discusiones sobre la pervivencia de la matriz colonial del poder en América Latina. Desde ese postulado Ochy Curiel (2014) resalta la fertilidad de la interseccionalidad para analizar las relaciones sexo/género y las estructuras sociales. La raza, sostiene la autora, en Latinoamérica y el Caribe ha afectado a las mujeres racializadas, especialmente las pobres, dando cuenta de la necesidad de articular dichas opresiones para superar las políticas de identidad y de reconocimiento al considerarlas “la otra cara de la modernidad” que, al igual que aquella, esencializa el conocimiento de “los otros/as”, sesgando su comprensión. Según la autora, el pensamiento poscolonial desde finales del siglo XX, se centró en

La imbricación de diversos sistemas de dominación (racismo, sexismo, heteronormatividad, clasismo) desde donde han definido sus proyectos políticos, todo hecho a partir de una crítica poscolonial. (p. 94).

Ochy Curriel, al proponer su lectura interseccional, cuestiona al feminismo latinoamericano prevaeciente en las ONGs y discursos de grupos ligados a fuentes de cooperación internacional que receptaba las demandas y modalidades de acción de los feminismos blancos, eurocentrados, en tres asuntos que a su vez constituyen propuestas de análisis:

a) La representación hegemónica y universal de la categoría mujer: la autorepresentación discursiva sitúa a “las otras” no europeas en el “afuera” y no “a través” de las estructuras sociales, vistas siempre como víctimas y no como agentes de su propia historia, con experiencias importantes de resistencias, de luchas y teorizaciones. Se trata, por el contrario, de desconstruir la homogeneidad que se erige sobre los cuerpos femeninos, y que actúa en función de la figura universal de mujer: blanca, burguesa y heterosexual (Curiel, 2011, 2014; Lugones, 2008). En síntesis, se cuestiona el esencialismo eurocéntrico para proponer una lectura diversa.

b) La dependencia teórica con respecto al conocimiento producido en Europa y Estados Unidos, como referencia para interpretar nuestras realidades. Ante ello, se propone la necesidad de rescatar las

experiencias situadas, relocalizando el pensamiento y la acción para anular dicha universalización.

c) La dependencia intelectual con el eurocentrismo impide reconocer la producción de conocimiento y prácticas políticas situadas en América Latina escindiendo así la teoría de los movimientos sociales. Pensar en términos críticos, por lo tanto, requiere superar el binarismo entre teoría y práctica, de manera de “poder generar teorizaciones distintas, particulares, significativas que se han hecho en la región” (2009, s/f).

La perspectiva poscolonial así planteada se torna interesante para abordar nuestro objeto de estudio. Sin embargo, la problemática específica de las mujeres migrantes bolivianas requiere una comprensión anclada en una dinámica estructural mundial, en el sistema-mundo que ubica a América Latina en la periferia, un sur metafórico y geográfico que implica dependencia económica y política lo que da su impronta a las opresiones entrelazadas. Desde allí consideramos relevante amarrar estas lecturas al pensamiento decolonial tal como lo entiende María Lugones en su *Sistema Moderno/Colonial de Género*. En este marco, la formulación de la interseccionalidad desde un feminismo decolonial brinda una herramienta teórico-metodológica que nos habilita a la comprensión de la problemática en nuestro contexto latinoamericano.

1.4. Colonialidad y feminismo decolonial

Hacia finales del siglo XX, el debate sobre la “crisis de la modernidad” irrumpía en los círculos académicos desde diferentes geografías y tradiciones. A nivel latinoamericano, intelectuales y activistas interpelaban la “lógica de la colonialidad” con el objetivo de construir un nuevo paradigma de conocimiento por fuera de las bases eurocéntricas y de la herencia colonial. Para ello se desnudaba la faceta oculta y genocida de la conformación de la modernidad: la conquista de América Latina y la expansión colonial.

Desde esa postura crítica, la colonialidad en sus dimensiones material y simbólica, fue entendida como un elemento fundante y constitutivo de la modernidad que ubicó a la

civilización europea como único modelo a seguir y al resto de las culturas como “bárbaras”, “atrasadas” y/o subdesarrolladas.

Una referencia importante en esta línea crítica es el grupo denominado modernidad/colonialidad², que en sus estudios desenmascara la idea sostenida por la lógica colonizadora que da por supuesto que la modernidad permitiría superar la dependencia colonial. Se plantea entonces una reflexión continua sobre la realidad cultural y política latinoamericana desde el conocimiento situado.

Para el pensamiento moderno eurocentrado, el fin de las administraciones coloniales y la constitución de los estados-nación en las periferias implican un mundo descolonizado. Para los críticos, en cambio, la división internacional del trabajo entre centros y periferias y la jerarquización étnica/racial formadas durante la expansión colonial europea no transformaron significativamente sus contenidos con el fin del colonialismo clásico y con la formación de los estados nacionales. Se trató más bien de una transición del colonialismo moderno a la colonialidad global, proceso que si bien modificó las formas de dominación desplegadas por el proyecto de la modernidad, reprodujo la estructura de las relaciones centro-periferia a nivel mundial, es decir un Norte dominante y una periferia colonizada, pero no como entidad homogénea sino como un sistema heterogéneo de territorios con jerarquías espaciales y sociales.

La propuesta entonces, es la necesidad de una segunda descolonización a la que nominan como “decolonialidad” que cuestione y transforme las jerarquías diversas, materiales y simbólicas impuestas por la colonización moderna y como sostienen Castro-Gómez y Grosfoguel (2007)

tendrá que dirigirse a la heterarquía de las múltiples relaciones raciales, étnicas, sexuales, epistémicas, económicas y de género que la primera descolonialización dejó intactas. (p. 17).

Rita Segato (2014) sostiene acerca de la decolonialidad

²Para una comprensión más profunda de la conformación del denominado Grupo Modernidad/Colonialidad se puede consultar a Castro Gómez, Santiago y Grosfoguel, Ramón (et. al.) (2007). El giro decolonial. Reflexiones para una diversidad epistémica más allá del capitalismo global, Siglo del Hombre Editores Universidad Central, Instituto de Estudios Sociales Contemporáneos y Pontificia Universidad Javeriana -Instituto Pensar, Bogotá.

no es un movimiento restaurador, sino una recuperación de las pistas abandonadas hacia una historia diferente, un trabajo en las brechas y fracturas de la realidad social existente, de los restos de un naufragio general de pueblos apenas sobrevivientes de una masacre material y simbólica continua a lo largo de quinientos años de colonialidad, de izquierda y de derecha. (p.57)

Para Aníbal Quijano (2000), uno de los teóricos referentes del grupo modernidad/colonialidad, la colonialidad

se funda en la imposición de una clasificación racial/étnica de la población del mundo como piedra angular de dicho patrón de poder y opera en cada uno de los planos, ámbitos y dimensiones, materiales y subjetivas, de la existencia social cotidiana y a escala societal. (p. 142).

El autor sostiene que en el patrón de poder capitalista eurocentrado y global nace con América como constructo cultural que habilita la formación del mercado mundial donde se articulan los modos de control del trabajo de manera estructural

[en el capitalismo mundial se articulan] todas las formas históricamente conocidas de control del trabajo o explotación, la esclavitud, la servidumbre, la pequeña producción mercantil, el trabajo asalariado, y la reciprocidad, bajo la hegemonía de la relación capital-salario. (2013, p.146)

Este capitalismo global no sería posible sin la clasificación social fundada en la “raza”³ - que es “una construcción mental que expresa la experiencia básica de la dominación colonial”, que intenta ligar ficcionalmente fenotipos con colores y atributos que dan superioridad a unos sobre otros (Quijano, 2000, p.201). Su origen se remonta a la conquista de América como una nueva categoría mental, que emerge cuando estaba en discusión si las poblaciones originarias de América eran humanas o no, como modo de jerarquizar la especie. El criterio de jerarquización opera sobre el supuesto de la superioridad de lo europeo sobre lo no europeo, utilizando el dato biológico como base objetiva y dando lugar al entramado

³Como bien aduce Lugones (2008) “Quijano entiende la raza como una ficción. Para marcar ese carácter ficticio, siempre coloca el término entre comillas. Cuando escribe términos como «europeo», «indio» entre comillas es porque representan una clasificación racial” (p.78)

complejo cultural de ideas, imágenes, valores, actitudes y prácticas sociales que se conoce como “racismo”.

La raza, entonces viene a consolidar una concepción de humanidad jerarquizada, diferenciando a la población del mundo entre inferiores y superiores, irracionales y racionales, primitivos y civilizados, tradicionales y modernos.

Quijano interpreta que el etnicismo fue otra categoría inicialmente producida en América y reproducida después en el resto del mundo colonizado, como fundamento de la especificidad de las relaciones de poder entre Europa y el resto del mundo. En ese sentido, afirma que la dominación colonial produjo, a lo largo de su historia, identidades “étnicas” para nombrar a los dominados. Como aclara en su texto “«Raza», «etnia» y «razón» en Mariátegui: cuestiones abiertas” (2014):

La separación formal entre “raza” y “etnia” ingresa bastante tarde, probablemente ya en el siglo XIX, para separar biología de cultura, aunque no siempre claramente. Algunos autores afirman que no hay registro del uso de términos como “étnicos” o “etnicidad”, sino hasta después de la Segunda Guerra Mundial (...) Parece ser que los franceses comenzaron a usar la idea de “etnia” para tratar las diferencias culturales dentro de una misma “raza”, la “negra” en las colonias de África. Si bien no implica siempre la causalidad biológica de la cultura, el término “etnia” alienta, obviamente, la idea colonial de la “inferioridad cultural” de los colonizados, por su carácter de “etnias”. (p. 761-762)

Sostiene Quijano que las categorías “raza y etnia” aparecen siempre entrelazadas en el afán de explicar las desigualdades entre europeos y no-europeos en el poder, produciendo de ese modo lo que en los términos actuales llamamos “racismo” y “eticismo”, Como afirma:

Aunque el término [etnia] indica un esfuerzo de separar las cuestiones culturales de la cuestión “racial”, está de todos modos originado inequívocamente en la perspectiva cognitiva asociada a la colonialidad del poder. En apariencia, sirve para marcar las diferencias histórico-culturales entre los no-europeos. Pero termina sirviendo, ante todo, para marcar la desigualdad, la “inferioridad”, cultural de aquellos con los europeos. (Ibídem, p. 763)

Esto habilita a una distinción, a una *clasificación social* que instituyó un proceso de largo plazo, en escenarios de conflictos que Quijano entrelaza con la dinámica capitalista. Así, considera que el mercado mundial, el capitalismo global nace con América y que con ese alumbramiento la producción de mercancías en el mundo se orienta hacia ese mercado. El capitalismo, como lo vio Marx, instituye como forma hegemónica de control de la fuerza de trabajo la relación asalariada por la cual el obrero vende su fuerza de trabajo al capital y produce plusvalía que permite la acumulación capitalista. Quijano objeta que la relación asalariada sea la única manera de control del proceso de trabajo. El sistema capitalista generaliza el intercambio de mercancías por dinero en el ámbito mundial, pero lo hace con distintas formas de relaciones de trabajo que se fueron articulando para que el sistema adquiriera la universalidad exigida por el mercado mundial, digámoslo una vez más, el requerimiento de producir mercancías para el intercambio global.

En la conjunción de producción material capitalista y construcción mental de raza, el trabajo asalariado se reservó, casi exclusivamente, a los europeos blancos, a los indígenas la servidumbre y a los negros la esclavitud. No se trata de formas puras, sino de prevalencias que se mixturán, pero que necesariamente implican una naturalización del concepto de “raza” y sus jerarquías, es decir, “la división de trabajo se halla completamente racializada así como geográficamente diferenciada⁴” (Lugones, 2008, p.80). En síntesis, el capitalismo no hubiera sido posible sin esa construcción organizadora que es la raza, la cual asegura formas diversas del control de trabajo al fin del desarrollo del mercado mundial.

Estas ideas son retomadas y criticadas por María Lugones, feminista e integrante del grupo modernidad/colonialidad. Su propuesta, que denomina *Sistema Moderno/Colonial de Género* acuerda en que la colonialidad se funda en la imposición de una clasificación racial/étnica de la población del mundo y opera en cada uno de los planos, ámbitos y dimensiones, materiales y subjetivas de la existencia cotidiana y a escala macrosocial. Lugones interpela a Quijano por la trivialización que realiza de los problemas del sexo y el género. Para ella, el autor acepta el esencialismo en la división sexual del trabajo e ignora que al igual que la “raza” es una ficción asociada a un fenotipo racial; lo “femenino” o

⁴La diferenciación geográfica refiere a la asignación hacia los negros de trabajo esclavo en la producción agrícola mano de obra intensiva, como la producción del café; a los indios la minería y a los blancos el trabajo asalariados la industria naciente europea.

“masculino” asociados a una diferencia biológica son construcciones culturales necesarias para cristalizar una relación de opresión. Para ella el autor establece

una descripción de género que no se coloca bajo interrogación y que es demasiado estrecha e hiperbiologizada, al presuponer el dimorfismo sexual, la heterosexualidad, la distribución patriarcal del poder y otras presuposiciones de este tipo (Ibídem, p. 82).

Y agrega

La organización social en términos de género no tiene por qué ser heterosexual o patriarcal. El que no tiene por qué serlo es una cuestión histórica. Entender los rasgos históricamente específicos de la organización del género en el sistema moderno/colonial de género (dimorfismo biológico, la organización patriarcal y heterosexual de las relaciones sociales) es central a una comprensión de la organización diferencial del género en términos raciales. Tanto el dimorfismo biológico, el heterosexualismo, como el patriarcado son característicos de lo que llamo el lado claro/visible de la organización colonial/moderna del género. El dimorfismo biológico, la dicotomía hombre/mujer, el heterosexualismo, y el patriarcado están inscriptos con mayúsculas, y hegemoníamente en el significado mismo del género. (Ibídem, p. 78)

En síntesis, para la autora las categorías de “género” y “sexo” son tan históricas como la de “raza”. La división sexual del trabajo que atribuye a la constitución biológica con ciertos roles se instaura al igual que la raza con la colonización de América y el capitalismo mundial. Ambas categorías permitieron crear jerarquías y dicotomías en sociedades sometidas, como supremacía de un orden capitalista y patriarcal que se proyectaba hacia los pueblos colonizados.

Dicha matriz capitalista y patriarcal construyó una fuerza poderosa cooptando a los hombres colonizados en los roles patriarcales. Este proceso de cooptación fue lento y molecular hacia hombres que, sin embargo, continúan siendo víctimas de la dominación racial, de la colonialidad del poder y el capitalismo global.

[Estas percepciones] se introdujeron a través de procesos heterogéneos, discontinuos, lentos, totalmente permeados por la colonialidad del poder, que violentamente inferiorizaron a las mujeres colonizadas. (Ibídem, p. 92).

En síntesis, Lugones, afirma que la raza y el sexo/ género no pueden desligarse en el mundo moderno/colonial porque que estas categorías se producen de forma simultánea con el proceso de conquista y colonización; forman parte constitutiva de éste. Como bien lo aclara la autora:

La reducción del género a lo privado, al control sobre el sexo y sus recursos y productos es una cuestión ideológica presentada ideológicamente como biológica, parte de la producción cognitiva de la modernidad que ha conceptualizado la raza como «engenerizada» y al género como racializado de maneras particularmente diferenciadas entre los europeos-as/blancos-as y las gentes colonizadas/no-blancas. La raza no es ni más mítica ni más ficticia que el género –ambos son ficciones poderosas. (Ibídem, p. 93-94)

A partir de esta matriz de dominación, como sostiene Breny Mendoza (2010), recuperando la crítica de Lugones,

La subordinación de género fue el precio que los hombres trazonaron para conservar cierto control sobre sus sociedades y, aún en la actualidad, encubre y explica la forma que las mujeres del tercer mundo” experimentan y sufren la colonización y los efectos de la postcolonialidad. (p. 23)

Por lo tanto, el planteo decolonial, inscripto en la colonialidad del género, revela un sistema articulado de opresiones económicas, de sexo/género y de raza/étnicas, que tienen efectos sobre la capacidad de agencia y autonomía de los sujetos/as situados/as en el cruce de esas relaciones.

El feminismo decolonial como perspectiva teórica y práctica interviene lo que se ha ocultado históricamente, invisibilizado por una matriz de opresión que constituyó no sólo identidades individuales sino también principios de organización del sistema social. Desde ese lugar se apuesta por la producción de un conocimiento del otro/a, situado geopolíticamente y propone herramientas teórica-metodológicas para la comprensión y el acompañamiento de las opresiones y las luchas, movimientos sociales campesinos, indígenas y feministas.

1.5.Lo decolonial e interseccional desde las mujeres migrantes bolivianas

Asumiendo nuestro interés por evidenciar las experiencias, persistencia e incluso la profundización de las desigualdades de las mujeres en el contexto migratorio latinoamericano, la perspectiva de género decolonial nos direcciona a analizar “las desigualdades y relaciones entre desigualdades”. Desde esta postura teórica nos situamos en un marco social, espacial e histórico específico anclado en las migraciones Sur- Sur, entre Bolivia y Argentina y nos centramos en las mujeres migrantes bolivianas afincadas en un espacio local en el interior de la Argentina, en las periferias y en el *continuum* urbano de las ciudades de Villa María y Villa Nueva (Córdoba).

Señalamos ya que la idea de “raza” permite una articulación de las distintas formas de trabajo según el color. Ampliemos ahora su alcance para entender cómo actúa en la regulación de las poblaciones adecuando los flujos y su movilidad a las necesidades del capital. En este sentido y relacionando raza con migraciones Immanuel Wallerstein (1991) acude a un “racismo flexible” para dar cuenta de que los flujos migratorios responden a la lógica de extender y contraer según las necesidades del momento el número de individuos disponibles para las tareas peor pagas y menos gratificantes y ofrecer una base explicativa no meritocrática para la desigualdad, justificando en el fenotipo, el hecho de que una porción de la fuerza de trabajo asuma las peores condiciones de trabajo. El autor llama a este proceso la *etnificación* del mercado de trabajo.

Si a esta etnificación que estratifica el mercado de trabajo y da cuenta de los flujos migratorios incorporamos la categoría de género, podemos localizar una conjunción de capitalismo, patriarcado y colonialidad en la que surge categorialmente las *mujeres migrantes bolivianas*.

En ciertos imaginarios sociales que adoptan las representaciones modernas del color como una otredad indiferenciada, los migrantes que transitan o se asientan en un territorio constituyen una población extraña que en el mejor de los casos se ocupa de los trabajos peor remunerados y en el peor desplazan a los nativos en el mercado laboral y por lo tanto, “merecen” su posición subordinada, económica, social y política en el espacio nacional. Esta

discriminación resulta aún más elocuente, cuando diferencialmente la categoría “extranjero” refiere al europeo o norteamericano, quien reúne las ventajas prometidas de la blanquitud.

Como señala Ochy Curiel (2005), para analizar las mujeres migrantes se requiere considerar su posición configurada en sus “múltiples experiencias y las diferentes condiciones de vida” (p. 14), impuestas y perpetuada en el tiempo por la colonialidad que históricamente las ubicó en la marginalidad, el sometimiento y la inferiorización. Por esta razón al definir nuestro objeto como *mujeres migrantes bolivianas* en Villa María y Villa Nueva estamos señalando una posición específica en una matriz de opresión compleja que entaña las opresiones de género, clase y raza/etnia a la que se suma su condición de migrante y la ubicación periférica en el propio entramado de las ciudades sea al ubicarse en los barrios periféricos o en los márgenes de las mismas.

1.6.El trabajo ampliado

Como señalan varios estudios empíricos gran parte de las mujeres migrantes bolivianas articulan las actividades extra-domésticas o con las tareas domésticas, trabajo productivo con reproductivo (Mallimaci y Magliano, 2015). Nuestra propia investigación aporta en esta dirección, aunque señala matices y maneras particulares de imbricación/combinación/negociación de esos ámbitos y roles respondiendo a trayectorias sociales, familiares y laborales específicas, de acuerdo a los modos de su incorporación en el mercado de trabajo, a los distintos momentos de sus vidas y en el marco de diferentes iniciativas según su trayectoria migrante.

Es, por lo tanto, en el entrecruzamiento entre producción y reproducción y en los intersticios que el solapamiento para otras actividades donde se muestra el cruce de matrices de opresión con los atisbos de resistencia. En ese sentido el ámbito del trabajo – productivo y reproductivo – resulta ser un lugar privilegiado para el estudio de las trayectorias y la vida cotidiana de las mujeres migrantes bolivianas.

Para su comprensión consideramos una concepción ampliada de trabajo, amparada en los estudios de género que ha remarcado la necesidad de complejizar lo que se entiende por trabajo incorporando en su definición aquellas actividades por las cuales no se recibe una

remuneración a cambio, esto es, el trabajo reproductivo (Carrasquer et al., 1998, p. 96) y dado que, además, su especificidad no proviene de las características del objeto ni de las actividades mismas, sino de la articulación de este proceso de producción con determinadas relaciones sociales amplias que involucran relaciones económicas, de poder, de influencia y culturales (de la Garza Toledo, 2002). Conviene citar *in extenso* a de la Garza Toledo (2009) en su concepción de trabajo ampliado:

Las interfases entre trabajo y no trabajo y la nueva importancia de los trabajos no industriales llevan sin duda al concepto ampliado: implican un objeto de trabajo, que puede ser material o inmaterial, en particular, la revalorización de los objetos en su cara subjetiva; una actividad laboral que no solo supone lo físico y o intelectual sino – más analíticamente – las caras objetiva y subjetiva de dicha actividad, ésta es finalista, supone que el producto existe dos veces, una en la subjetividad objetivada, aunque las objetivaciones puedan serlo también de los significados. La conexión de medios y fines en el trabajo pone en juego a todos los campos de la subjetividad y no solo a los de carácter cognitivo o bien científicos, en particular porque trabajar es relación con objetos que pueden provenir de la naturaleza o no, pero específicamente interacción social de manera inmediata o mediata, con sus componentes materiales y subjetivos, pero la especificidad de cada trabajo no proviene de las características del objeto, ni de las actividades mismas, ni del tipo de producto, sino de la articulación de ese proceso de producir con determinadas relaciones sociales amplias, con relaciones económica de poder, de interés, de influencia culturales. Finalmente los límites entre trabajo y no trabajo, no son naturales o universales, sino que dependen de las propias concepciones sociales y de los poderes dominantes a este respecto. (p. 122)

En el caso que nos ocupa es relevante destacar lo difuso de los límites entre trabajo y no trabajo que plantea De la Garza, ya que tenemos más bien un *continuum* que incluye el trabajo productivo y reproductivo especialmente acentuado en el caso de las mujeres migrantes bolivianas en las quintas y en los cortaderos de ladrillos. Este *continuum*, que como bien señala el autor depende de concepciones y poderes dominantes tiene su *locus* en el seno de la unidad doméstica que, además, resulta central para comprender su dinámica intrafamiliar como el conjunto de relaciones de cooperación, intercambio, poder y conflicto

que se establecen en torno a los procesos de organización de la vida familiar (división del trabajo, toma de decisiones) y de los procesos migratorios⁵.

Nuestro análisis procura encontrar regularidades, pero también singularidades. En efecto, la diversidad de situaciones y experiencias, así como los contextos pre y post migratorios que legitiman y reproducen relaciones sociales asimétricas impactan diferencialmente sobre la vida de cada una estas mujeres. Para decirlo de otro modo, si bien entendemos que hay rasgos generales del colectivo *mujer migrante boliviana* en las ciudades de Villa María y Villa Nueva, la experiencia de cada una puede ser muy diferente en un abanico que abarca diferentes posibilidades: algunas mujeres pueden lograr independizarse y/o una significativa autonomía en comparación a la realidad vivida en su comunidad de origen; otras, renegociar las relaciones de género al interior de la familia o bien enfrentar pérdidas y cargas adicionales. En síntesis, el análisis de la vida cotidiana según posiciones en el sistema de relaciones laborales – la quinta, el cortadero, la casa – permite encontrar una clave de interpretación de estas diversidades en procura de tipificar las prácticas que emprenden.

1.7. Perspectiva epistemológica

Como dijimos, nuestra preocupación por la teorización sobre las articulaciones de género, clase y raza/etnia en la construcción de la desigualdad relacionada a la migración situada en el contexto nacional nos indujo a posicionarnos, para referenciar esa realidad diversa, desde un enfoque decolonial e interseccional para comprender el fenómeno social desde la perspectiva de los/as sujetos/as, con el fin de restituir con ello el valor del saber vivencial, corporizado, implicado y comprometido.

Este punto de partida requiere, por un lado, hacer especial hincapié en la vigilancia epistemológica del proceso de producción de conocimiento a fin de cuestionar los estereotipos previos con los que la investigadora se acerca a la problemática a estudiar y por otro propiciar un encuentro entre diversas formas de saber y conocer. Sin embargo, partir del conocimiento que se genera en los márgenes no está exento de riesgos a los que hay que

⁵ Ahondaremos este tema en el Capítulo 4.

prestar atención. Asumir que el conocimiento es producido desde un lugar, significa aspirar a la complementariedad entre conocimientos académicos y conocimientos populares adquiridos desde la reflexión sobre la experiencia de vida, cuyos valores se destacan en la construcción de una nueva configuración social menos asimétrica. La operación de complementación y enriquecimiento mutuo entre saberes es lo que de Boaventura de Sousa Santos llama *traducción* (2009). Esta operación no implica resignar la singularidad de la ciencia que aspira a la objetividad. En este sentido se pronuncia la feminista Sandra Harding (1993), que señala que aclarar el punto de vista desde donde se produce conocimiento, implica una *objetividad fuerte* ya que devela la condición de producción del saber que la *objetividad débil*, aquella que oculta el “quién habla” y “desde donde habla”, silencia. Esta objetividad fuerte implica revelar nuestra condición de mujer blanca y burguesa al mismo tiempo que sostener la escucha y la igualdad de planos entre el sujeto y el objeto de investigación, que pueden en cualquier momento revertir sus posiciones.

1.8.El camino metodológico y las técnicas de recolección

Para la investigación, que arrancó hace una década, nos propusimos establecer la confianza del grupo y el acercamiento personal, de manera de lograr un diálogo sin jerarquías. Esto es particularmente importante al reconocer por nuestra experiencia en el trabajo de campo los resguardos que se requiere interponer frente a “los otros” dadas las representaciones que el imaginario social les atribuye por los espacios de trabajo que ocupan, la xenofobia, la carencia de manejo del lenguaje “oficial”, la irregularidad de su condición migratoria, entre otros. Para llevar adelante este enfoque dentro del conjunto de técnicas disponibles sobresalieron las entrevistas en profundidad y la observación participante.

En las quintas y el cortadero, los años compartidos permitieron la fluidez de los encuentros con tareas compartidas y charlas sin tapujos. Lo novedoso fue el enfoque de género que buscó recuperar ante todo las experiencias de las mujeres como trabajadoras, programando encuentros donde el varón no ocupara el centro de la escena por ausencia o por ocupación en otros quehaceres. Para la exploración de un ámbito “novedoso” como el de las mujeres residentes en barrios periféricos de las ciudades y autonominadas como “amas de casa”, contamos con la mediación de informantes clave. En estos últimos casos los

encuentros se llevaron a cabo en los hogares de estas mujeres. Dicha posibilidad nos concedió familiarizarnos con su entorno y compartir su cotidianidad, lo que se realizó de modo sistemático, con visitas semanales y sin ningún tipo de apremio. A pesar de no lograr el acercamiento como en las quintas y el cortadero, la confianza se estableció al conocer y reconocer como investigadora ciertas pautas comunes de estos colectivos, como comidas, festividades, conocimiento de las regiones desde donde provienen, estar familiarizadas con su lengua de origen y modos de migrar. Estas mujeres se mostraron abiertas y dispuestas al diálogo, expresando sus opiniones claramente.

La modalidad de las entrevistas y la observación participante se enfocó principalmente en recuperar tanto las opresiones como las resistencias que surgieron desde la cotidianidad de modo de clarificar la existencia de la subordinación de la mujer tanto por cuestiones de discriminación como de desigualdad, realidad que tradicionalmente fue sustraída dentro de una lógica “reconocible, definida anatómicamente y subordinada al hombre en todo tipo de situación” (Lugones, 2014, p. 65).

La entrevista abierta permitió habilitar nuestra percepción a aquellos elementos que aún no conocíamos y forman parte del mundo experiencial y simbólico de las migrantes (Guber, 2011). Realizamos estas entrevistas en varias etapas y no en un encuentro único, casi a la manera de historias de vida, especialmente en tres casos, ejemplares de los tres ámbitos laborales que constituyen nuestro objeto y que en el capítulo 3 se desarrollan a modo de relatos. Contamos con un total de 18 entrevistas: 8 en quintas, 5 en cortadero y 5 a amas de casa, realizadas especialmente para esta investigación. Como queda dicho, los contactos en quintas y cortaderos vienen de larga data, mientras que las de ama de casa se hicieron con la técnica de “bola de nieve”, muestreo no probabilístico, que fue la alternativa factible y adecuada para una población no conocida. Contamos además con un archivo más extenso de observaciones y charlas que hemos puesto en juego a la manera de “saber tácito”. Trayectorias y vida cotidiana fueron los temas principales de las conversaciones.

La observación participante, por su parte, nos permitió acercarnos a la comprensión de las prácticas cotidianas. Técnicas que nos habilitaron visibilizar y reconocer la capacidad reflexiva, de diálogo, de agencia y de resistencia que habitan estos espacios de opresión, tales como aquellos aspectos de su realidad que, difícilmente, habrían sido expresados por ellas

libremente en sus entrevistas, como las condiciones del espacio laboral y de habitad donde transcurre su cotidianidad, los modos que gestionan las labores familiares y productivas, tanto como sus saberes dentro del lugar donde están situadas.

Con estas técnicas cualitativas procuramos entonces comprender con mayor profundidad las maneras en que las migrantes gestionan su cotidianidad migratoria y las relaciones de poder que atraviesan esa experiencia. Buscamos captar y comprender las prácticas y sentidos que fueron construyendo alrededor de sus desplazamientos, los trabajos emprendidos y las relaciones intra y extra familiar existentes.

Los datos cuantitativos provistos desde estadísticas nacionales, provinciales y locales, por su lado, nos facilitaron mapear cuantitativamente a esta. Nos valimos principalmente de datos a nivel nacional del Censo Nacional de Población, Hogares y Viviendas del año 1991, 2001 y 2010, publicados por el INDEC (Instituto Nacional de Estadística y Censos de la República Argentina), Informes de la OIM (Organización Internacional de Migraciones), 2006, 2011 y 2012; PNUD (Programa de la Naciones Unidas para el Desarrollo), 2007, y CEPAL (Comisión Económica para América Latina y el Caribe) /OIT (Organización Internacional del Trabajo), 2017. A nivel provincial de la Dirección General de Estadísticas y Censo de la provincia de Córdoba, 2008 y 2015. A nivel local, de los datos del OIR, 2010 (Observatorio Integral de la Región), como de aquellas fuentes de organismos gubernamentales y no gubernamentales locales, tales como los CAPS (Centro de Asistencia Primaria de la Salud). Si bien, es necesario destacar que los datos a nivel local carecen de sistematicidad estadística, encontrándonos con registros parciales sobre condiciones sociodemográficas de esta población, desde allí que nos respaldamos en trabajos previos realizados desde el equipo de migraciones de la U.N.V.M. Nuestro equipo de investigación viene trabajando en la organización de esos datos, lo cual se constituye en una fuente relevante para concretar este trabajo.

Capítulo II: Las mujeres migrantes bolivianas en el conglomerado Villa María - Villa Nueva: una caracterización sociodemográfica.

2.

Este capítulo tiene como finalidad presentar la situación sociodemográfica de las mujeres migrantes bolivianas al interior de la provincia de Córdoba (Argentina), en el conglomerado conformado por las ciudades de Villa María y Villa Nueva. Para ello se presenta en primer lugar un breve panorama histórico de la migración boliviana hacia la Argentina desde el siglo XIX hasta la actualidad basada en la periodización propuesta de Sassone (2009), perspectiva enriquecida por otros autores, reconociendo como juegan los factores históricos en la conformación del flujo migratorio. En una segunda parte, se caracteriza socio demográficamente la población boliviana en Argentina. En ese marco encuadraremos el análisis cuantitativo de las mujeres migrantes bolivianas en Córdoba y el espacio local hoy.

2.1.La migración boliviana hacia Argentina: una periodización

La migración boliviana a la Argentina ha sido caracterizada por distintos autores como constante y de largo alcance temporal.

Siguiendo a Sassone (2009) esta migración ha pasado por tres momentos; migración fronteriza, migración regional y migración transnacional. Los criterios de periodización se basan en las actividades asumidas por los migrantes, el tiempo de estadías en el país y el espacio geográfico donde se han establecido.

La migración fronteriza se extiende entre 1880 a 1960 y corresponde a una migración basada prevalecientemente en el trabajo masculino-rural, estimulado por las cosechas de azúcar y tabaco en las zonas de frontera, especialmente en el norte argentino, con retornos al lugar de origen cada tres o seis meses. Las mujeres y los hijos frecuentemente acompañaban

y ayudaban, pero era el varón el motor del proceso, a veces solo, a veces acompañado por la mujer o hijos/as.

La migración regional se desarrolla entre 1960-1985 y se destaca por la diversidad tanto en los espacios de movilidad, las estrategias laborales y tiempos de estadías en el país. Por un lado, se establecen articulaciones entre las cosechas de la frontera y las cosechas de agricultura intensiva hacia el Noreste con el algodón, hacia Cuyo con la viticultura, hacia la región del norte patagónico con la fruticultura y hacia la región Centro con las actividades rurales de la región pampeana. Por el otro, especializándose en las actividades laborales de la horticultura en las zonas periurbana de las grandes ciudades y particularmente el área Metropolitana del Gran Buenos Aires. El tiempo de estadía se extiende y comienzan a permanecer por largos períodos o en forma permanente en las grandes urbes y en sus cinturones verdes. El fenómeno de anclaje se va a consolidar a partir de la década de los setenta, donde crecen las demandas del mercado de trabajo tanto en el conurbano bonaerense como en Rosario, Córdoba y otras grandes ciudades con lo cual la población boliviana se desplaza decididamente hacia las áreas urbanas del país (Balan, 1990). En este período la migración es familiar y las mujeres se incorporan al mercado de trabajo, casi siempre de manera informal, en calidad de empleada doméstica, realizando venta callejera y/o dentro de los trabajos de horticultura preferentemente como trabajo familiar.

La tercera etapa, denominada transnacional comienza en el año 1980, extendiéndose hasta la actualidad. Lo transnacional se entiende como un proceso global mediante el cual los migrantes forjan y sostienen relaciones sociales que vinculan a sus sociedades de origen con las de llegada a distintos lugares del planeta, construyendo campos sociales que cruzan los bordes geográficos y políticos. Esto es, los migrantes en los distintos países construyen lazos más allá de las legislaciones de los países y la distancia, a través, por ejemplo, de las remesas y las telecomunicaciones, creando minorías culturales transnacionales. En América Latina, los cambios migratorios en este período se relacionan con las transformaciones de la economía mundial y la democratización de varios de los Estados latinoamericanos junto al desarrollo tecnológico y las vías de comunicación que introdujeron las posibilidades de mantener la información y contactos con mayor fluidez. La migración boliviana que hasta

entonces había sido predominantemente hacia la Argentina se diversifica a otras regiones de América del Norte y Europa especialmente Estados Unidos, Brasil, Chile y España.

En este punto es importante señalar que una importante literatura sobre el tema introduce la idea de feminización de la migración para señalar que muchas mujeres emprenden solas la trayectoria migratoria. Sin embargo, en esta investigación se considera que no puede hablarse en esos términos de la migración boliviana puesto que la familia de ese origen tiende a desplazarse en conjunto o reunificarse en el menor tiempo posible cuando un solo miembro inicia su trayecto, estableciendo un patrón migratorio preferentemente familiar. Esto es, la migración sigue siendo familiar, complejizando su direccionalidad y diversificando las ciudades donde deciden vivir.

En Argentina, en términos de actividad, la migración boliviana fue consolidando sus espacios laborales en la horticultura, la confección de ladrillos, la industria de la construcción, y la participación de la mujer en la economía productiva, la industria textil, en ferias y verdulerías.

En términos de territorialidad, Benencia (2008) y Pescio y Oliva (2009) sostienen que en esta etapa los y las migrantes bolivianas que especialmente se visibilizaban en el Área Metropolitana del Gran Buenos Aires, ampliaron sus espacios territoriales a través de redes migratorias familiares y de paisanaje que le aseguraban ciertos recursos, como información de trabajo, ayuda mutua y/o vivienda en territorios al interior del país, tal es el caso de la provincia de Córdoba cuyos principales destinos fueron el cordón circundante a la ciudad capital y las localidades próximas, como Río Primero, Colón y Santa María y en los departamentos en los que se localizan las ciudades de Villa María y Villa Nueva (departamento General San Martín), Villa Dolores (departamento San Javier) y el departamento de Río Cuarto (Benencia, 2008).

Es importante señalar que, desde los tiempos de la migración fronteriza a la transnacional, se fue acentuando la permanencia de esta población que no es lineal, las idas y vueltas mantenían un patrón de relaciones sociales que permitía un mayor acercamiento entre familiares y paisanos como la posibilidad de establecer una comunidad que trascendía los límites nacionales (Vior, 2006).

Desde allí y siguiendo a Marcela Tapia (2010) podemos sostener que

aunque existe consenso de entender la movilidad humana como parte integral del mundo andino desde tiempos ancestrales, podemos señalar que en su versión contemporánea adquiere rasgos distintivos en el marco de las circunstancias históricas precisas y por la influencia de factores estructurales políticos y económicos. (p. 24),

Como se sostiene

analizar los procesos migratorios desde el enfoque transnacional supone reconocer la existencia de relaciones de diverso tipo (históricas, familiares, económicas, políticas, institucionales y religiosas) que atraviesan fronteras, enlazan los contextos de origen y destino, y construyen campos sociales que trasciendan los límites del Estado-Nación (Sayad, citado por Gil Araujo, 2010, p. 243).

2.2.La relación Bolivia-Argentina

En la migración la conjunción de los factores externos e internos que confluyen históricamente se constituyen en elementos estructurales que dan cuenta de la condición expulsora, receptora o ambas, de cada país, y como opera la relación entre países. Tal es el caso de la migración entre Bolivia y Argentina, al tomar el primero el rol de expulsor de población y el segundo de receptor, lo cual queda supeditado al contexto. Para poder comprender esta relación haremos una pequeña semblanza histórica, política y económica de Bolivia, manteniendo la periodización de la migración Bolivia- Argentina correspondiente a la fronteriza, la regional y la transnacional.

La migración interna conjuntamente con la emigración fueron estrategias que los bolivianos y bolivianas tomaron para mejorar sus condiciones de vida y/o en muchas oportunidades para su sobrevivencia, particularidad que se observa en los distintos períodos señalados, siendo la migración hacia la Argentina, aún en la actualidad, unos de los destinos más elegidos.

En el siguiente cuadro se puede ver como se han desarrollado las relaciones población migrante de países limítrofes (ML) / población total (T); población boliviana (MB)/población total y población boliviana/población países limítrofes

Tabla 1. Relaciones entre ML/T, PB/T, MB/ML

Censo Año	Total Población Argentina	Total países límitrofes + Perú	Total Bolivianos	% Pobl. Países límitrofes (ML/MT)	% Pobl. boliviana (MB/MT)	% Pobl. Boliviana sobre países límitrofes + Perú (MB/ML)
1869	1737076	41360	6194	2,38	0,36	14,98
1895	3954911	115892	7361	2,93	0,19	6,35
1914	7885237	206701	18256	2,62	0,23	8,83
1947	15893827	313264	47774	1,97	0,30	15,25
1960	20010539	467280	89155	2,34	0,45	19,08
1970	23390050	533850	92300	2,28	0,39	17,29
1980	27947447	753428	118141	2,70	0,42	15,68
1991	32615528	817428	143569	2,51	0,44	17,56
2001	36620130	923215	233464	2,52	0,64	25,29
2010	40117096	1245054	345272	3,10	0,86	27,73

Fuente: Elaboración propia fuente censo 2010, INDEC.

Se puede ver en el cuadro que la proporción de población proveniente de países limítrofes se ha mantenido muy estable en el tiempo y la población boliviana nunca ha sobrepasado el 1% del total de población. Hay que observar también como en la segunda mitad del siglo XX y hasta los años '90 la relación MB /MT y MB/ML ha mantenido una marcada estabilidad, mientras que ambos valores se incrementan fuertemente en los años '90 y los primeros del siglo XXI.

Veamos brevemente y a modo de contrapunto entre las situaciones históricas de Argentina y de Bolivia cuales fueron los factores que en distintas situaciones históricas mantuvieron cierta constancia del flujo migratorio, así como las razones del aumento en los últimos años.

En el caso de Bolivia, como señala el informe del PNUD (2007), los desequilibrios sociales, políticos y económicos son de larga duración y sus antecedentes se remontan a los comienzos de la colonización. Ya en aquel entonces la estructura económica y social se organizaba sobre la producción de la minería, la hacienda y en la pequeña producción campesina e indígena, generalmente familiar y artesanal, generando una gran desigualdad y pobreza estructural que particularmente afectaba a la población rural. A comienzos del siglo

pasado Bolivia combinó un modelo de desarrollo económico liberal dependiente de los mercados externos con formas de acción política basadas en la represión y la violencia.

La distribución de la población al interior de Bolivia mostraba una concentración en el Altiplano (La Paz, Potosí y Oruro), y en la zona de Los Valles (Cochabamba, Chuquisaca y Tarija) castigada por la pobreza, mientras las regiones más ricas de las zonas de los Llanos (Santa Cruz, Beni y Pando) tenían un menor número de habitantes. En efecto, el censo de 1950 da cuenta que el 57% de la población se encontraba en los tres departamentos pertenecientes a la zona del Altiplano, el 30,1% en la zona de los Valles y sólo el 12,2% en la zona de los Llanos. Las condiciones sociales de Bolivia eran un factor de expulsión que se complementaba con un modelo segmentado de mercado laboral argentino como receptor. En efecto, el mercado laboral de las provincias del norte argentino, con grandes latifundios de cultivos industriales como caña de azúcar y tabaco, de poca productividad y gran demanda de mano de obra a bajo costo concentró en las fronteras a los migrantes provenientes de Bolivia.

A mediados del siglo XX, la revolución de 1952 y la Reforma Agraria de 1953 procuran transformar la estructura económica boliviana. Se intenta poner un límite a los grandes latifundios y convertir la hacienda tradicional en empresa moderna de carácter capitalista. Las medidas económicas generadas desde el Estado intervinieron el territorio transformando las regiones geográficas en espacios económicos diferenciados (Tapia, 2014). La política de sustitución de importaciones de productos agrarios, el fortalecimiento de la agroindustria -en torno al azúcar, el algodón y otros productos de exportación- y el desarrollo de la producción petrolera y gasífera, incidieron notablemente en la mejora de las condiciones de vida y en la distribución de la población del territorio nacional. Pero Argentina estaba en pleno desarrollo del proceso de industrialización por sustitución de importaciones por lo que el flujo migratorio no se detiene sino cambia su fisonomía en tránsito hacia la migración regional.

La llegada del golpe militar bajo el gobierno de Banzer (1971/ 1978) provocó un nuevo cambio en la estructura económica boliviana privilegiando el sector externo y las élites regionales. Si bien los sectores agroindustriales se vieron dinamizados, nuevamente se produjeron elevados niveles de exclusión social, discriminación, pobreza y marginalidad en

el área rural que afectó, especialmente, a los campesinos sin tierra (Tapia, 2010). En ese contexto el flujo de migración regional hacia la Argentina, más allá de que la alternancia de regímenes democráticos y golpes de estado en las décadas del 50, 60 y 70 que provocaron restricciones en las legislaciones migratorias (Domenech y Magliano, 2007), no dejó de ser una constante como medio de subsistencia de las familias bolivianas.

En la década de los ochenta, se profundiza en Bolivia el avance de las medidas neoliberales mediante el Decreto Supremo N° 21060/1985. La privatización de la industria minera y la flexibilización laboral produjeron despidos masivos, especialmente en las regiones de Oruro y Potosí. Asimismo, el quiebre de las economías rurales llevó a la marginalización del sector agrícola tradicional y a una migración interna rural-urbana como estrategia de subsistencia familiar (Tapia, 2014). Según el informe de la OIM (2011), en las últimas décadas del siglo XX, Bolivia atravesaba por un proceso de desruralización mediado por una migración campesina dirigida principalmente hacia los principales centros urbanos como Santa Cruz, Cochabamba y el Alto. Al mismo tiempo toma impulso la migración hacia el exterior del país, aunque los destinos se diversificaron hacia otros países por fuera de los limítrofes, tal son los casos de los países extraregionales como Estados Unidos y España (Domenech y Magliano, 2007).

En Argentina, las políticas neoliberales profundizadas en la década del '90 produjeron cambios estructurales en la economía y en la sociedad articulados en torno a los procesos de privatización de empresas públicas, desregulación y liberalización del comercio, y flexibilización de los mercados de trabajo. Estas políticas trajeron aparejados el desempleo, la precarización del trabajo y el aumento de la pobreza e hizo emerger la cuestión social como un desafío necesario a tomar y revertir. Se visualizaba una sociedad menos homogénea y más plural con conflictos resultantes de las nuevas situaciones provocadas por la incertidumbre, la inseguridad y un proceso de ruptura de las identidades colectivas, principalmente ancladas en el trabajo o en la seguridad social. (OIM, 2012). Presentaba el país las características propias de las regiones ubicadas en el denominado tercer mundo, con fuertes desventajas frente al endeudamiento nacional producto de decisiones estatales, a partir de las cuales el acceso a los bienes quedó sujeto al mercado, con una dinámica que agregaba la precariedad financiera, afectando, de este modo, a los diferentes niveles de la vida interna de la Argentina y en general, a los países latinoamericanos. Puede afirmarse que en la década del '90 se pasó

de una “situación de invisibilización de la ‘diversidad’” a una “hipervisibilización de las diferencias” (Grimson, 2006, p. 70), imputándoles a los inmigrantes limítrofes el aumento de los índices de desempleo y delictividad. Diego Casaravilla (2000) argumenta que en ese período

el modelo del inmigrante demonizado como paradigma de relación entre incluidos y excluidos, muestra la complejidad de una articulación contradictoria entre los fragmentos de una sociedad escindida y cruzada por procesos de concentración y expulsión económica, estigmatización social y segregación institucional (p. 5).

Las fronteras nacionalistas se establecían, desde la sociedad, a través de sentimientos xenófobos y descalificantes, especialmente por su origen; y por otro, íntimamente relacionado a la legislación migratoria, la cual no tuvo una orientación lineal profundizándose la discriminación durante la década del '90 mediante el dictado de sucesivos decretos, instituyendo una relación unilateral en la que el inmigrante “es solo objeto de derecho, pero no sujeto de éste” (Nejamkis, 2012, p. 20), y colocó, por esos tiempos, a los migrantes provenientes especialmente de los países vecinos “en una situación de especial vulnerabilidad” (Courtis, 2006, p.170). Sin embargo, la convertibilidad que permitía un envío de remesas importante por la relación 1 dólar = 1 peso estimuló fuertemente la migración.

En esos años, la Argentina fue asumiendo un doble papel, convirtiéndose a la vez en un país de recepción y de expulsión de población. La crisis política y económica del 2001-2002 en la Argentina y la salida de la paridad peso/dólar, llevó a que una cantidad importante de inmigrantes bolivianos migraran hacia España, ya sea desde sus países de origen o desde la Argentina.

El cambio de rumbo de la economía, el crecimiento del producto bruto interno, la demanda de mano de obra y las políticas migratorias inclusivas hacia los migrantes, desde el año 2003 en adelante, en especial la Ley N° 25.871, y el Programa Nacional de Normalización Documentaria Migratoria Patria Grande, del año 2005, aplicados a nivel del Mercosur y países asociados, hace reaparecer a Argentina como un país de recepción, que lo distingue de los restantes países de la región, manteniéndose como punto de referencia de las migraciones del Cono Sur (OIM, 2012).

Es durante este periodo y especialmente luego del año 2000, que en Bolivia comenzaron a visibilizarse las huelgas, las marchas y los paros de los movimientos

indígenas y campesinos, siendo la denominada “guerra del agua”, la organización en el altiplano de Confederación Sindical Única de Trabajadores Campesinos de Bolivia, el plan de erradicación “coca cero” y la “guerra del gas”, entre otras, las referentes de las movilizaciones y resistencias que se sucederían con el objetivo de terminar con las medidas y gobiernos neoliberales que se venían sucediendo. Todo ello desembocó en las elecciones anticipadas para diciembre de 2005 y el triunfo de Evo Morales en la presidencia de Bolivia.

A poco tiempo de asumir, en el año 2007, se aprueba el Plan Nacional de Desarrollo denominado “Bolivia Digna, Soberana, Productiva y Democrática para Vivir Bien 2006-2011” como instrumento rector de los procesos de planificación sectorial, territorial e institucional. El Plan se proponía desmontar el modelo de desarrollo concebido desde el colonialismo y el neoliberalismo y cambiar el patrón de desarrollo primario exportador en base al desarrollo del paradigma filosófico del Vivir Bien. En el año 2009 se pone en vigencia el “Plan Nacional de Acción de Derechos Humanos, Bolivia Digna Para Vivir Bien” 2009-2013, aprobado en el 2008 e instituye el Consejo Nacional de Derechos Humanos. Entre los objetivos se promovían normas y acciones orientadas a la protección de los derechos humanos de los y las bolivianos migrantes. Se proponía la regularización de los migrantes viviendo en el exterior, el otorgamiento del derecho al voto, con la firme intención de extender y fomentar el ejercicio de la ciudadanía estableciendo un observatorio de Derechos Humanos para atender los problemas de los y las bolivianos en el extranjero (OIM, 2011). Esto estimula el retorno de familias bolivianas, cuyo pico máximo se da en el año 2008.

Sin embargo y pese a los esfuerzos realizados por el Estado Plurinacional de Bolivia, las desigualdades sociales persisten. Según los últimos datos censales la tasa de desempleo es de 5,2% y el nivel de pobreza, en el 2009, alcanzaba un 50,6%. Existen 2,7 millones de personas que sufren pobreza extrema en el territorio nacional, de las cuales 1 millón reside en el área urbana y 1,7 millones en el área rural; asimismo por la condición étnico-lingüística, la población perteneciente a los denominados pueblos originarios fue aproximadamente el doble respecto a la población no indígena en ese mismo año. En estas condiciones, en el año 2009 el retorno se revierte y se registra un retroceso del 58,7% respecto al año anterior (OIM, 2011)

El denominado período transnacional muestra facetas que confirman las características dinámicas de las migraciones al crear y recrear nuevas formas y estrategias, como la difusión de las redes sociales migrantes, el incremento de las prácticas ligadas a las remesas, la conformación de economías étnicas en las sociedades donde viven, las migraciones estacionales con nuevas temporalidades y estrategias, entre otras.

Desde esta perspectiva es que la comprensión de la migración requiere ser estudiada como un “hecho social total”, un ida y vuelta que contiene la emigración y la inmigración en un mismo fenómeno, lo que nos induce a “la tarea de escudriñar la recíproca relación (siempre desigual) entre las sociedades de emigración y las sociedades de inmigración” (Gil Araujo, 2010, p. 243).

Aunque las etapas planteadas vinculan factores estructurales y migración, la complejidad de los movimientos de población requiere para su comprensión profunda, considerar los aspectos micro, es decir las condiciones personales, familiares y del entorno. Como sostiene Stephen Castles (2006), los y las migrantes no son simples reactivos a los condicionamientos del mercado y/o de las reglas burocráticas existentes a nivel nacional, o simples individuos aislados, poseen una capacidad de *agencia migrante*, es decir, “son seres sociales que intentan obtener algo mejor para sí mismos, sus familias y sus comunidades dando forma de manera activa al proceso migratorio” (p. 42). Esta perspectiva nos induce a conocer acerca de las formas en que las y los migrantes deciden ocultar, silenciar, reproducir, visibilizar u omitir los relatos de su trayectoria migratoria. Se trata de “seres fronterizos, obligados a adaptarse a un nuevo contexto, a otras normas, y sujetos a variadas limitaciones que repercuten en su vida cotidiana” (Criado, 2001:14).

Por eso es importante incorporar en el estudio las experiencias y prácticas de los sujetos a través del análisis de las interacciones que tienen lugar en la vida cotidiana. Son elementos que surgen en la exposición de sus vivencias y trayectorias y se introduce en lo que le es familiar y en su vida cotidiana frente al propio grupo, otros grupos migrantes y la sociedad que deciden vivir (Pescio y Oliva, 2009).

De este modo la historicidad, las condiciones sociales y la subjetividad quedan referenciadas como procesos sociales entrelazados. Entendido así, el análisis de la migración interrelaciona lo macro y lo micro, y como afirma Elisabeth Jelin (2006) su develamiento se

convierte en un camino “sin duda, difícil, complejo, con tensiones, conflictos, contradicciones” (p. 62). Es decir, lleva a considerar elementos intrínsecos a los propios sujetos y otros elementos externos que interrelacionan lo objetivo y lo subjetivo, direccionando fenómenos sociales aparentemente homogéneos.

2.3.Migraciones bolivianas en datos

En el presente apartado analizaremos datos acerca de la población boliviana en Argentina y de sus índices de masculinidad tomando como fuentes principales los resultados de los Censos Nacionales de Población, Hogares y Viviendas de los años 1991, 2001 y 2010 publicados por el INDEC⁶ y los trabajos realizados por Organización Internacional de las Migraciones (OIM), la Organización Internacional de Trabajo en América Latina y el Caribe (OIT) y algunos otros organismos internacionales que consideramos pertinentes para reflejar algunas características de la composición de la población de bolivianos y bolivianas en Argentina.

A partir de estos datos pretendemos adentrarnos en la bolivianidad en la provincia de Córdoba y en particular en el conglomerado conformado por las ciudades de Villa María y Villa Nueva. Hemos procurado algunas aproximaciones mediante la EPH (Encuesta Permanente de Hogares de la provincia de Córdoba), a los conglomerados Gran Córdoba y Río Cuarto, pero los hemos descartado por los grandes márgenes de error muestral, al tratarse de una población muy pequeña en relación al total.

Como sosteníamos la migración boliviana hacia Argentina, con una historia de más de cien años, se ha generalizado y se sostiene de modo sistemático en la actualidad. Según los tres últimos censos (1991, 2001 y 2010), dentro del colectivo de migrantes de países limítrofes más Perú, son los migrantes de origen paraguayo, boliviano y peruano los flujos migratorios que más se han incrementado, siendo los migrantes de origen paraguayo los de mayor aumento.

⁶ Cabe aclarar que siendo la fuente principal los censos, los datos a niveles regionales y/o locales no están desagregados y/o necesariamente actualizados.

Tabla 2. Relación entre población procedente de cada país en porcentajes con respecto al total de poblaciones de países limítrofes y Perú

País/Año	1991	2001	2010
Bolivia	17	23	25
Brasil	4	3	3
Chile	29	21	11
Paraguay	30	32	40
Uruguay	16	12	8
Perú	2	10	12
Total	100	100	100

Fuente: Elaboración propia en base a censos 1991, 2001 y 2010. INDEC.

Excede las posibilidades de este trabajo interpretar las dinámicas de los distintos flujos migratorios. Queda en evidencia, sin embargo, la complejidad del entramado que estos números están mostrando. Interesa ahora ver cómo se distribuyen los migrantes de los mismos países en las distintas regiones argentinas:

De acuerdo a la distribución espacial, las regiones de CABA y Buenos Aires concentran el mayor porcentaje de la población limítrofe y del Perú. Los migrantes procedentes de Brasil, Chile y en menor medida Paraguay, se concentran más en sus zonas limítrofes (correspondiente al NEA con Brasil y Paraguay y Patagónica con Chile).

En el caso de los de nacionalidad boliviana su patrón de asentamiento es más diversificado que el de otros países. La mayor concentración se da en la región de la CABA y Buenos Aires, seguido por el noroeste (16%), en tanto que un 18% se ubica en las regiones del Centro, Cuyo y Patagónica.

Tabla 3. Distribución por regiones, en porcentajes, de la población migrante limítrofe y peruana en el año 2010

Región	Bolivia	Brasil	Chile	Paraguay	Uruguay	Perú	Total migrantes	% por región
CABA	22,1	25	5,1	14,5	26,3	38,4	267.388	19
Buenos Aires	42,8	23,8	24,4	71,3	60,6	44	736.872	53
NOA	16	2	1,4	0,3	0,9	1,5	63.810	5
NEA	0,3	35,8	0,3	9,9	1,1	0,3	72.681	5
CUYO	8,5	2,2	11,2	0,1	0,8	3,8	59.134	4
Patagonia	5,9	3,2	54,5	1,1	2,1	1,2	136.265	10
Centro	4,2	7,7	2,8	2,4	7,9	10,6	62.160	4
Total%	100	100	100	100	100	100		
Total migrantes	345.272	41.330	191.147	550.713	116.592	157.514	1.402.568	100

Fuente: OIM (2012) Cuadernos-Migratorios Nro2. El impacto de las Migraciones en Argentina.

2.4.¿Feminización de la migración?

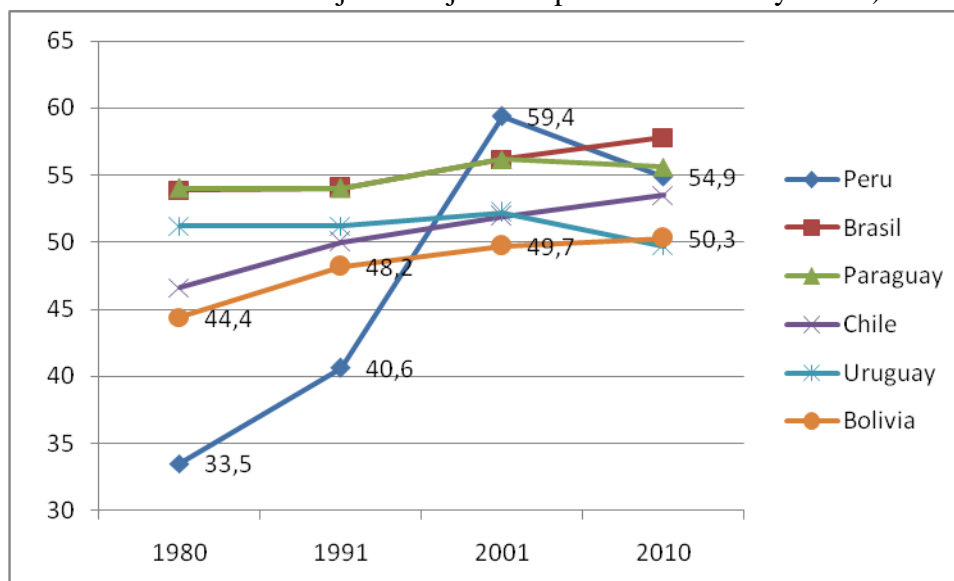
En las últimas décadas del siglo XX la inclusión del género en los estudios de las migraciones internacionales contemporáneas se vinculó con la necesidad de comprender – entre otras cosas- por qué las mujeres han ido aumentando su participación en los movimientos de población internacional, fenómeno al que se le denominó “feminización de las migraciones”. Desde esa perspectiva se hizo hincapié en dos dimensiones centrales: un aumento cuantitativo de las mujeres en los flujos migratorios y un cambio cualitativo en su rol. Coherente con lo anterior, se advierte el aumento del rol económico de la migración femenina, en tanto las mujeres migran para trabajar más allá de las fronteras con un proyecto migratorio familiar o autónomo (OIM, 2011).

En esa línea, si observamos la composición por sexo de los extranjeros en el año 2010 a nivel nacional se destaca un porcentaje mayor de mujeres que de varones en el total de migrantes. Según el Censo de ese año, de la población nacida en el extranjero, las mujeres representan el 53,9%, un total de 974.261 personas y los varones el 46,1%, que en números se eleva a 831.696. La población extranjera en Argentina representaba en el 2010 la suma de 1.805.957, lo cual implicaba un porcentaje de extranjeros del 4,5%, del total de la población. Sin embargo, el fenómeno de la “feminización”, hay que tomarlo con precaución, ya que como señalamos, son relaciones complejas que configuran una trama difícilmente generalizable. Así, en el 2001 los varones representaban el 46% de los extranjeros y en 1991 el 48%. Es decir, se podría pensar en un fenómeno de feminización entre 1991 y 2001 lo que coincide con el crecimiento del sector servicio en detrimento del productivo durante esos años en Argentina. En cambio, entre 2001 y 2010 las proporciones se mantienen estables.

Si observamos el siguiente gráfico podemos ver situaciones muy variadas en la proporción de mujeres y varones entre los migrantes de los países limítrofes y Perú entre los años 1980 y 2010.

Este cuadro refleja que hasta 2001 fue muy clara la feminización de la migración de los peruanos, entre los brasileños y chilenos la tendencia se acentuó entre 2001 y 2010, mientras que entre los paraguayos, uruguayos e incluso peruanos declinó entre 2001 y 2010. Entre los bolivianos también se nota entre 1980 y 1991 una tendencia al aumento de mujeres, que luego se estabiliza. En verdad, y siguiendo la periodización propuesta, lo que se puede ver es que los migrantes fronterizos donde el varón avanzaba solo, iba y volvía, cede lugar a las migraciones familiares. De hecho, en el año 2010 se empareja el número de mujeres y varones entre los bolivianos, lo que habla de una tendencia a consolidar el patrón familiar. Esto es, la idea de “feminización” de las migraciones es solo parcialmente pertinente para la población boliviana, que más bien nivela la migración masculina con la familiar.

Gráfico 1. Porcentaje de mujeres de países limítrofes y Perú).



Fuente: Datos de OIM (2012), Cuadernos-Migratorios Nro2. El impacto de las Migraciones en Argentina

Tapia (2010), aclara que se registra una “feminización de la migración” desde Bolivia hacia países europeos, especialmente España, donde una mayor proporción de mujeres optan por las oportunidades laborales que le otorga en esos países la conformación de nichos laborales feminizados, especialmente el trabajo doméstico y cuidado de niños y adultos mayores-, sin embargo se mantiene la tendencia a la reagrupación familiar. Es decir, en la etapa de migración transnacional se dan muchos casos en que las mujeres migran primero, y posteriormente se suman el “esposo o la pareja y luego a los hijos” (p. 25). Por lo pronto, tales tendencias no son fácilmente cuantificables y veremos que en nuestro trabajo de campo la mayoría de las trabajadoras con las que interactuamos responde mayormente a un patrón familiar clásico.

Otros números significativos los aporta OIM (2012), en base a datos de la tramitación de residencias permanentes y transitorias. El dato de permanentes lo toman del total de radicaciones efectuadas por Migraciones entre 2004 y 2008 y el de transitorias solamente 2009.

Tabla 4. Población con radicaciones permanente entre 2004 a 2008 y temporarias 2009, según sexo y país de nacimiento.

País/ Radicaciones	Permanente			Temporario			Total		
	Fem.	Masc.	Total	Fem.	Masc.	Total	Fem.	Masc.	Total
Bolivia	33,82	41,92	37,32	26,66	29,30	28,10	32,01	37,55	34,59
Paraguay	36,96	30,75	34,28	38,55	49,46	44,04	39,89	37,24	38,66
Perú	20,31	18,87	19,68	18,41	14,91	16,50	19,83	17,49	18,74
Brasil	2,53	2,04	2,32	2,58	2,01	2,27	2,54	2,03	2,30
Chile	3,31	3,25	3,29	2,24	2,58	2,42	3,04	3,02	3,03
Uruguay	3,07	3,17	3,11	1,56	1,74	1,66	2,59	2,67	2,68
Total	100	100	100	100	100	100	100	100	100

Fuente: Datos de OIM (2012). Cuadernos-Migratorios Nro2. El impacto de las Migraciones en Argentina.

Como se ve, en el caso de los bolivianos es importante la preponderancia de las radicaciones permanentes de varones hasta el año 2008 y en menor medida de los transitorias en 2009. Una hipótesis que plantea OIM (2012), consistente con nuestra investigación micro, es que los varones se insertan con mayor formalidad en el mercado laboral, en las quintas, en los cortaderos, en la construcción; ya sea para firmar contratos o percibir salarios. Las mujeres, más precarizadas, desarrollan su vida a la sombra de su pareja. No haremos consideraciones para los otros países, pero se ve con claridad que la relación entre números de migrantes mujeres y trámites de radicación no tienen correlatos regulares para todas las poblaciones de origen.

Conviene señalar también que las políticas migratorias aplicadas en Argentina desde el 2003, con la Ley de Migraciones N° 25.871, sancionada ese año y el Programa de Normalización Documentaria Migratoria, más conocido entre los/las migrantes como “Patria Grande”, generaron un proceso de radicación mayor, incentivado por la participación de diferentes organismos migrantes y los menores costos y acceso a dichos trámites.

De esta manera, y según los datos anteriormente presentados, la migración boliviana hacia la Argentina es sistemática y dinámica, con variaciones que presentan mayor cambio a

nivel de la movilidad territorial que por diferencias de sexo. La mujer boliviana en la Argentina no se asocia, en términos generales, a las características de las mujeres migrantes delineadas en el diagnóstico de la feminización de las migraciones, al menos no de modo evidente (Mallimaci, 2011). Esta particularidad nos lleva a afirmar que si bien es posible marcar tendencias de orden general, la indisoluble relación entre la historia de los países de origen y de destino así como de la diferencia en los ritmos y modos de migrar hacen de cada corriente migratoria un proceso único, que inclusive presenta variaciones respecto a las distintas regiones del país, sea en la feminización, los modos de desplazamiento, las prácticas laborales y/o la articulación de dichos parámetros, en base a características específicas que son necesarias observar.

2.5.Hacia la Provincia de Córdoba

El censo 2008 de la Provincia de Córdoba muestra que el 87,9% de los habitantes son nacidos en esta provincia y el 11,2% fuera de ella, los cuales se dividen entre migrantes internos que representan el 8,7% y migrantes internacionales el 2,5%.

Según los datos censales, la provincia de Córdoba muestra un crecimiento sistemático de población extranjera de origen limítrofe y de Perú. Si hacemos una aproximación a partir de los datos del INDEC, comparando 2001 y 2010, obtenemos el siguiente cuadro:

Tabla 5. Población y porcentaje de migrantes países limítrofes y Perú según origen en Córdoba y cambios 2001-2010

País /Año	2001		2010		2010-2001	
	Nº migrantes	Porcentaje	Nº migrantes	Porcentaje	Incremento 2001-2010	Porcentaje
Bolivia	6.857	33	11.439	33	4.582	67
Brasil	1.081	5	1.348	4	267	25
Chile	2.923	14	3.089	9	166	6
Paraguay	1.411	7	4.064	12	2.653	188
Uruguay	1.894	9	2.222	6	328	17
Perú	6.750	32	12.442	36	5.692	84
Total	20.916	100	34.604	100	13.688	65
Total pob.	3.066.801		3.308.876			7.9

Fuente: Elaboración propia en base a Censos 2001/2010 (INDEC).

Esto es, mientras la población de países limítrofes y Perú ha crecido un 65%, la población total lo ha hecho en un 7,9% y la población de origen boliviano se encuentra en el tercer lugar en el aumento porcentual y en segundo lugar en número absolutos. Los bolivianos pasaron de primera a segunda minoría en los años intercensales, desplazados por la migración peruana, la que es un fenómeno reciente. De cualquier manera, los datos hay que tomarlos con precaución y probablemente haya subregistro, debido a los temores en el momento de contestar al encuestador, las ausencias frecuentes de sus lugares de residencias, la movilidad por regiones intra país que les es característica y otras dificultades para censar las poblaciones migrantes.

La migración boliviana constituye una corriente antigua con redes consolidadas y una ubicación espacial específica en la provincia de Córdoba, pero su ritmo de crecimiento se ha incrementado en el último período.

En el país la población proveniente de países limítrofes y Perú se incrementó en un 38% en el período intercensal (INDEC, Censos 2001 y 2010), mientras que la boliviana lo hizo en un 48%. Siendo ambos valores menores que el crecimiento en Córdoba, la sugerencia

es que la migración de esos países, incluida la boliviana se diversificó en el territorio nacional en este período.

Esta tendencia creciente de crecimiento se confirma si analizamos el porcentaje de migrantes según los años de llegada al país de los migrantes de países limítrofes y Perú en el año 2010, que configuran el siguiente cuadro:

Tabla 6. Estructura porcentual de la población migrante en el año 2010 según años de llegada al país

Procedencia	Porcentaje total	Antes de 1991	Entre 1991 y 2001	Entre 2002 y 2010
Bolivia	100,0	29,1	21,1	49,9
Brasil	100,0	27,1	34,5	38,5
Chile	100,0	72,0	10,5	17,6
Paraguay	100,0	22,3	14,8	62,9
Uruguay	100,0	72,0	8,8	19,2
Perú	100,0	9,7	32,2	58,1

Fuente: Elaboración propia en base a Censos 2001/2010 (INDEC)

Esto es de la totalidad de migrantes bolivianos que se encuentran actualmente residiendo en la provincia de Córdoba, alrededor de la mitad llegó al país entre 2002 y 2010, mientras que el cincuenta por ciento restante se divide entre quienes lo han hecho antes del 1991 (alrededor del 30%) y quienes lo han hecho entre 1991 y 2001 (alrededor del 20%).

Cotejando con el resto de los distritos, únicamente la Ciudad de Buenos Aires se aproxima a Córdoba, con el 38,8% de llegados en el último periodo sobre el total de la población extranjera. Más atrás están Entre Ríos (35,1%), La Rioja (33,1%), Santa Fe (32,1%), el interior de la Provincia de Buenos Aires (30,7%) y Tucumán (30,4%). En las demás provincias, las cifras de los últimos años se muestran por debajo de la media nacional. Tal como sostuvimos, el desplazamiento hacia el interior del país se profundiza en los últimos años, esto lo demuestran los datos de la migración boliviana en la ciudad de Córdoba y sus alrededores desde antes de 1990 (Celton, D., y Domenach, H. 1998), teniendo un notable incremento en la primera década del siglo XXI, lo cual fue registrado por el censo nacional.

Es difícil estimar desde otras fuentes si la tendencia se sostiene, se potencia o se acentúa en los años poscensales.

De cualquier manera, hay que destacar que Córdoba se presenta como la sexta provincia en recepción de migrantes sobre el total del país y como consecuencia del mayor ritmo de crecimiento, su posición como área receptora se consolida. Respecto a la composición por sexo, no se observa en Córdoba un proceso de feminización acentuado, al menos entre 2001 y 2010.

Tabla 7. Varones y mujeres de países limítrofes y Perú y de Bolivia

Población por Sexo/Año	2001	2010
Varones limítrofes + Perú	9842	16882
Mujeres limítrofes + Perú	11075	17722
Varones bolivianos	3709	5957
Mujeres bolivianas	3148	5482

Fuente: Elaboración propia en base a Censos 2001/2010 (INDEC)

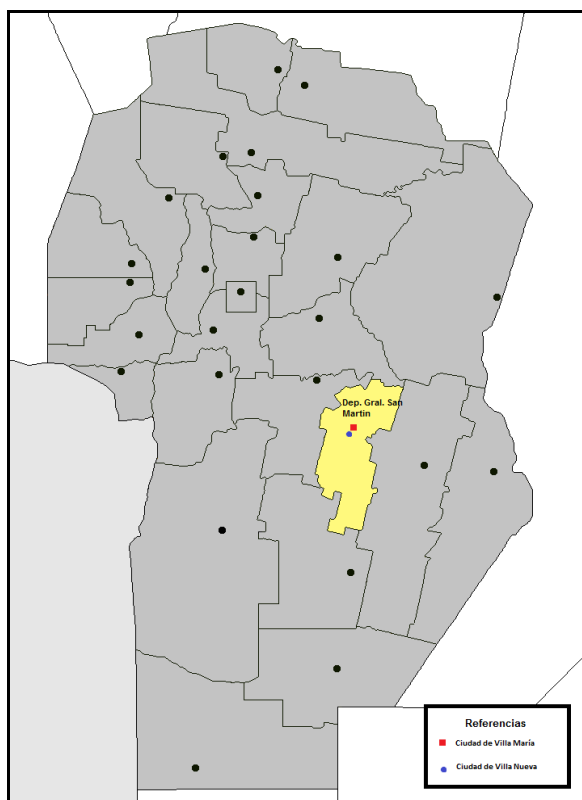
En ambos censos el número de varones de los países limítrofes más Perú es inferior al de mujeres, aunque la tendencia se acerca a la paridad en el 2010. En cambio, para migrantes bolivianos en el 2001 prevalecen los varones, aunque tienden a igualarse a las mujeres en 2010.

2.6.Las ciudades de Villa María y Villa Nueva

En este aparatado daremos cuenta de algunos rasgos socio-estructurales del conglomerado de las ciudades de Villa María y Villa Nueva que la han convertido en un centro de atracción para los y las migrantes procedentes de Bolivia, especialmente a partir de la etapa transnacional.

Las ciudades de Villa María y Villa Nueva pertenecen al Departamento San Martín de la Provincia de Córdoba (Argentina). Se encuentra en plena Pampa Húmeda a orillas del río Tercero o Calamuchita y a unos 140 kilómetros al sudeste de la ciudad de Córdoba. Es la tercera aglomeración urbana más poblada de la provincia. Según los resultados del censo de 2010, la ciudad de Villa María contaba con 80.006 habitantes y Villa Nueva un total de 19.362. Esto es el conglomerado a la fecha del censo sumaba una población de 99.368 habitantes que representan el 78% del total del departamento General San Martín (OIR, 2010). En el período 2001- 2010 la población del país creció 10,64%, la Provincia de Córdoba 7,89% y el Departamento General San Martín 9,77%, esto es más que la provincia y más próximo al promedio nacional.

Ilustración 1. Provincia de Córdoba (Argentina). Departamento San Martín.



Fuente: elaboración propia.

El departamento, a nivel poblacional representa el 3,8% de la provincia de Córdoba, el 51% mujeres y el 49% varones. La población rural, dispersa, muestra un porcentaje más

bajo de mujeres, el 44,39% (OIR, 2010), lo contrario de lo que ocurre en las ciudades de Villa María y Villa Nueva.

Hay que resaltar que siguiendo tendencias nacionales la población urbana creció en el Departamento General San Martín entre los dos censos un 10,4%, mientras que la rural apenas 1,05%; lo que indica un abandono del campo. Además, se destaca el Departamento San Martín por concentrar el mayor porcentaje de la población departamental y poseer una zona de influencia importante en todo el sudeste de la provincia de Córdoba, tal como se muestra al nuclear el 75% de establecimientos industriales del registro total departamental.

La ciudad de Villa María está regida sectorialmente y descentralizadamente por diferentes jurisdicciones político-administrativas, siete en total, denominados “Municerca”, cada uno de ellos se agrupan según barrios, quedando conformados en los siguientes: N°1- Nicolás Avellaneda y San Nicolás; N°2- Barrancas del Río, Industrial, Las Playas y Villa Albertina; N° 3- Bellos Horizonte y San Martín; Belgrano, Gral. Roca, Parque Norte y Roque Sáenz Peña; N° 4- Las Acacias, Mariano Moreno, Palermo y Vista Verde; N° 5- Las Acacias, Mariano Moreno, Palermo y Vista Verde; N° 6- Los Olmos y San Juan Bautista; y N° 7- Carlos Pellegrini y Felipe Botta. Asimismo, la descentralización hacia los barrios se da a través de los centros de atención primaria de salud (CAPS), mayormente distribuidos en los barrios lindantes al centro de la ciudad. En el caso de la ciudad de Villa Nueva esta descentralización no se refleja.

El conglomerado es un punto neurálgico del desarrollo económico del interior ya que la atraviesan las principales vías de comunicación: rutas nacionales n° 9 (Córdoba, Buenos Aires, entre otras) y n° 158 (Santa Fe, Mendoza y San Luis) y está vinculada con la ciudad de Córdoba (Capital de la provincia) de modo directo por la Autopista n° 9 (150 Km.) y, también de manera directa, por la misma vía hacia el sudeste con Rosario (244 Km.) y Buenos Aires (571 km).

Al encontrarse en un área de agricultura y ganadería, con importante producción de cereales frutales y oleaginosas (soja, trigo, maíz, girasol, avena, cebada, centeno), ha devenido en un importante centro económico subregional en el cual se han desarrollado industrias y servicios relacionados con las actividades agropecuarias, ya que la ciudad es el centro de una de las principales cuencas lecheras de Argentina, así como de industrias de

apoyo a la actividad agraria (agromecánica, agroquímicos). El siguiente cuadro nos sugiere una perspectiva comparada de la Producción por actividades entre el Depto. General San Martín y la Provincia de Córdoba.

Tabla 8. Producto Bruto Geográfico de la Provincia (PBG) de la Provincia de Córdoba y Producto Bruto Regional del Depto. General San Martín – Año 2011

Sectores Productivos	Producto Bruto Geográfico Provincial	PBR Dpto. Gral. San Martín	Participación porcentual Gral. San Martín en provincia	Porc. de actividad en PBG provincial	Porc. de actividad en PBR Gral. San Martín
PRODUCTO GEOGRÁFICO BRUTO	38.403.886	1.656.378	4,3	100	100
SECTORES PRODUCTORES DE BIENES	12.629.150	557.107	4,4	33	34
A - AGRICULTURA, GANADERÍA, CAZA Y SILVIC.	4.861.363	260.163	5,4	13	16
C – MINERÍA	73.794	364	0,5	0	0
D - INDUSTRIA MANUFACTURERA	4.977.060	164.743	3,3	13	10
E - SUMINISTRO DE ELECTRICIDAD, GAS Y AGUA	824.995	39.084	4,7	2	2
F – CONSTRUCCIÓN	1.891.937	92.753	4,9	5	6
SECTORES PRODUCTORES DE SERVICIOS	25.774.736	1.099.271	4,3	67	66
G - COMERCIO AL POR MAYOR Y AL POR MENOR	4.064.902	188.629	4,6	11	11
H - HOTELES Y RESTAURANTES	964.900	22.316	2,3	3	1
I - TRANSPORTE, ALMACENAMIENTO Y COMUNIC.	3.956.124	150.739	3,8	10	9
J - INTERMEDIACIÓN FINANCIERA	4.224.514	179.398	4,2	11	11
K - ACTIVIDADES INMOB, EMPRESARIALES Y DE ALQ.	7.045.853	289.651	4,1	18	17
L - ADMINISTRACIÓN PÚBLICA Y DEFENSA	1.490.688	53.045	3,6	4	3
M – ENSEÑANZA	1.463.657	57.226	3,9	4	3
N - SERVICIOS SOCIALES Y DE SALUD	1.625.819	124.078	7,6	4	7
O - OTRAS ACTIVIDADES DE Ss. COMUNITARIOS, ETC.	490.687	16.638	3,4	1	1
P - HOGARES PRIVADOS CON SERVICIO DOMÉSTICO	447.592	17.551	3,9	1	1

Fuente: Elaboración propia en base a datos Dir. Estad. Socio-demográficas 2015, Dirección General de Estadística y Censos de la provincia de Córdoba.

Se puede ver que el Dpto. General San Martín aporta en general 4,3% al Producto Bruto Geográfico Provincial (PBG). Si analizamos la composición de la relación en cada rubro observamos que es un punto más alto en la agricultura y ganadería, algo superior en construcción y algo menor en manufacturas. Esto nos dice en primer lugar, cuán significativa

es la actividad primaria en la región, pero no implica un retraimiento en la industria, ya que la manufactura en Capital representa el 50% del total de la industria provincial. En efecto, si consideramos solo el interior provincial, el Departamento General San Martín concentra el 6,6% de la industria.

Otro dato significativo que habla de la potencia económica del Departamento es el PBR per cápita con respecto al PBG (provincial) per cápita. Considerando desde el año 2001 al 2015, siempre fue superior el del Depto. General San Martín; pero en el 2001 la brecha era apenas el 6%, en el 2015 se eleva al 17%. Esto datos son consistentes con el desarrollo agrícola y especialmente sojero que se ha vivido en el período.

No parece haber pasado lo mismo con las Necesidades Básicas Insatisfechas (NBI) que, entre el censo de 2001 al censo del 2010, pasaron en la provincia de 11% de 6%, es decir una disminución del 5%; en cambio en el Depto. General San Martín pasó del 9,4% al 4,7%; manteniéndose siempre debajo del promedio provincial pero con una brecha menos significativa. En el 2008 los datos de Villa María y Villa Nueva se agravaron según fuentes del Ministerio de Desarrollo social que registran los siguientes guarismos

Tabla 9. Población con NBI en porcentajes, ciudades de Villa María y Villa Nueva

Ciudad/NBI	Proporción con NBI dentro de la localidad	Sobre el total de personas con NBI del Dpto.	Población Rural con NBI
Villa María	5,7	54,3	11,5
Villa Nueva	9,3	21	10

Fuente: Dirección General de Estadística y Censos de la provincia de Córdoba 2015.

Por otra parte, el 21,5% de la población en situación de pobreza vive en áreas rurales.

A nivel de la construcción, el sector de Villa María y Villa Nueva se ha ido desarrollando con el tiempo, particularmente entre el 2010 y 2014, con un desempeño que supera a otras regiones del interior cordobés. Si bien el desarrollo de este sector se cuantifica en relación al volumen de operaciones de edificación, tanto privada como pública, la industria ladrillera aparece como una actividad que se encuentra fundamentalmente asentada en el área periurbanas de las ciudades, de la cual no existen datos oficiales. Sin embargo, se visibiliza

dentro del circuito comercial, particularmente, según nuestro trabajo de campo, con la conformación del sindicato a nivel local, que los agrupa (UOLRA, Unión Obrera de Ladrilleros de la República Argentina), en la primera década de este siglo. Dicha actividad es realizada de forma meramente artesanal a través de mano de obra familiar y en nuestra región, principalmente por trabajadores de origen boliviano.

La mayor industria exportadora es la láctea la cual concentra el mayor porcentaje de las exportaciones regionales, llegando a representar el 30% de la producción nacional, por lo que se la denomina a la zona como “la cuenca lechera” por excelencia. Esta importancia se observa, no sólo en los niveles de producción, sino en la amplia oferta educativa de nivel medio y superior en la región relacionada con la actividad, así como la presencia de comercios de insumos relacionados y profesionales que brindan servicios al sector, entre otros (Schaigorodsky y Roitman, 2014). La agricultura es otra de las actividades relevantes del sector primario, en particular el cultivo de cereales (maíz, trigo, sorgo) y oleaginosas (soja, maní, girasol).

Por su parte, la producción hortícola se destaca en el denominado “cinturón verde” de las ciudades de Villa María y Villa Nueva, siendo disímiles los tamaños de las denominadas “quintas” que se dedican a dicha actividad, variando su extensión desde 5 a 50 hectáreas. Las especies por orden de importancia cultivadas son: lechuga, acelga, remolacha, repollo, espinaca, zapallito, choclo, pimiento, achicoria, entre otras. Su comercialización mayormente se realiza en el Mercado de Abasto de Villa María, quien nuclea a proveedores y minoristas de una vasta región, convirtiéndose en un centro dinámico de comercialización frutihortícola.

Hemos visto en el cuadro N° 7 que el sistema de salud tiene un peso muy significativo en el PBR. Esto se debe a que este conglomerado es un centro articulador de la región, ya que distintas localidades distantes requieren de sus servicios públicos de salud como el Hospital Público Regional, así como los brindados desde el sector privado, con una amplia red de especialidades y tecnologías médicas.

Villa María posee un nivel de alfabetización universal de 99,13%. Se concentra en esta ciudad una oferta variada educativa desde los niveles primarios, medios, terciarios y universitarios, públicos y privados. Se lo puede considerar como uno de los centros

educacionales de mayor importancia al interior de la provincia de Córdoba, confluyendo en él estudiantes de diversas regiones del interior de la provincia, así como del país (OIR, 2010).

En síntesis, el conglomerado conformado por las ciudades de Villa María y Villa Nueva, representa al interior de la provincia de Córdoba un polo de atracción y generador de actividades que involucran diversos sectores. El dinamismo de la región, tanto de la actividad comercial, industrial y ocupacional, son aspectos válidos a considerar a la hora de analizar la incorporación de nuevos pobladores por razones de desarrollo económico, educativo y/o social.

Desde allí, y de acuerdo al tema que nos ocupa, vemos que la existencia de actividades relacionadas a la agricultura atrajo la llegada de los primeros migrantes bolivianos a la región (Pescio y Oliva, 2009), sin embargo, y de acuerdo a lo expuesto, la migración boliviana hacia Argentina históricamente ha marcado su dinámica en su composición, tiempo de estancia en el país, movilidad territorial, y/o estrategias laborales, características que se necesitan considerar en el espacio local, especialmente si lo pretendido es despegarse de análisis estancos con una comprensión homogénea y generaliza de dicho movimiento poblacional.

2.7. Los y las migrantes bolivianos/as en las ciudades de Villa María y Villa Nueva

En este apartado daremos cuenta de las principales características de esta población viviendo en dichas ciudades. Ante la carencia de datos estadísticos específicos del colectivo en la región, recurriremos a los datos censales a nivel nacional y provincial, si bien hacia el interior de la provincia muchos de ellos se muestran generalizados a través de la categoría “migrantes”, en la cual confluyen migrantes internos y de otro país; o bien como grupo de “extranjeros” sin desagregar por origen. Intentando salvar dicha carencia nos valdremos de estudios previos desarrollados desde diferentes perspectivas, tal son los casos de Pescio, A. y Oliva, A. (2009); Roitman, S., y Quevedo, C. (2012), Zilocchi (2012), entre otros, y de nuestro propio relevamiento en el marco de este trabajo.

El Departamento San Martín ocupa el segundo lugar del interior de la provincia, luego del Departamento de Río Cuarto, en cuanto a población nacida en otro país, concentrándose dicha población en el conglomerado determinado por las ciudades de Villa Nueva y Villa María. De acuerdo a los datos censales de 2008 del departamento, la población es preferentemente masculina, marcando un patrón diferencial con la tendencia a la feminización de otros flujos a nivel nacional. En el departamento, según el censo 2010 tenemos un 56% de varones bolivianos y un 44% de mujeres.

Desde el municipio de Villa María, el censo provincial de 2008 destaca más la presencia de movilidad poblacional a nivel interno (población nacida en otra provincia) que internacional (población nacida en otro país). Del total de la población censada, el 8,7% declaró haber nacido en otra provincia y el 2,5% en otro país. Asimismo, el informe califica esta migración como una población envejecida y con una importante concentración de población en edades activas, dato significativo pero que no suministra de modo desagregado entre migración interna y externa o internacional.

Tabla 10. Población por sexo según lugar de nacimiento. Año 2008

Lugar de Nacimiento/Sexo	Sexo			
	Masculino	Femenino	Total	Porcentaje
Total	37.119	40.079	77.198	100,00
Provincia de Córdoba	32.578	35.335	67.913	87,97
Ciudad de Buenos Aires	372	409	781	1,01
Provincia de Buenos Aires	668	598	1.366	1,77
Otras provincia del país	2.217	2.377	4.594	5,95
Otro País	992	975	1.967	2,55
Ignorado	292	285	577	0,75

Fuente: Censo Provincial de Población 2008. Dir. Estad. Socio-demográficas Dirección General de Estadística y Censos.

La llegada de migrantes bolivianos hacia Villa María y Villa Nueva ocurre en momentos diferenciales de la historia de la migración boliviana en el país, compartiendo rasgos comunes con las etapas que expusimos y otros que le son propios.

Se trata de una migración cuyas redes migrantes construidas en el origen les permiten llegar y contar con recursos como la vivienda, enseñanza en el oficio, préstamos de herramientas, dinero, bienes, así como disponibilidad de trabajo, lo que está directamente relacionado con la información a la cual acceden (Pescio y Oliva, 2009). Según estudios previos, estas redes, en nuestra región, marcan diferencias según la procedencia de origen, prevaleciendo los de Tarija y Potosí. Las provenientes de Tarija son preferentemente redes conformadas por vínculos familiares cuya trayectoria direcciona de modo directo la llegada de estos/as migrantes a las ciudades, sin referenciar etapas en otras regiones del país. Los/as migrantes de origen potosino, diferencialmente, se presentan basadas en vínculos regionales y de paisanaje, que han establecido en el origen tanto como en la propia trayectoria lo que provoca “un recorrido en etapas por regiones del país, siguiendo, principalmente, la información de espacios laborales posibles de ocupar” (p.40).

Los migrantes arriban con escasos recursos, destacándose un perfil de población trabajadora pobre y de origen campesino⁷. En las ciudades de Villa María y Villa Nueva los/as migrantes ocupan espacios laborales específicos y se convierten estas ciudades en “punto de llegada y de afincamiento”, como veremos en el Capítulo n° 3. En general, y sin que esto implique una regularidad absoluta, los primeros migrantes y posteriores redes migrantes hacia la región, conformó y estableció en el tiempo un campo laboral específico donde se ubican y llevan adelante sus actividades, como afirma Roberto Benencia (2006) este patrón que se consolidó en el tiempo permitió calificar a ciertos sectores labores como “bolivianizados”. Esta característica laboral y de asentamiento no deja de responder a lógicas económicas que reproducen nichos productivos étnicos mediados por la vigencia de las redes migratorias. Estas últimas imprimen una dinámica que sectoriza, en la región, el trabajo que emprenden, la distinción en todo caso queda establecida de acuerdo a las trayectorias migratorias en el país, los miembros que la conforman, los recursos que canalizan y los lugares de origen de donde parten (Pescio y Oliva, 2009).

⁷ Esta caracterización es registrada de los relatos de los propios migrantes que se establecen en las ciudades de Villa María y Villa Nueva, entre ellas: la necesidad de trabajar desde corta edad, ser en su mayoría analfabetos o con primaria incompleta, no contar con otro medio de ingreso más que las pequeñas propiedades dedicadas a la producción y consumo familiar, la migración como una estrategia de supervivencia y/o comprendida para mejorar su situación económica.

En función de lo anterior, por lo tanto, el trabajo, por un lado, es un factor que incide sobre la ordenación territorial, construyendo espacios laborales diferenciados que emergen justamente de determinadas actividades que emprenden. Por otro lado, los enclaves laborales establecidos atraen mano de obra migrante hacia un mercado laboral específico, particularmente a través de la información brindada por medio de las redes migratorias. Estos modos de asentamiento en la región no dejan de dar cuenta la relación estrecha entre territorio y economías étnicas, como sostienen Roitman y Quevedo (2012) cuando “las economías étnicas se suman al territorio como elemento clave en la conformación de la dinámica de la actividad se habla de enclaves étnicos” (p.48). Ésto, se traduce como un dato estructural que cualifica experiencias concretas cobrando una fuerte importancia en la trayectoria migratoria y laboral de estos/as migrantes, los cuales, forman espacios diferenciados de trabajo fortalecidos por las diferencias culturales y las desigualdades económicas que son determinadas por la articulación entre nacionalidad, clase y raza/ etnia.

Actualmente estos/as migrantes ocupan a nivel local, espacios laborales diversificados, tal es el caso de la construcción, como agricultores frutihortícolas, en la confección del ladrillo y en menor medida, en los últimos años, en el comercio de ventas de hortalizas y frutas (las denominadas verdulerías). La construcción en general, en el último período, pasa a tener una relevancia mayor. Posterior a la crisis de 2001 siguiendo las fluctuaciones de este sector en Argentina. La mayor demanda laboral absorbió preferentemente fuerza de trabajo boliviana bajo condiciones precarizadas de contratación. Tal como lo referencia Gustavo Zilocchi (2012) esta apertura es posible por las condiciones de irregularidad documentaria de estos trabajadores migrantes que reduce los costos y “los hace sujetos de extorsiones salariales, entre otras varias posibilidades de mayor explotación de su fuerza de trabajo” (p. 116).

En esa dirección las localizaciones territoriales de los/as migrantes bolivianos/as, en las ciudades de Villa María y Villa Nueva, se articulan a sus ocupaciones. Si bien esto no es exhaustivo se observa como una característica de su distribución territorial, los que podríamos dividir entre *periurbanos* y *urbanos*. Desde el primero, los dedicados al trabajo de la horticultura y fabricación del ladrillo se ubican, en general, en el cordón periurbano de estas ciudades, en la periferia de la ciudad, lo cual constituye una “periferización” (Ibídem, p.117) del trabajo de este colectivo migrante.

Desde los segundos, mayormente ocupados en la construcción, se establecen en diferentes barrios de la ciudad de Villa María. Los barrios de mayor concentración son los correspondientes al Felipe Botta, Carlos Pellegrini, Las Playas, Nicolás Avellaneda, San Nicolás, Belgrano, Las Playas y La Calera. Son barrios periféricos a la ciudad y son los de mayores índices de pobreza.

Esta particularidad migratoria y laboral hacia la región se advierte hacia el varón tanto como la mujer boliviana. Específicamente hacia la mujer migrante boliviana la tendencia a la feminización del flujo migrante de origen boliviano mantiene los patrones nacionales y provinciales. Las mujeres llegan preferentemente bajo un patrón familiar y se ubican territorial y laboralmente según las actividades productivas de su esposo/pareja.

Estas caracterizaciones, si bien no absolutas, dan cuenta de sus perfiles migratorios en la región y mapean ciertas condiciones comunes dentro del patrón migratorio Sur- Sur, el cual responde a las crisis sociales, políticas y económicas experimentadas en la región, la creciente globalización de los mercados de trabajo y la reproducción de la “etnificación” del mercado de trabajo. Los/as migrantes ocupan los sectores más descalificados de la fuerza de trabajo y enfrentan diferentes tipos de experiencias, desafíos, tanto como exclusiones. Tal como la refiere el Informe de la CEPAL/OIT (2017)

En 2016, los mercados laborales de América Latina y el Caribe en su conjunto estuvieron marcados por la profundización de la crisis económica, que se expresó en un segundo año de contracción del producto regional. En este contexto, la tasa de desempleo urbano aumentó del 7,3% en 2015 al 8,9%, el mayor incremento anual del indicador en más de dos décadas. A pesar de que a 2016 se han acumulado 2 puntos porcentuales de incremento de la tasa de desempleo desde 2014, los niveles son todavía inferiores a los registrados entre finales de la década de 1990 y comienzos de la de 2000. (p. 7).

En ese contexto los migrantes:

tienen ingresos medios más bajos que los de los nativos, sufren elevados niveles de informalidad laboral y tienen niveles de cobertura de seguridad social significativamente más bajos que los ocupados nativos. Destaca la baja cobertura en el caso de las mujeres migrantes (Ibídem, p. 6).

Es decir, las persistentes desigualdades producto de las políticas económicas aplicadas en los últimos períodos y los procesos de racialización históricamente construidas hacia el “otro” explican las experiencias de marginación social y explotación laboral a las que esta población migrante se enfrenta en el espacio nacional, lo que resulta aún más elocuente al interponer las opresiones de género que atraviesan dichas experiencias.

Dentro de ese planteo, la perspectiva decolonial de género nos habilita otros caminos posibles de indagación, los cuales se tornan relevantes para un análisis crítico de las realidades locales de este colectivo si articuladamente sumamos las desigualdades que experimentan las mujeres migrantes bolivianas. Desde ese lugar, nuestro trabajo seguidamente se sitúa desde la mujer migrante boliviana y tiende a visibilizar los modos que estas mujeres plantean y experimentan sus trayectos migratorios tanto como las labores (productivas y reproductivas) que emprenden. En los capítulos siguientes damos cuenta de este análisis, en un primer momento según las trayectorias laborales emprendidas, y luego en su cotidianidad, una vez establecidas en las ciudades de Villa María y Villa Nueva.

Capítulo III: Las trayectorias de vida

3. Las trayectorias

En este capítulo nos tomaremos el trabajo de enlazar la macro-historia de las migraciones bolivianas, sus aristas estructurales vistas en el capítulo 2, con la descripción de la vida cotidiana de las mujeres migrantes bolivianas en la región de Villa María y Villa Nueva.

Fundamentalmente, buscamos rescatar la perspectiva de las mujeres a partir de lo que manifiestan al “ser escuchadas” como referentes de luchas, opresiones y/o resistencias que emergen, conforme al contexto social que les toca vivir. Experiencias de vida múltiples, complejas y contradictorias, definida por la intersección del género, clase social y etnia/raza en las cuales se tensiona la universalización de cualquier tipo de experiencia de sometimiento.

Para trazar ese puente, la categoría clave será la de **trayectoria**. La noción de trayectoria pretende dar cuenta del curso de vida de personas y de grupos a lo largo del tiempo, proporcionando centralidad al tiempo y a la experiencia de los sujetos. Se procura vincular el tiempo biográfico con el tiempo histórico, apelando a los relatos de vida o la historia oral (Blazek, et. al, 2007). Las trayectorias que utilizaremos en este capítulo en particular presentan matices y están marcadas por periodizaciones de un recorrido migrante que se inicia en el origen, en su familia natal y termina en las ciudades de VM/VN, donde se establecen y permanecen.

Para ello, luego de algunos elementos que precisarán la categoría de trayectoria, dejaremos el marco estructural, donde las estadísticas disponibles nos ayudaron a delinear los rasgos generales de los patrones migratorios de las mujeres migrantes bolivianas, para ingresar en el ámbito de las micro-historias, desde las cuales interpretamos los sentidos de las experiencias.

Como señalamos en el apartado metodológico, nuestras herramientas para reconstruir las trayectorias fueron las entrevistas en profundidad y la observación participante.

El trabajo se llevó a cabo en los distintos espacios donde se asientan y trabajan actualmente. En una primera etapa el acercamiento estuvo organizado en dos de los espacios a lo que

migrantes bolivianos llegaron para establecerse “como pioneros”: en las quintas primero y luego en los cortaderos. Como es un trabajo de varios años de compartir espacios y tiempos con algunas actoras y dada la movilidad de estas mujeres migrantes bolivianas, nuestro trabajo de campo se diversificó hacia los barrios de la ciudad de Villa María, donde, durante el último período, se han ido asentando. Espacios estos que se encuentran atravesados por condiciones de marginalidad urbana.

Para una reconstrucción de las trayectorias acudimos a una primera sistematización según el lugar de afincamiento, de residencia y/o trabajo, es decir, donde se encuentran establecidas, distinguiendo las mujeres migrantes bolivianas que trabajan en la quinta, el cortadero y las que son amas de casa: las dos primeras asentadas en la periferia urbana y las últimas en zonas urbano-marginales.

Un segundo criterio de distinción es el vinculado al momento de llegada a la región. Distinguímos entre las “pioneras” que llegaron a la región en las últimas décadas del siglo XX, y las “recientes” que arribaron a mediados de la primera década del siglo XXI. Aunque estas distinciones no son exhaustivas ni cerradas, hay algo en común entre las mujeres migrantes bolivianas en VM/VN: llegaron al lugar a establecerse, se afincaron en la región. Esto es, la región no es de tránsito, sino que se convierte en “el lugar” donde las condiciones y las decisiones las estabilizan, más allá que no fuese una opción planeada al momento de llegar⁸.

En este sentido y con el objetivo de recuperar esa diversidad, nos centramos en sus historias personales vinculando el género, la migración y el trabajo productivo/reproductivo que las particulariza y diversifica según la trayectoria realizada.

El recorrido de nuestro trabajo de campo fue gradual. Compartimos distintos eventos y celebraciones familiares para ingresar, posteriormente, a su cotidianeidad. Participar en los procesos de trabajo (quinta y cortadero), así como articular “espacios de cocina” compartiendo la elaboración y cocción de comidas típicas (de su región como de las nuestras) donde viven y trabajan, nos cedió conocer los saberes que le son propios, sean estos laborales o culturales.

⁸ Al igual que sus trayectos, se diferencian por el origen en Bolivia y las situaciones familiares y labores emprendidas. Sin embargo, mantienen en el inicio ciertos parámetros que las unifican, marcados por ser mujeres campesinas y pobres. Condicionamientos que retomamos más adelante en nuestro trabajo.

Es desde ese trabajo de campo que pudimos “encontrarnos”; ingresar a sus “universos privados” y conocer sus historias. Para lograrlo la guía fue la memoria de las mujeres, la que contiene una selección y evaluación de sucesos y recuerdos, consciente e inconsciente.

3.1. Trayectorias vitales y laborales

El estudio de las trayectorias vitales, que como hilo conductor recuperan lo laboral, colabora a concretar aquello que Wright Mills (2003) sugería en *La promesa*, esto es que “Ningún estudio social que no vuelva a los problemas de la biografía de la historia y de sus intersecciones dentro de la sociedad ha terminado su jornada intelectual” (p.23).

Muñiz Terra (2012) señala que los estudios sobre trayectorias descansan sobre la “aproximación biográfica”:

revalorizando al sujeto como objeto de investigación, esta perspectiva se preocupa, en líneas generales, por rescatar la trayectoria vital del actor social, sus experiencias y su visión particular y por aprehender el contexto en el que tienen lugar, porque la historia de vida es reflejo de una época y de las normas sociales y los valores esencialmente compartidos de la comunidad de la que el sujeto forma parte (p.39).

En esta biografía según la misma autora se ponen en juego dos tiempos, el cronológico, donde en una línea de tiempo se pueden ubicar eventos en fechas; y otra que apela a las experiencias vitales, que no se corresponden al cronológico y que los griegos llamaban *kairos*.

En este cruce entre las temporalidades objetivas y subjetivas se traman los hilos biográficos que constituyen los sujetos: la familia, el trabajo, la escolaridad, las movilidades, la salud, la cultura, la recreación. Estos hilos o líneas biográficas pueden mantener una cierta autonomía o una fuerte dependencia. De los múltiples hilos que tejen la trama biográfica, nosotros haremos hincapié en una dimensión específica del estudio de las trayectorias: la esfera laboral, que incluye procesos espaciales integrados a su historia, enfocados desde una perspectiva que nos permite reconstruir las diferentes fases de su vida migrante (Muñiz Terra, 2012).

Dentro del análisis de trayectorias, un concepto clave es la noción de **secuencia** que María Eugenia Longo (2011) entiende como un segmento temporal de las trayectorias, en el que se manifiesta una combinación particular de factores y tiempos. En las diferentes secuencias de la trayectoria, se podrá evidenciar una articulación específica de factores o atributos que le dan ciertas características a las trayectorias, y una sucesión de situaciones que dan cuenta de la dimensión temporal. Las secuencias tienen un carácter dinámico y entrelazado, permiten navegar para atrás y para adelante en las trayectorias, al tiempo que facilitan la focalización, sin reducir ese momento a un punto fijo, estático.

La autora señala que “las secuencias son configuraciones recurrentes capaces de articularse, sucederse, encastrarse para construir las trayectorias a lo largo del tiempo” (p. 302). En el análisis de las trayectorias, varias secuencias pueden “seguirse y sucederse”, habrá diversos patrones y se podrá visibilizar secuencias típicas, así como habrá secuencias que facilitarán o inhibirán posibilidades futuras y algunas permitirán consolidar o desarticular las trayectorias.

Pero ¿cómo se articulan las secuencias? En los trabajos de Blazsek, A. et al,(2017) se realizan análisis que comprenden la articulación de distintas secuencias e identifica pautas que dan cuenta del encadenamiento de sucesos que producen la configuración de una determinada trayectoria laboral intersectada por la trayectoria vital/reproductiva dedicada a la crianza/cuidado de los hijos/as para mujeres de clase media profesional. Allí lo productivo y lo reproductivo transitan sendas diferentes y el nacimiento de los hijos se presenta como una encrucijada, un **punto de inflexión**, en los que, en general deciden privilegiar lo reproductivo y postergar lo productivo.

Muy diferente es el caso que nos ocupa, de las mujeres migrantes bolivianas en las ciudades de VM/VN. Ambas líneas se entrelazan desde muy niñas, y se refuerzan con la muerte, abandono y/o separación de algunos de sus progenitores. La decisión de migrar tampoco marca siempre un punto de inflexión que opere como encrucijada, porque muchas veces se produce de manera gradual, con partidas y retornos. Hablaremos entonces de **puntos de demarcación** - antes que de puntos de inflexión- que operan como límites analíticos para delimitar secuencias, pero que no implican bifurcaciones decisivas que permitan emprender caminos radicalmente alternativos. Se trata entonces de trayectorias graduales y previsibles, teñidas por la opresión, antes que recorridos que habiliten rumbos de autonomía.

Marina Ariza (2000) sostiene que la migración abriga al menos la potencialidad de ser una de las causas del cambio en las relaciones de género “en la medida en que puede modificar la estructura de oportunidades existentes en un momento dado, pero el sentido del cambio no debe presuponerse como tampoco su ocurrencia” (p. 226). En nuestro extenso trabajo de campo, no se realiza esta potencialidad ya que en la nueva residencia se reproducen las condiciones de partida, es decir, la superposición del trabajo productivo y reproductivo en el marco de la intersección de las opresiones, lo cual las indisponen de los recursos – tiempo, dinero, vínculos sociales y saberes- para abrir brechas significativas que permitan el despliegue de nuevos hilos biográficos. Por eso, nuestra hipótesis es que la estructura de oportunidades es más abierta cuando se habilita la separación de lo productivo y reproductivo, aunque también hay que pensarlo como potencial que requiere otros refuerzos que, como veremos en el próximo capítulo, se vinculan con la disponibilidad de recursos.

Dos momentos nos permitirán desplegar la noción de trayectoria en el campo de lo empírico:

- El primero, **diacrónico**, narrativo, donde de la mano de la historia de tres mujeres que en tiempos distintos desarrollan sus itinerarios, procuramos definir ciertas secuencias comunes;
- El segundo, **sincrónico**, en el que las secuencias comunes se enriquecen de otras voces que dan cuenta de generalidades y singularidades.

Desde allí, seguidamente presentamos tres relatos recurriendo al momento sincrónico al construir sus trayectorias desde el presente, señalando los rasgos que adquieren en este momento y mirando retroactivamente hacia el pasado, trabajando las dimensiones tempo-espaciales a partir de la memoria y la interpretación de lo vivido que se realiza desde el ahora.

Las ideas fuerza de este capítulo son:

- Las opresiones que acompañan como una sombra los itinerarios vitales y que restringe severamente el espacio de posibles de la autonomía individual.
- La existencia de tres hilos sobresalientes en las tramas biográficas: la familia, el trabajo y la movilidad. La vida reproductiva, productiva y migración se muestran como un bloque sólido que dejan ventanas estrechas para desplegar trayectos sociales,

culturales o políticos. La unidad doméstica con el solapamiento de lo productivo y lo reproductivo constituyen los soportes de ese bloque de escasas fisuras, lo que será abordado en el próximo capítulo.

3.1.1. Tres relatos: Quintina, Regina y Filomena

Quintina, Regina y Filomena, al anclar en la región de Villa María-Villa Nueva, lo hacen mediada por una migración familiar. Se establecen en tres lugares: la quinta una, el cortadero de ladrillos la segunda y el trabajo doméstico la tercera. Lo común y lo singular de cada relato, permiten comprender las coacciones y las decisiones tomadas en el estrecho espacio de posibles, que dan cuenta en las biografías.

Historia de una trabajadora quintera: Quintina

Quintina llega a la región de Villa María y Villa Nueva en el año 1987. Actualmente tiene 61 años, nació en 1956 en la ciudad de Camargo (Provincia de NorCiti). Es la hija menor de cinco hermanos, dos de ellos hijos del primer matrimonio de su padre, y dos hermanas del segundo matrimonio. Su padre fue migrante boliviano y trabajador jornalero de la zafra, en la provincia de Jujuy, lugar donde viudo y con dos hijos, en uno de los viajes a Argentina, conoce a quien sería la madre de Quintina.

A los siete días de nacer queda huérfana de madre, es criada por su tía (cuñada de su padre) y sus abuelos paternos. Recuerda que su padre “pagaba” para que la cuidaran cuando se iba a trabajar temporalmente a la Argentina. Su padre muere siendo ella una niña, y queda por un tiempo al cuidado de su hermana mayor hasta que esta hermana se casa y su cuñado, siendo Quintina muy jovencita, a los doce años, la entrega en pareja. En palabras de ella es “entregada” a un hombre mayor “al ver de mí, mi cuñado quería deshacerse de mí”. Vive en el campo, y sin el apoyo de quién fuese su pareja al ausentarse por largos periodos de tiempo. Su sobrevivencia se hace insostenible al quedar sola “no tenía para comer, no teníamos agua, no teníamos ropa. Estaba lejos, en el campo, no había luz”.

Relata su sufrimiento los días anteriores al parto de su primer hijo, al encontrarse sin el apoyo de alguna mujer para poder tener a su bebé. Luego de tres días, su pareja decide llevarla a la clínica. El recorrido a Camargo lo hace en camión, medio de transporte que

utilizaban quienes vivían en la zona rural. Fue en esos días internada en la clínica que decide no volver más con su pareja e irse a vivir con su hermana que estaba sola, viuda, con cinco hijos. Quintina tan solo contaba con catorce años.

Comienza una nueva etapa en su vida. Entre las dos hermanas crían a sus hijos y los cuatro hijos de otro hermano que también había quedado viudo poco tiempo después que su hermana. Entre las dos organizan el trabajo productivo y reproductivo para poder criar a los niños, como ella relata “había que llenar la olla y todos los días como soldaditos salían a la escuela, unos más grandecitos y otros más chiquitos”. Al poco tiempo el hermano menor de los dos varones se separa y lleva a sus dos hijos a vivir con sus hermanas para poder él viajar a la frontera y trabajar en la cosecha de la caña. Ella, Quintina, recuerda lo difícil que se hacía trabajar debido al tiempo que transcurría hasta que sus hermanos volvían con dinero. Las dos mujeres deciden trabajar, pero no pueden alejarse mucho tiempo del hogar, y comenzaron a transportar y vender bebidas y otras mercaderías que traían de la frontera. Una de ellas viajaba a la frontera y la otra se quedaba cuidando a los niños. Tenían un pequeño comercio en su casa con la mercadería que conseguían comprar.

Es durante esos viajes que conoce a quién sería su segunda pareja. Ella sigue viviendo en la casa de su hermana y vendiendo la mercadería que traen de la frontera. Su pareja viaja por diferentes periodos a Argentina a la cosecha del tabaco y la zafra. Tiene dos hijos más, un varón y una mujer.

En uno de esos viajes, su pareja decide que ella migre con él. Ella no quería hacerlo, no le tenía confianza a él por el trato que le daba y por el escaso dinero que traía de su trabajo en Argentina. Su hermana la convence de viajar y decide migrar. Quintina tenía 26 años. Recuerda que a pesar que la decisión de viajar hacia Argentina no es de ella, fue con su dinero ahorrado que pueden viajar y tener para comer los primeros días. En Salta y Jujuy trabajan en la cosecha del tabaco, pero lo que ganan no les alcanza para mantener a su familia y deciden movilizarse hacia otras provincias, especialmente a Mendoza y Rio Negro respondiendo a las demandas de trabajo estacionales en las diferentes cosechas. Comienza su trayectoria laboral como migrante, especialmente en las diferentes cosechas estacionales. Entre cosechas trabajan con su pareja como peones en las quintas, sembrando y cosechando verduras. Como ella sostiene “todo lo fui aprendiendo solita, a criar a mis hijos y trabajar

“para comer”. Prácticamente se movían con lo puesto, no llevaban nada más que ropa y lo necesario para comer durante los viajes y los primeros días hasta que les volvían a pagar.

Cansados de no tener un lugar fijo y una “casita” deciden contactar a su otra hermana, que había migrado hacia Córdoba, a la ciudad de Villa María. Habían pasado dos años migrando con su familia sin lugar fijo. Deciden venir a vivir un tiempo con su hermana y su cuñado, en el mismo campo donde ellos eran arrendatarios, pero su vida no se simplifica, no logran juntar dinero, y como recuerda “íbamos trabajando, más trabajábamos, prácticamente ni se dormía y no ganábamos para comer”. En ese tiempo, se cocinaba para todos y comían todos juntos, la familia de Quintina no tenía más que un lugar para dormir. Les pagaban un porcentaje mínimo por cada cajón de verduras que lograban completar, lo que significaba preparar la tierra, sembrar, cosechar y preparar la verdura para su venta. Lo que no lograba venderse era pérdida que costeaban ellos, sin pago alguno.

Para poder obtener lo mínimo para su subsistencia, su padre decide trabajar además en los hornos de ladrillos, dejando el trabajo de la quinta prácticamente a cargo de Quintina y sus hijos. Quintina recuerda que para “ayudar” comenzó a criar animales, cerdos, gallinas, pavos, chivitos, que le servía para alimentar a su familia y, además, vender para comprar lo que necesitaban, como ropa y lo necesario para cocinar.

En la década de los noventa, y por contactos que había logrado hacer con otros paisanos, deciden irse a trabajar otro campo. Poder movilizarse, social y económicamente, pasar de peones a arrendatarios, fue posible por la ayuda de sus paisanos amigos, quienes además de prestarles dinero les enseñaron todo el proceso del trabajo en la quinta.

El trabajo hortícola quedaba a cargo de la familia. Las tareas de Quintina se dividían entre criar sus animales, trabajar en la quinta, y las tareas del hogar. Tareas que no dejaba de cumplir, aun estando embarazada. Recuerda el sacrificio que le significaba seguir con el ritmo de trabajo que llevaban normalmente, se seguía levantando a la madrugada, trabajaba hasta el mediodía en las diferentes tareas de la quinta como regar, cosechar, lavar y cortar la verdura, tarea que también hacían sus hijos. Luego, eran las tareas del hogar: hacer de comer, preparar a sus hijos para que fuesen a la escuela, y cuando podía, lavar la ropa. En general el trabajo de lavar la ropa lo realizaba los sábados o los lunes que eran los días que no había mercado y/o no se salía a vender la verdura.

En su relato, sobresale el escaso manejo que hacía del dinero: “él cuando agarraba la plata no la quería largar más, no quería largar nada, no me dejaba manejar nada a mí, y así era, todo sufrimiento y me enfermé”. Siguió trabajando en la quinta hasta que le diagnosticaron tuberculosis.

Al tiempo y ya con sus hijos más grandes se separa de su pareja y vive con el mayor de sus hijos. Bajo tratamiento médico prácticamente no puede trabajar, es beneficiaria de una pensión mínima y con ayuda de su hija (quién vive en una casa contigua con su padre) preparan las denominadas “bandejitas de verdura” que su hija se encarga de vender en el Mercado de Abasto local, donde su padre posee un puesto de venta de verduras.

En palabras de Quintina “ya lo hice todo, lo que supe... ya no puedo hacer nada, si levanto las manos me duele, me agacho y me falta el aire, a estas alturas no queda nada. Me gustaría verla a mi hermana aquí, no quiero vivir allá, uno está acostumbrado aquí”

Historia de una trabajadora ladrillera: Regina

Regina es oriunda de la zona rural de Potosí, tiene 39 años y siete hijos, Valerio (21), Gabriela (18), Maribel (16), Wilson (12), Federico (8), Samuel (5) y Thiago (3).

Es la hija menor de cinco hermanos, dos varones (por parte de padre, hijos del primer matrimonio) y tres mujeres. Al mes de nacer ella, su padre abandona el hogar y no lo vuelve a ver hasta que tiene 10 años. Se cría con sus hermanos y su mamá y aprende a trabajar la tierra, recuerda que sus hermanos y hermanas salían a trabajar fuera del hogar y ella con su mamá eran las que se quedaban “sembrando verduras para comer” y encargadas de las tareas del hogar.

Sus hermanos, cuando ella tenía cinco años, migran hacia Argentina y se queda viviendo con sus hermanas y su madre. Al poco tiempo y siendo una niña, con ocho años, su hermana mayor, ya casada, la lleva a Santa Cruz. Regina cuida de sus sobrinos mientras su hermana trabaja fuera del hogar. Etapa que le resulta difícil ya que tuvo que adaptarse al ritmo de la ciudad y no entendía el idioma, ella no sabía escribir y solamente se comunicaba a través de su lengua materna, el quechua. Estuvo dos años con su hermana y luego volvió a vivir con su mamá, durante un año pudo asistir a la escuela y trabajaba vendiendo “algo, lo

que sobraba” de lo que sembraban y cosechaban en un “pedacito de terreno de la casa, ahí sembrar habas, papas, hoja, trigo y esas cosas”, y era “poquito, trabajar mucho y no se gana nada”, situación que no le permitió seguir asistiendo a la escuela.

Actualmente Regina no sabe escribir, aprendió a comprender y hablar el idioma nacional “escuchando hablar”, pero mantiene su lengua materna para comunicarse con su familia y los paisanos de su región, como ella relata “en Villa María pude hablarlo un poco y andábamos caminando preguntando todo por los documentos”.

Fue durante ese tiempo en su casa materna que vuelve a migrar “estaba por cumplir doce yo”, cuando su hermano mayor la va a buscar y la trae a Tucumán para ayudar con el trabajo en la zafra con su familia. Recuerda la ausencia de su hermano por largos períodos de tiempo, quién viajaba a otras provincias a las distintas cosechas, y el trabajo que debían hacer para tener un poco de dinero hasta que volvía. A los catorce años, y aún con su hermano, se casa con Teodoro, un paisano de Potosí, a quien conoció en Tucumán.

Durante unos años viven en Tucumán, hasta que deciden migraren busca de otro trabajo y viajan hacia la provincia de Córdoba, a Villa María, donde ya había migrado un primo de Teodoro. En ese tiempo, nace Valerio, su hijo mayor, cuando Regina tenía dieciocho años. Dos años después a Gabriela.

Su llegada a la región es a mediados de los '90, recuerda que es una etapa difícil hasta que logran asentarse en el cortadero “El Boliche de Palo”, donde viven actualmente. En su inicio del recorrido dentro de la región conviven con la familia del primo de Teodoro, quien los hospeda hasta que, por contactos con paisanos, logran mudarse al cortadero denominado “La Negrita”. Teodoro trabaja como “peón” en el cortadero, por tanto, según lo que se produce por semana y se vende. Regina se dedica a cuidar a sus hijos, y “armar” su casa. Apenas llegan su vivienda era con paredes de ladrillo, sin nada más que un nylon en las aberturas, “no teníamos nada”. Solamente contaban con lo necesario para dormir y utensilios para cocinar que le regalaban o prestaban los paisanos que vivían y trabajaban en dicho cortadero. Relata lo difícil que le resultaba porque sus hijos eran pequeños y ella no podía trabajar para poder ahorrar y comprar lo que necesitaban, solamente le pagaban a su esposo por más que ella tratara de ayudarlo, tenía que aprender, no conocía sobre el proceso de trabajo del ladrillo.

Durante esa etapa se relacionan con otros paisanos que trabajaban en otro cortadero y deciden mudarse por el incumplimiento del pago por parte del dueño del horno, como ella relata “no teníamos pa’ comer y nos fuimos mal, no quiso pagar, no nos dio ni los ladrillos y me peleé y nos sacó todo y me quedé sin plata, nada” y pagaba poco “por mil (ladrillos) pagaban 40 o 50 pesos”. Las condiciones en el nuevo lugar eran similares, pero Regina había aprendido el oficio, podía ayudar a su esposo, ahorrar y comprar “algunas cosas para no tener que pedir”. Los dos trabajaban bajo el mando de otro paisano que arrendaba un pedazo de tierra y armaba su horno para “quemar los ladrillos”. Al poco tiempo y con la ayuda de Regina (“no sacaba nada, nada de ropa, guardaba el dinero para la tierra”) logran arrendar un pedazo de tierra y arman su horno dentro del cortadero. De a poco construyeron su casa de ladrillos, donde viven actualmente con sus siete hijos. A medida que se fueron estableciendo llegaron otros paisanos que trabajaban con ellos y vivían en su casa. Cuenta que siempre la producción era mitad y mitad, así lograban comercializar lo que producían y contar con más dinero.

La vida en el cortadero, y a pesar que cuentan con su propio horno y actualmente lo trabajan únicamente con sus hijos, les resulta sumamente difícil. La distancia y la falta de servicios les significan no contar con los recursos elementales para su subsistencia diaria. En general, las viviendas no tienen baños instalados, “tenemos pozo ciego, al lado donde lavamos”, no llega el agua potable y el agua de pozo no es apta para tomar, “le hicieron el resultado, los otros de acá, y el agua tiene mucho químico”, y recién hace dos años que cuentan con el servicio eléctrico. Las largas distancias hacia la ciudad y al establecimiento educativo donde concurren sus hijos les representa diariamente dejar de trabajar y acompañarlos caminando, particularmente los más pequeños, tarea que especialmente recae en Regina: “casi hora y media caminamos, queda lejos y sufren venir caminando hasta aquí”. No hay línea de transporte urbano y suelen movilizarse con el transporte de larga distancia que circula por la ruta que pasa cerca del cortadero, pero “a veces no nos quiere levantar el colectivo”. Cuentan, familiarmente, con un solo medio de movilidad, una motocicleta que el hijo mayor utiliza para buscarlos cuando se quedan más tiempo por actividades extras o ante necesidades que los movilizan hasta la ciudad.

Su día en el cortadero comienza muy temprano, a la seis de la mañana están levantados, “casi de noche empezamos, y a la noche tempranito comemos y nos metemos en

la cama, a veces cuando hace frío a las nueve ya estamos en la cama”. Si tienen que “quemar”, el horno debe quedar listo a la noche y lleva mucho tiempo luego hasta que estén listos los ladrillos. El proceso es largo y debe acompañar el tiempo, si llueve el proceso se detiene: “hace lluvia, no hay trabajo, y es perder tiempo y de donde entrar plata no hay”. El proceso de la confección del ladrillo tiene diferentes etapas, preparar el barro, luego llenar los moldes, “volcar en el piso para secar” y “enfilar”, poner en fila el ladrillo en el piso hasta que se seque, esto lleva entre siete y diez días, según el tiempo y posibilidad de secado, luego “levantarlo”, armar el horno, quemar y separar los que se “queman bien y sirven, esos son los que compran”. En todo ese camino, Regina, que participa en todas las etapas, sostiene que lo que más le gusta es “cortar” (con los moldes armando las filas en el suelo).

Su relato da cuenta de su lucha y sufrimiento “estoy cansada, me gusta hacer ladrillos, pero cuando estaba trabajando, me subí para bajar los ladrillos entarimados en el horno y me caí, de siete meses estaba embarazada del Thiago (su hijo más pequeño), me hicieron cesárea, no quería, los otros casi los tuve acá, estaba muy cansada, son muchos mis hijos”. A su trabajo productivo se le suman la imposición de la responsabilidad de criar a sus hijos y mantener el hogar, lo que la obliga a administrar sus tiempos con la ayuda de sus dos hijas mujeres (Gabriela y Maribel), quienes también participan en la confección del ladrillo y como su mamá “cocinan, hacemos turnos, más la Gabi porque le gusta pero les gusta estudiar, más a la Maribel, igual lavan los platos y los domingos lavamos la ropa, estamos tranquilas porque se van a jugar el partido, a la cancha y con la Gabi hacemos las cosas”. Los domingos también suelen aprovechar para ir a la ciudad, pero eso no se extiende muy seguido hacia Regina “me gusta ir, pero casi no sale de acá porque a veces no llego, solo la Gabi y el Valerio van más, yo casi no salgo de acá, a veces a la cancha, cuando juegan los hombres”.

Sus hijos trabajan en el cortadero, desde niños fueron aprendiendo, les enseñan todo el proceso a medida que van creciendo “les enseñé de chicos porque después no grande no se les puede enseñar, flojos se crían si no les enseñamos nada, hasta que ya saben trabajar, les enseñé. Trabajan todos, éste que tiene dos años levanta”. En general, las tareas que van realizando las van aprendiendo según la edad y la responsabilidad que Regina considera que pueden asumir, por fuera del horario que concurren a la escuela. Estudiar es una oportunidad que valora “porque me gusta que estudien hasta que terminen los chicos, no quiero que estén

sufriendo”. La oportunidad de estudiar para Regina es la posibilidad que visibiliza de no repetir su historia: “me gusta estudiar, pero mi mamá no quiso imponerme, mucho después aprendí a firmar mi nombre, no quiero eso así, que sigan y estudien y todo eso”. En su relato sobresale su lucha diaria, su responsabilidad y el deseo de mejorar su situación, lo que se resalta al afirmar “me gusta trabajar, ya me acostumbré, me gustaría en Villa María una casa, me cansé ya hace muchos años y por eso me quiero salir de acá, me gustaría ir al centro y limpiar casa, eso me gustaría, si sigo sino ya no voy a poder trabajar”.

Historia de una trabajadora ama de casa: Filomena

Filomena hace diez años que vive en Villa María, tiene 37 años y es oriunda de la zona rural de Camargo (Bolivia), llegó a esta región a fines del 2007. Tiene ocho hermanos, entre ellos tres son mujeres. Su trayectoria migrante comienza a los ocho años cuando fallece su mamá, a los pocos días de nacer su hermana menor. Recuerda que un paisano que vivía en Camargo la va a buscar y la traslada en camión a Tarija, donde la deja al cuidado de una familia para la cual trabaja hasta los doce años, cuando los dueños de casa la acusan “de ladrona, me sacan toda la ropa a la media noche para afuera”. Decide quedarse en Tarija y alquilar una “piecita” donde vive una amiga que había conocido cuando se trasladó a la ciudad. Su deseo era trabajar y estudiar, sin embargo, eso lo logra mucho tiempo después, “viví siempre trabajando, aprendí a leer y escribir sola”. Cuando logra acomodar sus horarios en el nuevo trabajo, con otra familia, como empleada doméstica, comienza a asistir a una escuela nocturna, trayecto que realiza hasta quedar embarazada, donde debe abandonar los estudios para trabajar más horas, ahorrar y enfrentar el nacimiento de su hijo. Período que le fue difícil y doloroso al tener que resolver todo ella, sin ningún tipo de ayuda.

Con su hijo de dos años, y ella con casi veintidós, después de una década fuera de su casa de origen, regresa en busca de algunos de sus hermanos o hermanas, con los cuales en todo ese tiempo no había tenido contacto alguno. Sin embargo, al momento de llegar, no encontró a ninguno de ellos, y su padre desconocía su paradero. Hecho que no la sorprende y ella siempre imaginó, sus hermanos se habrían ido “al morir su mamá”, por la violencia que ejercía su padre hacia ella, sus hermanos y especialmente con su madre “no lo queríamos mucho a mi papá porque tomaba mucho y le pegaba a mi mamá. Cuando mi mamá tuvo a mi

hermana, nosotros teníamos un galpón, hizo su cama se durmió y no despertó más, solo era mi mamá para mí nomás”.

Regresa a Tarija y vuelve a trabajar como empleada doméstica y al año (en el 2001) decide migrar hacia Argentina en compañía de una amiga. El primer trayecto lo hace hacia Buenos Aires y trabaja en la “costura”, primero como ayudante y después “hacia parte del *over*, las terminaciones”. Trabajaba de seis a dos de la mañana, el descanso era para comer, la paga era mínima y de acuerdo al trabajo realizado. Los domingos era el día libre, sin embargo, la mayoría decidía trabajarlo para poder ganar un poco más. En ese lugar trabajaban y vivían mujeres y varones con hijos “paisanos todos”, las camas donde descansaban estaban en los mismos talleres de costura, recuerda que “los niños peleaban y había mucho polvillo, no se podía dormir ni vivir así”. A los cuatro meses “agarré a mi hijo y me fui otra vez a Bolivia” donde vuelve a trabajar en una casa de familia durante más de un año, en ese tiempo, hace contacto con la abuela paterna de su hijo, a quién deja a su cuidado y regresa a la Argentina, esta vez, hacia la provincia de Córdoba, donde habían migrado dos de sus amigas que vivían con ella en Tarija.

Estando en Córdoba, y por contactos de sus amigas, logra ubicarse como empleada doméstica en la casa de familia de un médico. En ese período, de haber llegado a Córdoba, conoce a su actual pareja en uno de los viajes “de visita” a sus parientes que éste realizaba desde la provincia de Santa Fe, donde trabajaba en un cortadero. Luego de tres años de una relación construida en la distancia, con viajes esporádicos de su pareja (generalmente cada quince días), Filomena, nuevamente embarazada, es despedida de su trabajo “la mujer del médico me recomendó que no fuera más, porque así no podía seguir, así que me retiré y viví de mis ahorros un tiempito”. Unos meses antes de nacer su hija, deciden con su pareja vivir juntos, sin embargo, ella se queda viviendo en Córdoba y él viaja los fines de semana desde Santa Fe.

En ese tiempo, y con su hijita recién nacida, en una de las visitas al hospital la asaltan y le roban y a partir de eso “me agarro miedo y no quería salir y le pedí que nos fuéramos porque el volvía los fines de semana y tenía miedo”. Deciden migrar hacia la ciudad de Villa Nueva, donde había venido a trabajar la familia de la “señora, paisana mía, que me alquilaba la pieza donde vivía con mi hija”. Al llegar, “fuimos a la señora que se vino para acá, y nos

dio lugar” en su casa “muy chiquita, muy sofocante” y su pareja comienza a trabajar en un cortadero ubicado en dicha ciudad. Uno de los inconvenientes que Filomena resalta es no querer seguir viviendo en dicho lugar, porque su pareja y “los paisanos se juntaban tomaban y a mí no me gustaba”. Hecho que se sustancia al poco tiempo, al contactarse con otros paisanos, permitiéndoles trasladarse a Villa María, al barrio Belgrano, a la casa del “patrón de él”, con quién trabaja hasta el día de hoy.

Por dos años comparten la misma casa con otras familias que trabajan bajo el mismo “patrón”. Si bien, cada una de las familias contaba con una habitación, donde dormían y comían, en general los gastos eran compartidos con todos quienes habitaban la casa. Habían logrado adquirir algunos muebles, pero se utilizaba los que estaban en la casa, particularmente los de la cocina.

Si bien, había logrado cierta seguridad, en todo ese tiempo su deseo era volver a Bolivia a buscar a su hijo y traerlo a vivir con ella y su familia. Cuando intenta hacer contacto con la abuela de su hijo se entera que había fallecido y su hijo estaba al cuidado de su padre, con quién no tenía contacto ni lograba noticias.

Se trasladan, al poco tiempo, a una casa en el barrio Botta de Villa María, donde viven actualmente, logrando adquirirlo. Sin embargo, comienza para Filomena una etapa difícil, “pensaba mucho como estará el, no podía ser feliz”. La búsqueda de su hijo la llevaba a viajar a Bolivia “para ver si sabía algo de mi hijo y nada”. Por su relación con una médica del Centro Asistencial de Salud del barrio, comienza la búsqueda del padre de su hijo a través de las redes sociales, luego de dos años logra relacionarse y acordar su viaje para ver a su hijo, lo que permite, que en octubre de 2016, viaje a buscar a su hijo, ya adolescente, y traerlo a vivir con ella “me llamó, me dio una fecha para que fuera a buscarlo, así que fui con mi esposo el 11 de octubre del año pasado, le conté a él, me dijo bueno, andá”

Mientras la relación con su pareja se volvía difícil, el miedo por su violencia se hace visible en su relato, ella no trabajaba y dependía del dinero que él le daba para vivir, su condición de “ama de casa” comenzaba a pesarle. El dinero que manejaba era el necesario para “que alcance para la semana que comamos” y el reproche constante de parte de su pareja, “él me decía cuándo vas a trabajar pides, pides, nomas”, no le dejaba decidir por sí misma. Decide buscar trabajo en una casa de familia, pero la paga mínima y los horarios que se

ausentaba de su casa y las demandas de atención de parte de su pareja, la llevan a renunciar. Como ella relata “del lado mío mi marido es muy exigente, no es lo mismo que acá el marido las ayuda, acá es otra cosa, la comida tiene que estar hecha a tal hora, el desayuno también, esperan que les sirvan, de que yo vivo con él una sola vez me ayudó, cuando estaba enferma”. Situación que vive con mucha angustia cuando sin razones y siguiendo su autoridad era además violentada físicamente “me pegaba, ahora ya no, desde que llegamos acá (aduce a la ciudad de Villa María) la señora nos trajo a la iglesia y cambió”.

Actualmente, su confianza, el acompañamiento del pastor y su fe en Dios es lo que le permite enfrentar su dolor. “Siento que me ahogo que no puedo estar, yo me doy cuenta que hay días que estoy así y él llega, hoy en día si la estoy pasando mal abro la biblia y siento que me responde, a través de la biblia”. La opresión que vive diariamente la induce a comentarnos que “hay veces que me da ganas de salir corriendo”, sus deseos quedan silenciados, postergados por su condición de madre, “si no fuera por mis hijos ya me hubiera ido de mi casa. Veo que él está allá y yo acá, lo siento distante”. Sin embargo, su lucha parece no declinar, su esperanza de cambiar su situación tiene aún para ella un camino: “me gustaría y fui a averiguar por computación, peluquería, para saber algo...ahora me busqué un trabajo y listo. Los miércoles voy de la doctora Juli, le ayudo y ya tengo algo de plata mía”. Generar vínculos por fuera de su familia, trabajar fuera de su hogar y contar con dinero que ella pueda ahorrar son sus planes a corto plazo.

3.2.Las secuencias

¿Qué pautas comunes podemos encontrar en estas narraciones que nos permitan identificar secuencias? De una lectura atenta surgen tres puntos de demarcación de estas trayectorias vitales que como dijimos pueden o no seguir necesariamente un orden temporal:

- a) **Vida en casa natal**, el origen en los tres casos son familias rurales. En ese marco la imbricación entre el trabajo productivo y reproductivo comienza gradualmente y a muy corta edad;

- b) **Movilidad.** Las tres mujeres migran primero en el interior de Bolivia y luego a la Argentina. El ingreso a la Argentina determinado por una migración familiar y/o vínculos familiares/paisanaje según periodo de llegada;
- c) **Afincamiento.** El establecimiento en las ciudades de Villa María-Villa Nueva bajo un patrón familiar.

En el siguiente cuadro podemos identificar los límites temporales de las secuencias definidas en los tres relatos

Tabla 11: Secuencias de Mujeres Migrantes Bolivianas: Bolivia- Argentina

Mujeres Migrantes	Secuencia 1 Casa natal		Secuencia 2 Movilidad		Secuencia 3 Afincamiento	
	Lugar de nacimiento	Año nacimiento	Primera Movilidad interna	Movilidad a Argentina	Llegada a VM-VN	Lugar de residencia actual
Quintina	Camargo	1968	1980	1980	1984	Quinta
Regina	Potosí	1986	1994	1991	1995	Cortadero
Filomena	Camargo	1988	1996	2001	2007	Ama de casa

Fuente: Elaboración propia

Como se ve, la secuencia en la casa natal tiene puntos en comunes en los tres casos. Las mujeres migrantes bolivianas provienen de zona rurales de Bolivia y la salida de su casa natal se produce a corta edad por los cambios ocurridos al interior de la familia. En los tres casos la movilidad interna comienza temprano y por decisiones que no les son propias: Quintina como pareja, Regina como niñera y Filomena como empleada doméstica. Desde corta edad asumen los roles femeninos asociados al trabajo reproductivo al interior de espacios de convivencia (familiares y/o laborales) donde se construyen y reproducen relaciones de género alimentadas por relaciones de poder, conflictos, violencia, negociaciones y toma de decisiones. Se destaca en esta secuencia el recorrido de Quintina, quién decide romper con los roles tradicionales al momento de ser madre, abandonar su pareja y asumir las responsabilidades reproductivas y productivas con el acompañamiento de su hermana.

En la migración que emprenden hacia Argentina mantienen parcialmente los patrones de inicio. Esta parte de la secuencia puede ubicarse según la periodización presentada de las migraciones sur-sur, pero con algunos matices.

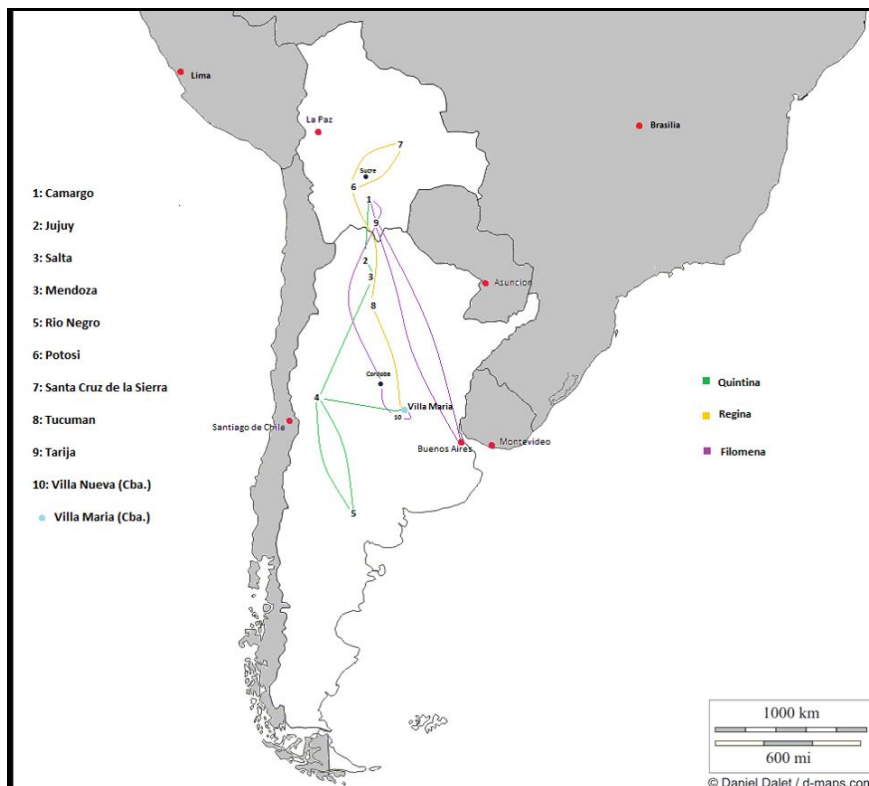
Quintina llegó a Argentina en la etapa “regional” y efectivamente su movimiento fue de fronteras en un primer momento, bajo patrón migratorio familiar, especialmente circunscrito al rastro de las cosechas y ampliado luego hacia otras regiones al interior del país.

En tanto Regina, pese a ubicarse cronológicamente en la etapa transnacional, sigue en su desplazamiento el esquema “regional” y como Quintina, se mueve primero por la frontera. También en su trayectoria mantiene el patrón familiar, en un comienzo con su hermano y luego con su esposo.

Filomena, en cambio, hizo una migración “transnacional” sola, con idas y vueltas relacionadas a sus experiencias de inicio en el trabajo de cuidado y posteriormente en la “costura”, cambios atribuibles a los vínculos establecidos en su origen tanto como en su recorrido en Argentina. Ser madre joven la alentó para migrar primeramente hacia Buenos Aires y luego a Córdoba. No puede hablarse, sin embargo, de una migración estrictamente femenina, ya que durante el trayecto de movilidad conforma pareja y se somete a la tradición familiar/ patriarcal.

En el afincamiento en VM/VN las tres mujeres llegan a partir de las redes de parentesco o de compadrazgo y se asientan en forma definitiva.

Ilustración 2. : Trayectorias migrantes Bolivia-Argentina, Quintina, Regina y Filomena



Fuente: elaboración propia

3.2.1. Secuencias a muchas voces, la trayectoria laboral hacia Argentina

Hemos tomado los relatos de Quintina, Regina y Filomena como referencias que nos permiten organizar un modelo de secuenciación, que tiene ciertas regularidades y ciertos matices cuando lo amplificamos con otras voces.

En este apartado se incorporan otras voces que iluminan nuevas aristas a las tres secuencias demarcadas: casa natal, movilidad y afincamiento, voces que provienen de mujeres migrantes bolivianas actualmente afincadas en las quintas, los cortaderos o como amas de casa en la zona urbana de Villa María.

A. En el inicio: la casa natal

Como se ve en la siguiente tabla, nueve de las mujeres con las que hemos trabajado nueve provienen de Potosí, cuatro de Tarija, dos de Cochabamba, una de Sucre (departamento de Chuquisaca) y dos de Camargo (departamento de Chuquisaca)

Tabla 12. Mujeres Migrantes Bolivianas ordenadas por edad y espacio laboral

Mujeres Migrantes Bolivianas	Lugar de Origen Según Departamento	Edad Actual	Lugar donde residen y trabajan		
			Quintas	Cortadero	Amas de Casa
Mirta	Tarija	78	•		
Quintina	Camargo	61	•		
Graciana	Potosí	50	•		
Teodora	Tarija	50	•		
Elena	Potosí	54	•		
Adela	Tarija	50	•		
Francisca	Potosí	39		•	
Julia	Cochabamba	37			•
Filomena	Camargo	37			•
María Teresa	Potosí	37		•	
Regina	Potosí	36		•	
Ana	Potosí	36		•	
Elvira	Potosí	36			•
Isabel	Potosí	36		•	
Felisa	Cochabamba	35			•
Rosa	Tarija	33	•		
Diana	Sucre	29			•
Reina	Potosí	25	•		

Fuente: Elaboración propia en base a entrevistas realizadas

Como se ve la mayoría proviene de los departamentos fronterizos con Argentina, en donde aún hoy predomina la población rural.

Al igual que en el caso de Quintina, Regina y Filomena, las familias de origen de todas las mujeres son rurales, propietarias de parcelas mínimas, dedicadas a la agricultura a pequeña escala y con baja productividad, complementada con la cría de ganado. Esto permite apenas la subsistencia familiar en entorno de pobreza. La fuerza de la cultura patriarcal articula el hecho biológico de la reproducción con el trabajo doméstico y la idea de que las mujeres están dotadas, por el simple hecho de pertenecer al sexo femenino, de una serie de saberes y habilidades que las capacitan para el desempeño de tales tareas: la reproducción biológica, la alimentación, procreación, manutención, cuidado de la salud, que posibilita la reposición cotidiana de los integrantes de una determinada unidad familiar quedan entonces bajo la responsabilidad de las mujeres. Al mismo tiempo, la intensidad del trabajo agrícola requiere más brazos para las tareas productivas que son provistos por las mujeres. Esto es, la división del trabajo al interior de las unidades domésticas implica que las mujeres se dediquen tanto a las tareas del hogar como al agrícola la cría de animales y la comercialización de los remanentes del autoconsumo.

Desde muy pequeñas las mujeres comienzan a trabajar la tierra, atender los animales y aportar a la organización y manutención de la unidad doméstica de origen o bien de realizarlo por fuera de la misma, para su subsistencia personal y/o aporte al grupo familiar, sin dejar nunca de lado sus responsabilidades del trabajo reproductivo familiar. Por eso, el momento de ingreso al mundo del trabajo no es nítido, no adquiere los rasgos de un punto de inflexión, así como resulta difícil establecer límites entre el trabajo productivo y reproductivo y en las conversaciones las mujeres transmiten la sensación de haber trabajado siempre, sin recordar un período exento de responsabilidades.

Graciana, de Potosí, segunda hija mujer de seis hermanos, ilustra la división sexual del trabajo al interior de la unidad doméstica con estas palabras:

“... los varones no hacían nada en la casa, cocinamos y limpiamos, hacíamos todo y tampoco descansamos, era duro”. (Entrevista realizada en marzo de 2016)

Teodora, también criada en un medio estrictamente rural, recuerda así su infancia, con su madre como cabeza de familia:

“... yo vivía con mi mamá, yo vivía en el campo en la casa estaba mi mamá nomas, no conocí a mi papá, con mis hermanas hacíamos queso, sembrábamos papa, maíz, trigo para comer y mi mamá salía a vender”. (Entrevista realizada en marzo de 2016)

En el caso de Elena, hermana menor de cuatro, la división sexual del trabajo es manifiesta. Los hombres salen a trabajar fuera del grupo familiar y las mujeres se ocupan de la parcela y de la casa

“... en mi casa en Bolivia sembrábamos trigo, arvejas, papa [...], somos siete hermanos, mi papá siempre trabajaba en la mina, no estaba y ellos salieron también a trabajar... con mi mamá todo, cocinaba, lavaba los platos, limpiaba la casa, así hicimos, había que cocinar para todos”. (Entrevista realizada en febrero de 2016)

Felisa por su parte sale a trabajar por fuera de unidad doméstica desde pequeña, pero aun en el trabajo afuera se manifiesta el destino del trabajo doméstico para la mujer

“... trabajaba yo en casa de familias, desde mis trece años yo trabaja allá, porque mi papá y mi mamá se separaron, iba y volvía a ayudar a mi mamá”. (Entrevista realizada en septiembre de 2016)

Y la voz de Elena nuevamente ilustra una situación similar

“... a los trece años habría salido a trabajar, a trabajar de empleada, en una casa, lejos de mi casa no, iba y venía a mi casa, lejos solo cuando me vine para acá”. (Entrevista realizada en febrero de 2016)

La posición de desventaja que implica la femineidad limita otras oportunidades, como educarse y/o adquirir un oficio. Limitación que remarca Teodora: *“no, no tampoco fui a la escuela, ni el nombre sabía escribir”.*

Adela lo percibe como un impedimento que se extiende al resto de sus hermanas. Situación que a sus 50 años no ha podido revertir:

“... no tengo estudio, ninguna de mis hermanas hemos estudiado, teníamos que trabajar, ayudar, todos hemos trabajado”. (Entrevista realizada en abril de 2016).

Aprender a leer y escribir, es un deseo que se manifiesta en sus relatos y se convierte en una carencia que las acompaña en sus trayectos laborales, trasluciendo sus condiciones de origen.

B. Segunda secuencia: la movilidad

Como se planteó en el Capítulo 2, tanto la migración interna como la internacional son opciones arraigadas en los miembros de las unidades domésticas pobres y mayormente rurales. Para las mujeres, la opción se torna más deseable, cuando a la pobreza se suma cierta desestructura familiar como la orfandad temprana de madre y/o padre, separación de sus progenitores, abandono o ausencia laboral de la figura paterna o los hermanos varones que desde muy jóvenes parten a trabajar a otros destinos.

En la primera secuencia distinguimos la migración interna y la internacional. Como se vio en los relatos de Quintina, Reina y Filomena, se repite en el resto de las mujeres, las primeras migraciones en todos los casos fueron internas y hacia ciudades próximas en Bolivia, en las que se ocupan de las tareas domésticas (familiar y/o extrafamiliar) desde edades tempranas, a veces sin mantener el contacto con la familia de origen y otras veces continuándolo con cierta fluidez.

En cambio, para la migración internacional podemos distinguir dos situaciones. La primera, mayoritaria, se realiza dentro de un patrón familiar que las mantiene ligadas a espacios laborales transitados por la familia de origen o su pareja/esposo y moviéndose por la frontera en un ir y venir, asimilándose en parte a la migración fronteriza y en parte a la regional.

La segunda, como en el caso de Filomena, más asimilable a la migración transnacional, emprenden su viaje como mujeres solas, aunque en algún momento de su trayectoria reconstruyen la familia. El ingreso a la Argentina aparece en estas últimas como un punto de demarcación más claro que para las regionales puesto que desde el inicio se desprenden del grupo familiar recalando en Buenos Aires u otras grandes ciudades del interior del país, referenciadas en redes migratorias familiares, de amistad o de paisanaje generadas en su recorrido tanto interno como internacional.

En cualquier caso, los trayectos laborales estudiados reflejan muy bien lo que los estudios decoloniales señalan sobre la discriminación fundada en la colonización, al diferenciar y clasificar a los trabajadores/as según la raza y transferir la parte más pesada a las mujeres, pobres y de color/india/mestiza. La triple sumisión (mujer, boliviana y trabajadora pobre) permea desde su inicio su recorrido laboral. Su movilidad queda adherida a estas desigualdades.

Las denominaciones de fronterizo-regional y transnacional debemos matizarlas, evitando el mecanicismo tanto en lo cronológico como en la caracterización. En ambos casos no son recorridos cerrados y preestablecidos, se muestran como un proceso que se desarrolla en el tiempo con mayor o menor duración, en el cual sus protagonistas atraviesan situaciones laborales y sociales diversas.

Para las migrantes de más edad, la movilidad vinculada a la familia de origen marca un trayecto previamente consolidado por los miembros varones hacia trabajos estacionales en las diferentes cosechas: en Santiago del Estero y Jujuy en la caña y el tabaco; algodón en Tucumán y en el Chaco. En muchos casos extienden su andar de “peón golondrina” hacia provincias más lejanas, como el caso de Graciana (50 años), quien se desplazó hacia la región cuyana.

“... soy de Potosí, vine hace más de 25 años por primera vez, a Mendoza, a trabajar en la cosecha, me he vuelto a Bolivia y luego de nuevo y así, con mi hermano” (Graciana, edad 50 años. Entrevista realizada en marzo de 2016).

Lo cierto es que este recorrido familiar que emprenden desde jóvenes casi siempre es circular, con idas y vueltas hacia sus regiones de origen, como relata Mirta

“... cuando tenía 15 años ya andaba yo, íbamos y veníamos, trabajábamos pelando cañas, con el tabaco, en el norte, pelando cañas en Ledesma. Después terminado la caña, hace mucho, no me he ido a Bolivia, me he quedado porque trabajo ha aparecido y nos quedamos en el trabajo con naranja, garbanzo. No son muy largos trabajos, la temporada nomás, cuando se termina tienes que ir a otro”. (Mirta, edad 78 años. Entrevista realizada en enero de 2016).

Se trata pues de recorridos que remiten a la primera y segunda etapa migratoria, entre la fronteriza y la regional, que siguen el rumbo de las cosechas o de trabajos rurales de gran

intensidad de manos de obra. Se moviliza el grupo familiar. Hermanas, esposa/pareja, hijas/os, participan en el proceso de trabajo y movilidad como un mercado caracterizado por mano de obra configurada en la informalidad, con grupos familiares que residen en el lugar o cerca de él en condiciones de precariedad. Las jornadas agotadoras del trabajo “por tanto” como el sistema de “día trabajado, día pagado” requiere de muchas horas de trabajo. Como seguidamente referenciamos en lo que nos cuenta Mirta, migrante de origen tarijeño, que siguió desde joven con su hermano las vicisitudes de los distintos cultivos. En este extracto de la entrevista pone en palabras la dureza de la vida laboral de los peones golondrinas, las formas extremadamente precarizadas de la explotación laboral y la inequidad de género

E: ¿dónde trabajabas cuando viniste a la Argentina por primera vez?

M: en la cosecha, con mi hermano

E: ¿dónde trabajaste en la cosecha?

M: Al norte en la caña y después otro trabajo ha aparecido y entonces nos quedamos con el garbanzo, tabaco, todo en el norte, y después a otras más en Mendoza

E: ¿cómo vivías ahí?

M: mmm en el campo, nosotros no teníamos ni para sentar ni nada, teníamos un colchón para todos

E: ¿había varones y mujeres?

M; si, todos, varones y mujeres, estaba dividido para dormir, por un lado, los hombres, otro las mujeres grandes y nosotras las jovencitas en otro cuartito

E: ¿trabajaban cuantas horas?

M: muchas, era por balde, si juntabas lo que te pedían terminabas, pero enseguida aparecía otro trabajo, era así muchos días, trabajas el día entero y te pagan.

E: ¿cómo les pagaban?

M: por tanto, por cuarta, a las mujeres menos, porque ibas como a ayudar al hermano o al marido. (Mirta, de 78 años. Entrevista realizada en enero de 2016).

En tanto, en las migraciones que, con las precauciones del caso, llamamos transnacionales, los recorridos los comienzan las mujeres solas a grandes ciudades. Tal el caso de María Teresa que cuenta que

a los 17 o 18 vine a Córdoba, trabajaba de limpieza, después me fui, solita me sentía, después me fui a Buenos Aires, con mi hermana a la costura, y conocí a mi marido en la costura, nos hemos venido para acá. (María Teresa, edad 37 años. Entrevista realizada en mayo de 2016)

Los trayectos de Filomena, Julia y Rosa son similares. En su primer recorrido se instalan en Córdoba o la región del Área Metropolitana de Buenos Aires y alternan el trabajo de cuidado con la “costura” en las fábricas textiles. Ocupan pues los puestos menos apetecibles del mercado de trabajo argentino, de bajos salarios, escasa calificación, jornadas extenuantes y malas condiciones de trabajo con graves consecuencias para la salud de los trabajadores.

El relato de Rosa revela estas duras condiciones

E: ¿dónde trabajaste cuando llegaste a la Argentina?

R: a costurar, en Buenos Aires, con una amiga he venido

E: ¿vivías en el taller?

R: sí, pero realmente no se vive en el taller.

E: ¿cuántas horas trabajabas?

R: empezaba a las 6 de la mañana hasta las dos más o menos de la mañana

E: ¿les daban descanso?

R: solo para comer.

E: ¿vos trabajas todo el día, comías y trabajabas ahí?

R: sí, el único día que podía salir era los domingos.

E: ¿cómo te pagaban, por cantidad de prendas?

R: sí, por eso nunca salía, había mucho trabajo y no pagaban nada. (Entrevista realizada en abril de 2016).

Y en su relación con el capataz o patrón del taller textil en Rosa emerge también la discriminación étnica

“... te pagan poco, uno quiere trabajar para progresar, para poder darle una mejor vida a sus hijos, a mí no me alcanzaba ni para comprarle sus cosas, a él no le importa nada. Caía a la mañana a pedirnos tanto y tanto de trabajo y listo, no le importaba si

*vivimos o morimos, parece que si sos boliviana te tienen que lastimar, por eso todas tienen el corazón duro, por eso*⁹. (Rosa, edad 33 años. Entrevista realizada en abril de 2016).

La movilidad de estas mujeres que parten solas en un primer momento, parece asimilarlas a la idea de “feminización de la migración”. Sin embargo, al llegar el momento del afincamiento en Villa María y/o Villa Nueva ya lo hacen en familia: en algún momento de su trayectoria reaparece el patrón familiar, constituyendo o reconstituyendo una pareja.

“... primero yo me vine, yo conocí dos amigas que viven en Córdoba, con una me fui a Buenos Aires, y después he vuelto a Córdoba con la otra que se ha casado, y conocí el padre de mi hija, yo estaba embarazada, nos vinimos” (Filomena, de 37 años. Entrevista realizada en septiembre de 2016).

“... yo soy de Sucre, ya van 14 años que vivo aquí, fui a Buenos Aires primero, ahí tengo mi hermana, mi otra hermana y mi hermano que trabaja en la construcción, luego conocí a mi marido y nos hemos venido” (Diana, edad 29 años. Entrevista realizada en octubre de 2016).

Es importante entonces, problematizar la idea de “feminización” de las migraciones. Ana Mallimacci (2012) señala que, si bien el género es un principio estructurante de la migración, lo es tanto para los patrones feminizados como para los familiares.

Las trayectorias que analizamos muestran en todos los casos que el trabajo del cual son responsables las mujeres en su trayecto laboral es indispensable para sostener la movilidad del grupo, al mismo tiempo que se reafirman las desigualdades sometidas al dominio y subordinación tanto en la familia como del mercado. Se pone de relieve entonces su rol protagónico femenino, cuestionando aquellos estudios que asocian migración laboral

⁹ Roberto Benencia (2009) resume estas condiciones de trabajo con tintes de esclavitud a partir de: un “exceso de horas de trabajo, fatiga y stress, llegando a generar lesiones; abuso de horas extras sin previo aviso o no remuneradas, no se respetan los salarios mínimos; falta cobertura social (no se cubren pensiones ni bajas), las garantías de seguridad e higiene son mínimas; inseguridad laboral, subcontrataciones incontroladas y trabajo eventual o sin contrato” (p.49)

únicamente al trabajo productivo de los varones concibiendo a las mujeres migrantes simplemente como acompañantes o seres dependientes y pasivos¹⁰.

C. Tercera secuencia. El afincamiento

La llegada a Villa María/Villa Nueva, se constituye para las mujeres migrantes con las que trabajamos el punto donde finaliza el movimiento. Consideramos que nuestra región no es zona de paso sino de llegada, para establecerse.

Los motivos para tal opción son tanto objetivos como subjetivos: el nacimiento de sus hijos en la región; la posesión de una vivienda o el proyecto para obtenerla; la migración de su familia de origen hacia la región; los lazos escolares, de amistad y/o laborales de sus hijos; las posibilidades de trabajo; la tranquilidad del lugar y el habituarse al contexto y los vínculos establecidos con coterráneos y nacionales son algunos de ellos. El afincamiento se refuerza cuando consiguen afianzarse a la región por los lazos que establecen principalmente con sus coterráneos. La regularización migratoria no aparece como parte de sus proyectos y de acuerdo a sus modos acceder a otras actividades laborales no necesariamente queda dependiente de ello¹¹.

Las mujeres con las que hemos trabajado tienen un espectro etario amplio. Las mujeres entre 50 y 70 años se han establecido cuando la migración boliviana era muy incipiente, mientras las más jóvenes (menos de 40 años) arriban cuando ya está consolidada. Llamaremos “pioneras” a las primeras y “recientes” a las segundas. La diferencia central es el grado de consolidación de las redes de amistad o parentesco por las que son atraídas.

¹⁰ La tarea que emprenderemos en el capítulo siguiente será profundizar el análisis en la tercera secuencia, el afincamiento en la región de VM/VN, en los tres espacios que hemos referenciado, a partir de las categorías de trabajo productivo y trabajo reproductivo.

¹¹En este punto es necesario aclarar, que la formalidad o informalidad legal no se traduce, de modo evidente en sus entrevistas habilitando sus modos de vida. En todo caso, la problematización del alcance de los derechos es más aguda cuando por procesos migratorios (documentación e indocumentación), por identificaciones con sus grupos de referencia, en general minorizados, o por razones económicas hay menos certezas e información de los derechos y obligaciones reconocidos formalmente. Coincidiendo con Jelin, E. (2006) la cuestión que deberíamos plantear es si el/la migrante “tiene algún problema o se siente justificado de hacer algún reclamo ligado a una situación donde su nacionalidad cuenta” (p. 62). Esto es plantear otra arista en su proceso migrante que abre o constriñe sus posibilidades como sujeto/a de derecho y se articula a la noción de ciudadanía.

Las pioneras muestran una migración más directa a la región. Se destaca su trayectoria laboral siendo niñas o muy jóvenes en la frontera con el grupo familiar de origen, con retornos al lugar de origen. Posteriormente, casadas y/o en pareja, llegan a la región, en general, configurando el primer eslabón de las redes migrantes que se conforman posteriormente. Tal son los casos de Teodora y Elena, mujeres migrantes bolivianas que al momento de llegar afirman la inexistencia de vínculos familiares y/o de paisanaje en la zona: “fue feíto, no conocías a nadie”, “llegamos él y yo solitos”, “los que eran de allá vivían en la ciudad, allá en Córdoba”. En general la información se transmite de boca en boca entre los mismos connacionales direccionando su recorrido a otras regiones, aún aquellas donde no se había migrado. Como bien nos relata Teodora

“... teníamos que salirnos de allá, trabajar, nos hemos venido, mi marido conoció un argentino de acá cuando fue a Mendoza y así por eso nos hemos venido”. (Teodora, edad 50 años. Entrevista realizada en marzo de 2016).

En general, las pioneras llegaron a trabajar en la horticultura, en calidad de peón. Lugar donde además vivían con escasos recursos. Por lo general en piezas que les prestaba el empleador y con mínimos insumos para su subsistencia diaria. Tal se expresa cuando afirman ni mesa teníamos”, “nos prestaron, el patrón, algo pa’ tirar”.

Se destaca, además, la reunificación familiar. Tal es el caso de Graciana, quién al poco tiempo que su marido está trabajando en la región vuelve a Bolivia, a Potosí, para casarse y los dos retornan para afincarse en la quinta. Como ella nos comenta:

“...vine con mi marido, acá, derechito, me fue a buscar y me vine con él, a trabajar”. (Graciana, edad 50 años. Entrevista realizada en marzo de 2016).

Las pioneras, entonces, son las primeras mujeres que llegan a la ciudad, como sostienen “no había otras mujeres de allá”. Asimismo, y aun cuando lo realizaran mediadas por la presencia anterior de su marido/pareja a la región, comparten las características de pioneras, en el sentido que son éstas mujeres, conjuntamente con el varón, las que establecen “un primer nicho” de trabajo en la horticultura y que posteriormente se amplía con la instalación de otros paisanos y/o familiares, al lograr diversificar, según períodos, los espacios laborales en la región, tal son los casos de los cortaderos y la construcción.

Es decir, el establecimiento y las acciones de los pioneros y sus familias comienzan a estructurar y conformar un campo migratorio permanente, que tiene entre sus elementos el tejido de redes migratorias que empiezan a funcionar hacia la región de Villa María y Villa Nueva. De esta manera, quienes van llegando posteriormente encuentran redes sociales formadas por migrantes “pioneros” a la cual poder sumarse.

En el segundo caso, las mujeres de migración “reciente”, menores de 40 años, sus trayectorias laborales como sostuvimos comienzan como una migración ligada a redes de amistad, de parentesco o de paisanaje, que les aseguran por un lado ciertos recursos, como información de trabajo, ayuda mutua y/o vivienda en el momento de su arribo. El recorrido es en etapas, con idas y vueltas a su lugar de origen y/o dentro de la Argentina por distintas labores y ciudades. Recorridos que destaca María Teresa

“... y hace 20 años, añitos más o menos que estoy en el cortadero, antes estuve en Córdoba y Buenos Aires, había un hermano de mi marido, los dos sabemos costurar y después mis hermanas se fueron a Rio Negro, ahí están mis hermanas, en el cortadero y nosotros nos vinimos acá, había un amigo de mi marido en el cortadero cerquita, igual que acá”.
(María Teresa, edad 37 años. Entrevista realizada en mayo de 2016).

En general, la migración de las mujeres recientes afincadas en la región, comienzan una trayectoria que podríamos centrar dentro de la denominada feminización de la migración, direccionada por un movimiento de mujeres que se trasladan solas y/o asociadas a redes, motivadas por nichos laborales feminizados entre países. Sin embargo, en los casos tratados, el trayecto a la región que establecen queda adherido a un patrón familiar. Tal es el caso de Reina, que luego de migrar a Buenos Aires, conoce a su pareja y deciden trasladarse a la región, alentada por redes familiares

“... primero estuve en Buenos Aires, en costura trabajaba, estaba una amiga ahí, también de Potosí, luego me ha conocido y aquí vinimos por su hermano, él trabaja acá también con mi marido”. (Reina, edad 25 años. Entrevista realizada en febrero de 2016).

Las redes migrantes, por lo tanto, direccionan espacios hacia donde migrar y disminuyen las incertidumbres al momento de la llegada. El afincamiento que realizan mucho tiene que ver con ello.

En nuestra región, tanto las “pioneras” como las de migración “reciente” han llegado afincándose, preferentemente, en tres espacios laborales: en las quintas, en los cortaderos y en los barrios urbanos como “amas de casa” sujetas a sus experiencias y trayectorias laborales que las distingue. Diversidad que es necesaria tomar con la intención de no caer en la reproducción de modelos clásicos de la migración cuyo tratamiento lineal las invisibiliza al negar sus particularidades. Todo ello, mediada por una visión sesgada que interpreta a las mujeres migrantes bolivianas como trabajadoras ubicadas en un dominio opuesto a lo productivo o desvalorizadas, restando su importancia social para la sobrevivencia familiar y el desarrollo de las sociedades. Sin embargo, como veremos en el capítulo siguiente, la migración emprendida con su pareja/esposo no cierra otras posibilidades, habilitando otros modos de comprensión.

Capítulo IV: El establecimiento: el trabajo productivo y reproductivo.

4.

Si en el capítulo anterior trabajamos las trayectorias hasta el establecimiento probablemente definitivo de las mujeres en Villa María y Villa Nueva; aquí nos proponemos describir su vida cotidiana marcada por la interseccionalidad de relaciones de subordinación donde se presentan los intersticios en los cuales se despliegan prácticas de resistencia. Puesto que la unidad doméstica es el ámbito donde se despliegan las prácticas diarias, haremos ante todo unas breves consideraciones teóricas para conceptualizarla y ligarla a otras dos categorías articuladas en su interior: **el trabajo reproductivo y el trabajo productivo**.

Las unidades domésticas adquieren diferentes perfiles en cuanto organización del hogar y división de tareas según el espacio laboral en el que se insertan y al que se orientan: en el ámbito periurbano de la horticultura y confección artesanal del ladrillo el trabajo productivo y reproductivo se desarrollan en un mismo espacio y en tiempos superpuestos; en el urbano, la construcción y las tareas domésticas distinguen ambas dimensiones. Se trata de tres ámbitos revestidos de informalidad y en tanto trabajo, en un sentido tradicional, subvalorados.

Aquí proponemos organizar una parte de la descripción siguiendo el rastro de cuatro recursos cuya (no) disponibilidad constriñe o abre los espacios de autonomía: el tiempo que pueden dedicar a sí mismas, a amplitud de los vínculos que desarrollan por fuera de los familiares – un concepto similar al de “capital social” de Bourdieu-, el dinero propio, y la posibilidad de desplegar sus saberes, algunos de los cuales son ancestrales y presentan opción en la construcción de autonomía. La autonomía es, entonces, la mayor o menor posibilidad del manejo de esos recursos. Es decir, lograr la capacidad como personas de “tomar decisiones libres e informadas sobre sus vidas, de manera de poder ser y hacer en función de sus propias aspiraciones y deseos, en el contexto histórico que las hace posibles (CEPAL, 2011, p.9).

Proponemos aquí una lectura de subordinación y resistencia anclada en la (in)disponibilidad de tales recursos y los procesos para obtenerlos. La resistencia que se

presenta como un espacio de no sumisión, irrumpe a partir de lo que deciden ocultar, silenciar, reproducir y/o visibilizar, en mayor o menor medida, según dispongan de esos recursos.

Desde allí, las ideas fuerzas que guían este capítulo pueden enumerarse en:

- La interseccionalidad de clase, etnia/raza y género como condición de sumisión al interior de la unidad doméstica;
- La mayor o menor imbricación de lo productivo y lo reproductivo, como posibilidad del manejo de tiempo propio y obtención y/o utilización de otros recursos: dinero, vínculos ampliados y despliegue de saberes;
- De lo anterior se sigue que en el caso de las horticulturas y ladrilleras el solapamiento cotidiano de sus tareas reduce el manejo propio de tiempo y las posibilidades de su autonomía aparece como un hecho más cercano a lo simbólico que material, más limitada en el caso de las trabajadoras del ladrillo, dada la distribución simbiótica del espacio productivo y reproductivo;
- En el caso de las amas de casa, poseer y administrar sus tiempos abre caminos posibles para su autonomía, de modo concreto, práctico y reconocible;
- La relación de dominación y autoridad de género al interior de la unidad doméstica es transversal en los tres casos, operando como condicionamiento de sumisión, incluso en aquellos casos en que la familia asciende en su posición social;
- Las resistencias en estos microespacios emergen articuladas a la sumisión que experimentan al interior de las unidades domésticas a las que pertenecen;
- Se muestran marginales de acuerdo a las posibilidades que entrevén en su cotidianidad como práctica encubierta;
- Las resistencias se configuran dependientes de su ubicación como trabajadoras, de la disposición de tiempo, vínculos con nacionales y el desplegar de saberes propios.

Seguidamente, presentaremos ante todo algunas discusiones teóricas sobre trabajo productivo y reproductivo y unidad doméstica para dar densidad a nuestra descripción. Posteriormente subrayaremos en esa clave la vida cotidiana de las mujeres en ámbitos las periurbanos - horticultura y cortadero- y las urbanas. En un tercer momento, encararemos la búsqueda de las micro-resistencias mediadas por la lucha por alcanzar recursos que habiliten espacios de autonomía.

4.1.El trabajo productivo y reproductivo

Pensar en el trabajo productivo y reproductivo de estas mujeres migrantes bolivianas es dar cuenta del entendimiento androcéntrico que interpreta y justifica la situación social de desigualdad entre varones y mujeres, a partir de una lógica estrecha y excluyente que deja de lado el análisis de modos de trabajo inscriptos en la subsistencia, a lógicas tradicionales y/o a actividades no remuneradas o sin valoración mercantil. En el caso de las migrantes bolivianas, como afirma Cristina Carrasco (2006) esta perspectiva

[Nos] impide ver y categorizar la decisiva aportación económica de las mujeres a la reproducción social y familiar: además de asumir el trabajo doméstico, básico entre otras cosas para la supervivencia infantil, las mujeres mantienen largas jornadas en la agricultura o trabajan fuera de sus casas ya sea en trabajo fabril o como pequeñas comerciantes y buhoneras o como trabajadoras eventuales, niñeras o lavanderas. (p.5).

Esta crítica se enlaza con las discusiones que la lucha feminista fue dando desde el siglo XVIII, denunciando la invisibilidad y carencia en la economía convencional hacia el tratamiento de las mujeres “silenciadas por la historia y la corriente dominante de la disciplina” (Ibídem, p.4). En efecto, como sostiene Cecilia Amorós (1997) la perspectiva liberal asocia el espacio doméstico a la posibilidad del ejercicio de la libertad del varón en el espacio público. Al hacer hincapié en la obligación primera de las mujeres como madres y esposas/parejas, se refuerza la división sexual del trabajo. La estrategia patriarcal de pensamiento dicotomiza la realidad trabajo/no trabajo, económico/no-económico, publico/privado y asigna a las mujeres los extremos de menos “prestigio” de las duplas.

Asimismo, en el análisis marxista la categoría de reproducción queda también subordinada a la de producción. Así se señala que:

En la medida que el marxismo interpreta que la producción es necesariamente distinta de la reproducción son falsamente universalizados algunos aspectos de la sociedad capitalista, resultando oscurecidas las relaciones de género. (Bonaccorci: 1999, p. 9)

La teorización feminista de cuño marxista puso en el centro la necesidad de visibilizar el trabajo doméstico y su importancia social y económica planteando la relevancia del trabajo reproductivo de la mujer como trabajo no remunerado y “su participación para el mantenimiento no sólo de la fuerza de trabajo, de la familia, sino para el funcionamiento del

sistema económico” (Benería, 2008, p.9). Se interpela así al entendimiento tradicional y sesgado del trabajo a partir de la lógica del mercado, es decir el trabajo que se compra y se vende por un salario centrado en la producción capitalista, la creación de riqueza a través del trabajo asalariado y la distribución de la renta entre las clases sociales, enfocado en base a diversas dicotomías: público y privado, razón y sentimiento, trabajo mercantil y trabajo doméstico, empresa y familia.

La propuesta feminista señala que, con la división sexual del trabajo, se ponen de manifiesto los conflictos ocultos en relación con los tiempos de trabajos y las desigualdades entre los géneros femenino y masculino y se carga a las mujeres con la responsabilidad del cuidado de la vida. Estas perspectivas permiten abordar el problema del trabajo relacionando el sistema capitalista con el patriarcado.

En ese desarrollo, en los últimos años se ha incorporado en el vocabulario de la economía feminista la noción de *trabajos de cuidados* que señalan la interrelación entre los diferentes procesos, mercados, instituciones, actividades, sujetos sociales y relaciones personales y sociales que tienen que ver con la reproducción social que implica tareas destinadas a criar y mantener personas saludables, con estabilidad emocional, seguridad afectiva, capacidad de relación y comunicación. Es decir, en el trabajo de cuidados se instaaura “la socialización del trabajo doméstico y de la transformación de algunas actividades domésticas, familiares y privadas en públicas” (Lagarde, M. 2004, p.158).

Las desigualdades de género se proyectan a este ámbito no doméstico generando distribución desigual del salario, trabajos y tiempos. La categoría de trabajos de cuidado ha sido debatida y confrontada a la de trabajo reproductivo logrando mapear otro entendimiento del lugar subordinado de la mujer, sin embargo es un debate que excede esta investigación.

De cualquier modo, es importante subrayar que estas lecturas habilitan en primer lugar a pensar las relaciones entre el trabajo reproductivo y las actividades productivas de subsistencia, articuladas a aquellas actividades que crean valor, mercancías; por otra parte, visibilizan las limitaciones que presenta el concepto de trabajo clásico nacido con la Revolución Industrial que lo entendía solo como factor de producción de la “riqueza de las naciones” o como empleo. Como señala Carrasco (1998):

su alcance abarca las actividades relacionadas con la gestión y el mantenimiento de la infraestructura del hogar y las derivadas de la atención y cuidado (en su más amplia acepción) de los miembros de la familia. (p. 96)

Jelin (1984) distingue diferentes niveles de actividad reproductiva: reproducción biológica, reproducción de la fuerza de trabajo y reproducción social. La reproducción biológica posibilita la alimentación, procreación, manutención, cuidado de la salud; lo cual, proyectado a una perspectiva macrosocial, constituye la dinámica sociodemográfica. La reproducción de la fuerza de trabajo permite y posibilita la reposición cotidiana de los integrantes de una determinada unidad familiar e incluye tareas domésticas de subsistencia, a nivel macro posibilita que el capital persista en su dinámica. Por último, la reproducción social perpetúa valores, costumbres, hábitos y comprende actividades ligadas a la reposición generacional: tener hijos, cuidarlos, socializarlos lo cual proyectado a una escala más extensa habilita la continuidad y estabilidad del sistema social en su conjunto.

Las actividades reproductivas no remuneradas en el ámbito doméstico y mal remunerado fuera de él, se realizan eminentemente por mujeres y permanecen invisibles incluso a los ojos de aquellas que las llevan a cabo (Carrasquer, P, et al, 1998).

La crítica feminista ha contribuido en dar cuenta de las diferencias y desigualdades tanto a nivel analítico como práctico que contiene el trabajo reproductivo. Desde esta concepción, el trabajo reproductivo ha permitido en su desarrollo categorizar como *amas de casa* a quienes se dedican al trabajo doméstico de la manera exclusiva, y a considerar la *doble presencia* de las mujeres cuando comparten dicho trabajo con una actividad laboral que se suma a la de la lógica impuesta del trabajo doméstico. La doble presencia expresa mejor la realidad de una doble carga e intensidad de trabajo vivida sincrónicamente en un espacio y tiempo que se solapan de un modo que depende de la articulación entre trabajo reproductivo/productivo, “de acuerdo a los momentos de su ciclo de vida, la clase social y el lugar en el seno de la familia, sea hija, madre, esposa y/o abuela y al tipo de actividades económicas realizadas y valorables en términos mercantiles” (Ibídem, p. 97/98).

Pero la *doble presencia* reconoce un espectro amplio de posibilidades del ensamblaje entre lo reproductivo y lo productivo. Si bien siempre hay algún grado de superposición entre ambas esferas, esta varía en intensidad. Una mujer profesional, por ejemplo, si bien nunca

abandona la atención por el cuidado doméstico, tiene alternativas de “desconexión”, espacios donde la lógica que predomina es la de la producción. En los casos que estudiamos de las mujeres periurbanas – la quinta y el cortadero - la superposición es casi sin fisuras; mientras que para *las amas de casa* urbanas que tuvieron trayectorias previas en talleres de costura donde la superexplotación es la norma, la dedicación plena a la esfera reproductiva deja pocos resquicios para otras experiencias. En cualquier caso, el mundo del trabajo acota en extremo la apertura a otras experiencias: tiempo, dinero, relaciones sociales y adquisición y despliegue de saberes son recursos escasos por los que ellas pugnan en búsqueda de cierta autonomía.

Ahora bien ¿cómo se entrelazan concretamente los trabajos reproductivo y productivo? Examinaremos el concepto de unidad doméstica para esclarecernos en el tema.

4.2.La unidad doméstica: el trabajo productivo y reproductivo

La noción de unidad doméstica permite reconocer los espacios compartidos de residencia, la obtención y transformación de los recursos necesarios para la manutención de sus miembros y el desarrollo familiar.

Una discusión recurrente en la antropología ha sido si se debe identificar la unidad doméstica con la familia. Aquí asumiremos, siguiendo a Elizabeth Jelin (1984), que dentro de la unidad doméstica los miembros que la conforman establecen relaciones de producción, reproducción y consumo, pero que no necesariamente se referencian solamente entre miembros cuyos lazos estén determinados por relaciones de parentescos. En todo caso, esos lazos son una posibilidad entre otras.

Oliveira y Salles (1989) proponen una definición de unidad doméstica que tomaremos como base para nuestro trabajo:

el concepto de unidad doméstica alude a una organización estructurada a partir de relaciones sociales establecidas entre individuos unidos o no por lazos de parentesco, que comparten una residencia y organizan en común la reproducción cotidiana (p. 14).

Inmanuel Wallerstein (1991) ha considerado la unidad doméstica como un soporte indispensable para el sostén de la economía-mundo-capitalista en sus distintas fases. Para el

autor la “unidad doméstica” o “unidad de consumo” (household) está formada por un grupo de personas de distintos géneros y edades que durante un período de tiempo aúnan ingresos y consumo para sobrevivir, y cubren así las necesidades básicas individuales (alimento, cobijo, ropa, vivienda). El autor, complementa a Marx, quien sostenía que el salario es el valor de la fuerza de trabajo, o sea el valor necesario para que la fuerza de trabajo reproduzca su vida y acuda cada día a la esfera de la producción. El autor apunta que esta reproducción implica actividades no remuneradas que se desarrollan en la unidad doméstica, esto es, que el capital remunera explícitamente al trabajo productivo y esa remuneración sostiene el reproductivo, lo cual implicaría la subsunción real de ambos tipos de trabajo al capital. En esta misma línea Meillasoux entiende que con la división de tareas en la unidad doméstica y la generación y disposición de un ingreso colectivo se asegura su mantenimiento y reproducción (Meillassoux en Gregorio Gil, 1997). Pero el problema de estas miradas es que tal vez asumen la exterioridad de lo productivo y lo reproductivo como una división de género al interior de las unidades domésticas, que asigna el trabajo productivo a los varones y el reproductivo a las mujeres. Olivia Harris (1986) señala que esta perspectiva “mantiene confinando y controlado el lugar de la mujer, y reduce las intervenciones que directa o indirectamente genera la lógica capitalista, modificando dicha relación” (p. 218).

Es decir, la relación mujer/trabajo reproductivo dentro de la unidad doméstica queda asociada a la procreación de la especie, destacándose como el componente básico de la reproducción de la fuerza de trabajo al satisfacer el desarrollo físico de los seres humanos, de la fuerza de trabajo, con el “mantenimiento cotidiano de los trabajadores presentes y futuros” (Benería L., 1981, p. 14).

Los estudios decoloniales y feministas han mostrado como la apropiación de su cuerpo/territorio generado por la colonización (Segato, 2014) estableció la división sexual del trabajo para la reproducción ampliada del capital, cuyos intereses han confluído en la configuración de la mano de obra femenina como subsidiaria y subordinada en función de sus múltiples pertenencias étnicas, de clase y de género. Es decir, los diversos modos de intervención de la colonialidad del género se convirtieron en elementos constitutivos y definidores de su experiencia laboral. Como bien nos advierte Silvia Federeci (2010):

en la economía colonial, las mujeres fueron así reducidas a la condición de siervas [...], con el fin de que, en adelante, las mujeres y los niños pudieran ser obligados a trabajar en las minas, además de tener que preparar la comida para los trabajadores varones. (p. 305)

Entendemos pues, que la interrelación entre actividades reproductivas y actividades reproductivas en la unidad doméstica traza una línea de separación difusa cuando se examinan la composición de las actividades de la mujer y la división sexual del trabajo. Esta interrelación queda supeditada dentro de la división genérica del trabajo, al contenido y naturaleza concretos de las tareas que asumen las mujeres que depende tanto de factores externos como el grado de penetración en el mercado de trabajo, los contextos socio-culturales de los cuales participan y/o son parte, pero también de la lógica interna de cada unidad doméstica que emerge de procesos económicos, políticos, sociales y culturales que históricamente determinaron una estructura de desigualdad en el espacio invisibilizado de la domesticidad.

Jelin (1984) subraya que el devenir de la unidad doméstica en el tiempo está por un lado regido por la existencia bastante estática de un patrón de autoridad que distribuye y responsabiliza diferencialmente a sus miembros en actividades productivas y reproductivas, y por otro, por los posibles reajustes “resultado de transiciones en el ciclo de vida de los miembros o como respuestas a situaciones coyunturales – internas y externas- que requieren un ajuste en las estrategias acostumbradas” (p.17).

Es decir, los significados y el contenido que adquiere el trabajo reproductivo y su articulación con el trabajo reproductivo, dependen tanto de la organización de la unidad doméstica como los contextos - urbanos, industrializados, rurales agrícolas - donde las condiciones estructurales, sean estas económicas, sociales/culturales y políticas, establecen los modos de articulación.

En el caso de las mujeres migrantes bolivianas, nos encontramos con unidades domésticas que se conforman en el trayecto de las migraciones, en el transcurso de las cuales, los vínculos familiares, parentales y/o de paisanaje se convierten en un recuso que genera y/o afianza las relaciones entre los miembros que la componen y conforman espacios de convivencia laboral y de subsistencia cotidiana en las sociedades donde deciden establecerse. Estas relaciones no son horizontales ni igualitarias, ya que la asimetría de género se mantiene

plenamente y aquí recae sobre la mujer, casi enteramente, el encargo de la reproducción, pero también buena parte de la producción.

En dos de los tres ámbitos que estudiamos – la huerta y el cortadero – la unidad doméstica opera tanto en la gestión y el mantenimiento de la fuerza de trabajo como en la obtención de los recursos para tal reproducción; son unidades de producción y consumo, espacios de imbricación entre lo reproductivo y lo productivo. En el tercer lugar (el hombre en la construcción, la mujer ama de casa), la separación entre un “adentro” y un “afuera” responde más al patrón clásico del capitalismo.

Puesto que las unidades domésticas no son espacios neutrales, cuyos costes y beneficios se reparten equitativamente entre sus componentes, y por el contrario, son lugares de lucha y negociación constantes en torno a los cuales se organiza gran parte del trabajo reproductivo de la mujer además del productivo en las huertas y el cortadero, tanto la composición como la organización de la unidad doméstica repercuten directamente en la vida de las mujeres y, en particular, en su capacidad de acceder a los recursos tiempo, dinero, relaciones sociales y saberes.

4.3.Las periurbanas y las urbanas

A continuación, mostramos la vida cotidiana de las mujeres bolivianas en Villa María y Villa Nueva según el ámbito laboral: horticultura, cortadero y amas de casa. En los dos primeros, lo productivo y lo reproductivo se solapan, con más fuerza aún en los cortaderos restando muchas posibilidades a la disponibilidad de los recursos tiempo y relaciones sociales. En las mujeres urbanas, autodenominadas como “amas de casa”, hay algunas señales de ampliación de estos recursos, aunque, en cualquier caso, la dominación patriarcal las reduce a expresiones mínimas.

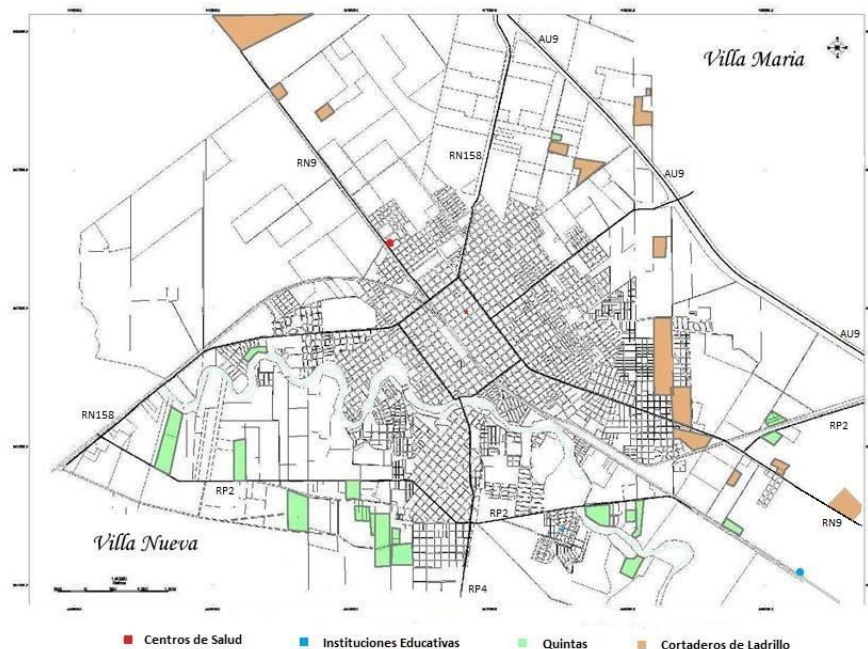
4.3.1. Las Periurbanas: las horticulturas y las ladrilleras

La zona colindante al ejido urbano de las ciudades de Villa María y Villa Nueva responde a las características de la *periurbanidad*, de interface rural-urbano. Los ámbitos de

producciones intensivas abarcan estos espacios destinados a las producciones primarias. En nuestro caso particular, se presenta como un territorio “resbaladizo”, en situación transicional, en permanente transformación, frágil, susceptible de nuevas intervenciones, que se puede extender. Andrés Barsky (2013) caracteriza estos espacios como *un territorio en consolidación*, y justamente por ello complejo y difuso, que se “define por su indefinición, no es campo, ni es ciudad” (p.28).

Dichas características responden a este espacio “periurbano” en los cuales concentramos nuestra investigación. Las quintas y los cortaderos se ubican y constituyen un “*territorio de borde*”, en constante consolidación (Ibídem, p.31). Es decir, entre la ciudad, lo urbano, y lo rural, por fuera del ejido urbano, con la utilización intensiva del suelo y sometido a procesos económicos relacionados a la valoración capitalista del espacio. Esto último, principalmente al confrontar la competencia con la especulación inmobiliaria, lo que los lleva a una constante reubicación, donde cesan los servicios públicos (transporte, redes de gas y agua, recolección de residuos), accediendo solo al servicio de la red eléctrica rural.

Ilustración 3. Plano de Villa María y Villa Nueva. Ubicación de Quintas y Cortaderos



Elaborado por el grupo de investigación de Migraciones (U.N.V.M.)

Esta característica de urbanización, especialmente en el municipio de Villa María ha provocado, en las últimas décadas, un “corrimiento” de los cortaderos, a excepción del denominado “Boliche del Palo”, que se ha mantenido¹². Los demás cortaderos han ido rotando a otras tierras, modificando ese *territorio de borde*.

Las quintas, comprenden lo que ha pasado a llamarse el “cinturón verde” (Benencia, 2012), como territorios periurbanos conformados por una trama de quintas o huertas de trabajo familiar que rodean las ciudades (Barsky, 2013). En nuestro caso mantienen las mismas características que los cortaderos. Ambos, los cortaderos y las quintas, se establecen como espacios de producción a pequeña escala y vulnerables al avance de la urbanización.

Es en esa periurbanidad donde residen y trabajan las mujeres migrantes bolivianas, distribuyendo sus labores. Por un lado, el del trabajo reproductivo, como una tarea que les corresponde como madres y como esposas, incompatible. Por otro lado, el trabajo productivo, que es invisibilizado y considerado como una “ayuda”, sin una remuneración “cuantificable”.

En el proceso de trabajo productivo, la relación mujer/varón/trabajo se plantea de tal forma que ambos deben ser *trabajadores* para producir bienes para su unidad doméstica y así permitir su estabilidad. La posibilidad de subsistencia de la unidad doméstica queda determinada por la colaboración conjunta de los miembros que la componen. La mujer de igual modo que el varón trabaja sin horarios fijos en el proceso. El rol productivo ejercido por estas mujeres reproduce lo aprendido en su lugar de origen y el trabajo familiar se convierte en una estrategia de acumulación y en una generación de ingreso, sin embargo, la mujer queda relegada en el manejo y/o toma de decisiones sobre los recursos materiales y simbólicos, es decir, el valor de su producción es imputado al ingreso percibido por la unidad familiar cuyo “jefe” es, generalmente, el varón. A diferencia, y como ya señalamos, del trabajo reproductivo que queda determinado como un ámbito de responsabilidad femenina.

¹² Situación que no podemos fundamentar desde datos oficiales por la carencia de una planificación urbana desde el Estado municipal.

4.3.2. Las mujeres horticultoras: su función reproductora



Ilustración 4. Vivienda familiar de quinta hortícola (Villa Nueva). Marzo de 2016

El cinturón verde, no muy desarrollado, que rodea el ejido urbano de Villa María y Villa Nueva está gestionado mayoritariamente por las y los migrantes de origen boliviano, de acuerdo a estudios realizados desde hace una década a nivel local¹³, que comparten características comunes con otros cinturones verdes del país. Los estudios sobre la migración boliviana asentada en la horticultura en Argentina¹⁴ coinciden en que dicha actividad ha posibilitado la constitución de espacios de producción y/o comercialización en casi todos los cinturones verdes de las grandes ciudades del país. Estas actividades se generalizan y se expanden en la primera década del siglo XXI (Pescio y Oliva, 2009; Benencia, 2012) incluyendo productos básicos como repollo, zapallito de tronco, espárrago, acelga, lechuga,

¹³Hacemos referencia a los estudios realizados por el equipo conformado por docentes-investigadores de la Universidad Nacional de Villa María, entre ellos la recopilación de Gustavo Zilocchi (2012) *Tan cercanos y tan ajenos. Pobladores bolivianos de periferias urbanas cordobesas*. 1ª. Ed. Universitat. Córdoba.

¹⁴Al respecto, y a manera de ejemplo, pueden consultarse algunos de los siguientes estudios: Benencia, R. (1994); Benencia, R. (2006); Benencia, R. y Quaranta, G. (2006b); Pizarro, C. (2009); Quaranta, G. y Souza Casadinho, J. (Comps.) (2009), entre otros.

batata, maíz para choclo, zapallito y remolacha, siendo entre ellas, las hortalizas de hoja las de mayor importancia, de acuerdo a la demanda regional en la zona bajo estudio.

Estos espacios de producción y comercialización conforman economías de enclave étnico; es decir, trabajadores de un mismo origen étnico (en nuestros casos provenientes de Bolivia) viven en el área donde desarrollan su actividad tanto productiva como de comercialización. Este proceso denominado por Roberto Benencia (2006) como la *bolivianización* de la horticultura explica la relación estrecha del desarrollo de esta actividad por mano de obra migrante que a lo largo del tiempo permitió establecer un proceso de movilidad social ascendente (Pescio y Oliva, 2009), que se denomina “escalera boliviana”¹⁵, conformada por una tipología jerárquica de trabajo, producto de la capitalización de algunas familias bolivianas, que en base a una economía campesina articularon la fuerza de trabajo doméstica, recursos tradicionales con otros que le brindaba la sociedad receptora.

En la estratificación social de las quintas distinguimos de mayor a menor rango, propietarios, arrendatarios, medieros y peones. Los arrendatarios alquilan la tierra mediante un contrato, los medieros como “socios menores” reciben un porcentaje de la producción a cambio de aportar mano de obra y, a veces insumos o incluso materiales para invernaderos y herramientas. Los peones pueden ser jornaleros - peón contratado por día- o “tanteros” - contratados por trabajo a destajo-, en general sin ningún tipo de registro formal. En términos generales, aunque no de manera necesaria, el migrante va ascendiendo en la “escalera boliviana” según el tiempo de estadía en el espacio nacional, la posesión de herramientas y/o posibilidades de financiamiento y capacidad de ahorro para invertir. Este último recurso se destaca como una práctica arraigada en la población migrante (Benencia, 1997).

Las mujeres con las que trabajamos en esta investigación se ubican en su mayoría en la mediería y el arrendamiento, modalidad extendida según tiempo de afincamiento.

Desde la mediería, Benencia y Quaranta (2016) sostienen que desde mediados del siglo pasado la contratación en la horticultura en Argentina, no es uniforme; las características que adquiere quedan ligadas al aporte de trabajo que realizaba el grupo

¹⁵Véase, Roberto Benencia (1997). “De peones a patrones quinteros. Movilidad social de familias bolivianas en la periferia bonaerense”, en: Estudios migratorios latinoamericanos año 12, N° 35, CEMLA, Buenos Aires; R. Benencia y G. Quaranta (2003), “Reestructuración y contratos de mediería en la región pampeana argentina”, en: Revista Europea de Estudios Latinoamericanos y del Caribe, N° 74, abril, CEDLA, Ámsterdam.

familiar de migrantes bolivianos, como contratos de palabra que incluyen situaciones en donde el porcentaje percibido oscila según el aporte realizado. Típicamente existen: a) medieros socios que aportan además de mano de obra, una parte importante de los insumos lo que les da mayor poder de negociación ya que funcionarían como socios en una sociedad de capital-trabajo, y b) los medieros trabajadores que solo aportan mano de obra, básicamente familiar, y estarían en una relación de mayor subordinación con el patrón quintero.

Tal como Rosa nos explica: “soy mediera, el patrón pone todo, yo solita pongo la mano de obra”. Aunque el arribo a la mediería es un eslabón necesario para obtener más ganancias, no asegura un pago equitativo ya que depende de la honestidad del “trato”. Las desventajas se muestran con más fuerza cuando las ganancias dependen de las ventas que realice el arrendatario o propietario en el mercado local. Como nos cuenta Teodora, actualmente mediera en una quinta de la región:

“... todos vinimos a trabajar a la quinta, cuando vinimos a la quinta por primera vez, mi marido cobraba el 30 por ciento, el que vendía era el patrón, nosotros anotábamos toda la verdura que sacábamos, por bultos, y cuando se vendía, aveces no se vendía toda la verdura, los bultos que se tiran no se pagan, porque ahí quedaba tirado y no se paga, y lo que pagaban era lo que vendían nada más. Mirá el pedía la cantidad de verdura que tenía que vender, no se podía sacar más, el pedía como ser 20 o 30 atados de remolacha o 10 cajones de cada cosa, la cresspa, la repollada, las llevaba y lo que no vendía no nos pagaba, ese poco ganábamos. Cuando nos hemos venido, al tiempito aquí, a esta quinta, es un poco distinto, aquí te queda un poquito más, pero tenes que comprarte las semillas, todos los fertilizantes para curar la verdura y ponerle todo el gasoil, comprar tractor, las herramientas, todo y trabajas mucho siempre”. (Entrevista realizada en abril de 2016)

Adela recuerda sus primeros trabajos como quintera mediera, descalificando la relación con su primer patrón:

“... primero nos hemos venido a trabajar de José, después para acá de Ramón, nos quedamos un tiempo de José y ya después con el porcentaje nos dimos cuenta que nos robaba porque ahí nosotros trabajábamos y él va a vender y traía los precios, iba y manejaba los precios y no te pasaba lo que tenía que ser, entonces dijimos de irnos, cuando hemos podido. Acá trabajamos nosotros nomás acá, no es una quinta tan grande y con la familia podemos”. (Entrevista realizada en abril de 2016)

El trabajo en la horticultura, en cualquiera de sus estratos, se caracteriza por el uso intensivo de la mano de obra, con una elevada demanda de trabajo intenso, duro, continuo, repetitivo y por lo general teñido de informalidad. Sobresalen las exigencias horarias que oscilan por temporadas y no respetan jornadas ni días festivos; en tiempos de siembra y de cosecha es un trabajo arduo y esforzado y, como en general se administran varios cultivos simultáneos con distintas estacionalidades, los tiempos exigidos de trabajo son altos e incluyen los sábados y domingos, siguiendo los canales de demandas que impone el mercado de frutas y verduras de la región. Se limitan así los tiempos de ocio y esto sucede con más fuerza mientras el escalón que se ocupa es de menor rango.

La unidad doméstica de la quinta, unidad de producción y consumo, está conformada por la pareja y/o esposos y sus hijos, aunque suelen sumarse hermanos/as de los cónyuges, parejas y/o esposas/os de sus hijos/as cumpliendo roles productivos y reproductivos, de acuerdo a una división que se establece a su interior. Dentro del ámbito familiar el género, la edad y la posición ocupada en relación al parentesco suponen el desarrollo de determinados comportamientos y la asunción de diferentes responsabilidades. El trabajo es familiar, los hijos/as pequeños/as, igualmente acompañan el trabajo de sus padres colaborando en las tareas menos pesadas y/o riesgosas, o bien cargados/as por sus madres durante la realización de las tareas de siembra y recolección, lo que les permite poder atenderlos/as durante la realización de la actividad que emprenden cada día. Todos los integrantes de la unidad doméstica aportan fuerza de trabajo, en el caso de los hijos/as las tareas quedan dependiente de la edad, por el aprendizaje logrado y el esfuerzo que signifiquen.

Como afirman Graciana y Elena, quinteras de más tiempo en la región, actualmente arrendatarias:

“... nosotros trabajamos, aquí trabajamos nosotros solos, mis hijos, mi nuera, no hay nadie más, no se puede pagar a otra gente, y si... aja... no alcanza pa pagar”. (Graciana. Entrevista realizada en marzo de 2016)

“... nosotros siempre hemos trabajado los dos, y mis hijas, el dónde estaba yo también, el trabajo que se hace en el campo hay que estar los dos”. (Elena. Entrevista realizada en febrero de 2016)

En el proceso de trabajo que incluye preparar la tierra, regar, sembrar, cosechar, lavar la verdura y alistarla para la venta, la mujer en general participa en el riego, la cosecha, el corte y limpieza de la verdura, dejando todo listo para la venta en el mercado. Elena da cuenta así de las tareas que las mujeres son responsables:

“... por así distinto, yo no fumigo, pero si riego y todo eso, sembramos juntos, lavar, cortar, poner todito en los cajones, lo que más hago”. (Elena. Entrevista realizada en febrero de 2016)

Esto es, solo la fumigación y la venta quedan a cargo exclusivo del varón. La tarea de fumigar es confirmada para estas mujeres “como peligrosa” “causa daños a los niños” “si te embarazas eso no puedes hacer”. El riesgo hacia la salud familiar se convierte en el fundamento que excluye a las mujeres y los niños/as de dicha actividad. La tarea, es sin embargo comprendida como necesaria para asegurar un mayor rendimiento. En general, los productos químicos son almacenados en piezas cerradas muy cercanas a las viviendas y su utilización es llevada adelante sin la protección adecuada.

Los riesgos los asumen los varones mayores que también manejan el recurso dinero. Son ellos los que hacen el trato con “el patrón” y disponen del ingreso proveniente del trabajo familiar, sea por cobro por tanto y/o de la venta de los productos en el mercado. Esto es, la mujer participa tanto como el varón en el trabajo productivo, pero es este último quién tiene la potestad sobre el dinero sea para invertir y/o para el consumo:

“... el patrón vendía y sacaba el porcentaje para él y para nosotros, ahí cada quince días o a la semana y allí le pagaba a mi marido” (Elena. Entrevista realizada en febrero de 2016).

Y Teodora afirma

“... él [con referencia al marido] vende y cobra todo y ahí tenemos para comprar lo que hace falta” (Entrevista realizada en marzo de 2016)

El trabajo productivo que emprenden, como obligación familiar, se articula a las tareas reproductivas. Graciana nos explica que en su jornada diaria “acompaña” a su marido en el trabajo productivo y además recae en ella las tareas del hogar:

“... yo lavo, cocino, cuando ellos se van yo me quedo en la casa, limpio. Lavo a manito, aveces con lavarropas. Eso lo hacemos las mujeres, él [su esposo] trabaja nomás,

nosotras lavar, hacer la cama. Mi hija, con tiempito, ayuda, lava y yo cocino nomás”.

(Entrevista realizada en marzo de 2016)

Su cuidado personal, tanto como el manejo de recursos, tiempo y dinero, manifiesta la reproducción del patrón aprehendido y asumido en el origen. Los tiempos de ocio personal pueden aparecer -cuando existiendo la posibilidad- delegan sus tareas reproductivas a las hijas de mayor edad. Dicha práctica manifiesta la reproducción intergeneracional mediada por una socialización diferencial de género, y por lo tanto la naturalización de la reproducción de desigualdades en el seno de la familia.



Ilustración 5. Tanque de lavado de verduras. Quinta hortícola de la ciudad de Villa Nueva. Marzo de 2016.

Las obligaciones que debe asumir acompañando a su pareja y/o esposo en el proceso de trabajo de la horticultura se articula al interior del hogar al cocinar, lavar, limpiar. Sin embargo sus obligaciones se extienden a la reproducción social ligadas a la reposición generacional cuando acompañan la educación de sus hijos, tanto en su traslado diario a los establecimientos educativos donde asisten (dada las largas distancias existentes a dichos centros) y/o respondiendo a las obligaciones que el sistema educativo exige: tareas y actos escolares, reuniones, entre otros. Tareas estas que traducen las obligaciones del trabajo reproductivo, instituidas y naturalizadas hacia la mujer.

Es decir, la imbricación entre lo doméstico y lo productivo aparece como un mandato inevitable, naturalizado, aún en condiciones donde es sumamente costoso mantenerlo. Estos imperativos laborales y familiares retraen posibilidades de dedicarse a otros deseos o anhelos personales que pudieran tener, como educarse, invertir para su uso personal, participar en otros grupos de su interés y/o simplemente dedicarse a disfrutar del descanso. Su posición subordinada dentro del entramado de la producción/reproducción en las unidades domésticas destaca, como en el origen, su subordinación, basada en relaciones desiguales de la división sexual del trabajo, aún más compleja cuando su función de trabajadora “productiva” es naturalizada como “no trabajo” “como tarea complementaria”, carente de reconocimiento y de remuneración.

Dicha esfera de dominación intra hogar trasvasa su condición de trabajadora cuando continúan cumpliendo con sus tareas diarias durante el embarazo y los primeros tiempos de su maternidad. Como nos relata Graciana, madre de seis

“... yo siempre quería tener hijos, y a él también le gusta, pero no es fácil en las quintas, siempre trabajas igualito, no se puede dejar de trabajar. Mira, yo cuando estaba embarazada, siete veces fui, seis tengo, cuando me cansaba me venía, tomaba agua y me iba de nuevo, teníamos que hacer para vender, igualito, cuando lueguito seguía cuando nacían, los traía aquí” (Entrevista realizada en marzo de 2016).

Elena, madre de cuatro hijos, tiene una experiencia similar

“... yo trabajé hasta el último mes, pero creo que era la del medio que trabajé que hasta dos veces casi la perdí, viste, era cargar repollo y el acoplado era alto y había que tirar hasta el acoplado, y hacia fuerza, viste, es eso”. (Entrevista realizada en febrero de 2016)

Son claros los riesgos de salud asociados a la gestación al pasar varias horas trabajando en posiciones incómodas, con pesadas cargas en las cosechas de frutales, la espalda curvada para escardillar o plantar hortalizas, o bien agacharse y permanecer “en cuclillas” para cosechar, lavar en grandes tanques la verdura en el empaque y acarreado de verduras para su posterior venta.

Si bien en la actualidad la mayoría concurre a la consulta médica durante el embarazo las cuestiones laborales, el cuidado de sus otros hijos/as y las percepciones en relación al

cuidado de sí mismas y de su cuerpo, retraen dedicarle tiempo al cuidado de su salud. Las razones que emergen de sus relatos, además se asocian a la distancia geográfica a los centros asistenciales o al hospital público, el no contar con un transporte público por lo cual deben disponer de dinero, siempre escaso, para el pago de un servicio privado o de la disposición de algún miembro de la familia, en general varón, para su traslado.

También son notables las dificultades de comunicación con los efectores de la salud, sea por su dialecto (muchas de ellas hablan el quechua) y/o por ser analfabetas. El trato por parte de los efectores de la salud es un obstáculo relevante que las vulnera¹⁶, particularmente sobresaliente en las denuncias que reflejan las afirmaciones de Teodora y Reina

“... yo no sabía cómo ir, me daba miedo, porque siempre como sos boliviana te atienden un poquito, así, malito, no explica, y no entiendes. Cuando fui yo me hice acompañar por la doña del patrón” (Teodora. Entrevista realizada en marzo de 2016).

“... yo no sé hablar bien, la doctora Diana se enojaba, me decía que tenía que escuchar, que no podía venir así, así, no fui más” (Reina. Entrevista realizada en febrero de 2016).

Quintina relata que, estando embarazada, trabajando en las quintas como mediera y con dos hijos pequeños, decidió recurrir a la atención médica:

“... yo no tenía plata, ni nada para atenderme, y no quería quedar en el hospital, cuando caí enferma, y me querían internar, quien atendía a mis hijos hasta que ahí me internen, entonces yo decía, le avisé a las enfermeras en el hospital y me dijeron, bueno, si no tenés quien lo haga quedar a los chicos los vamos a llevar al patronato entonces yo dije, va pensaba solita, nunca más los voy a ver a mis hijos, donde se lo llevaran y me escapé, me metí en los yuyos, cerca y mi marido me andaba buscando, lo ví y nos subimos a un taxi y nos fuimos, y seguí, andaba delicada y levantando paquetes de hinojo, remolacha, mi hija cargaba aquí y lo perdí, así salía a trabajar igual”. (Entrevista realizada enero de 2016).

Esta práctica de salud condicionada por las restricciones materiales, territoriales, sociales y culturales- que bien podemos extenderla a las trabajadoras de los cortaderos-

¹⁶ Cabe aclarar que la relación compleja de salud/migración boliviana ha llevado a diversos estudios a nivel nacional, regional y de las zonas de frontera (Grimson yJelin, 2006; Goldberg, 2008; Cerrutti, 2007). En general se acentúan las restricciones del derecho a la salud que enfrentan por las diferencias culturales, las actitudes de rechazo por parte de los efectores de la salud, la falta de información, su propia concepción del cuidado, entre otras.

conjuntamente con los tiempos y obligaciones que asumen sus labores cotidianas visibiliza su lugar desigual y oprimido al interior de la unidad doméstica. Las condiciones materiales de vida y la división sexual del trabajo establecida y naturalizada regulan, organizan y justifican las relaciones de poder y formas de desigualdad. Su situación como trabajadoras dibuja su vida cotidiana.

4.3.3. La unidad doméstica en el cortadero: las mujeres migrantes bolivianas en la confección artesanal del ladrillo

El sector de los denominados “cortaderos” de confección artesanal del ladrillo, a diferencia del sector horticultor, ha llamado la atención para su estudio de modo más tardío, al constituirse como en un espacio de trabajo ligado al dinamismo de la industria de la construcción y a las posibilidades de colocar ventajosamente el producto en un mercado distributivo más amplio (Pizarro et al., 2009).

A nivel local, en la década de los ‘90 se localizaron cortaderos en la zona periurbana de la ciudad de Villa María, particularmente en áreas que anteriormente habían sido utilizadas para la producción agropecuaria, alejadas de los servicios públicos. Los cortaderos son caracterizados como actividad minera que presenta diversos problemas como el uso intenso de los terrenos, la deforestación y la contaminación del ambiente, particularmente por el quemado mediante el uso de combustibles inadecuados como las llantas usadas, plásticos y aceites usados, que permiten bajar los costos de producción (Pescio y Oliva, 2009).

Como en el caso de la horticultura, es un trabajo marcado por la precariedad y flexibilización laboral, convirtiéndose en un espacio “bolivianizado” al destacarse como un trabajo producido y comercializado por familias de origen boliviano, tal como referimos en la horticultura, calificado por connotaciones raciales/étnicas.

La extensión de cada cortadero comprende un rango de 5 a 10 hectáreas, distribuidos en el espacio periurbano de la localidad de Villa María¹⁷, ubicados en terrenos cuya propiedad

¹⁷ Aquí es necesario aclarar que, mientras la extensión de las quintas abarca ambas ciudades (Villa María y Villa Nueva), los cortaderos se ubican específicamente en la zona periurbana de la ciudad de Villa María.

es de ciudadanos argentinos. En su interior se dividen en parcelas, de media a dos hectáreas, que son trabajadas por las distintas familias de origen boliviano, que residen en el mismo.

Las parcelas poseen uno o dos hornos, dependiendo de su extensión y la capacidad financiera de quién la arrienda. La capacidad de producción depende de la extensión de la tierra y, en general, del trabajo familiar, pudiendo en caso de mayor demanda contratar mano de obra en calidad de peón por tanto, pago que se realiza según lo que se vende y no por lo



Ilustración 6. Cortadero de ladrillos. Villa María. Mayo de 2016

producido. Dicha modalidad de pago es preferida por los peones al permitirles controlar lo que se vende y le pagan (Pizarro et al., 2009).

El cortadero donde ubicamos nuestro trabajo de campo, denominado “El boliche de Palo” -en alusión a un bar que se ubica en frente del mismo - linda con los accesos a la ciudad, sobre la Ruta Nacional N° 9. Las parcelas en total son veinte y no exceden la media hectárea, donde residen las familias que lo trabajan.

Las unidades domésticas están conformadas por la pareja y los hijos, quienes trabajan dentro de dicho espacio de producción¹⁸. Del total de las familias, solo un caso, el de Isabel y María Teresa, muestra diferencias. En este caso, son dos las familias que residen en la misma parcela, en viviendas separadas y un horno común, cuya producción dividen en porcentajes iguales. Sus vínculos, más allá de los laborales, son de paisanaje, provenientes ambas familias de la misma región de Bolivia, Potosí.

Una de las características sobresaliente de estas mujeres es que en su mayoría provienen de familias de mineros de Potosí y en menor medida de campesinos de la región de Tarija. Mantienen y refuerzan ciertas prácticas culturales ligadas a su origen, los modos de “cocinar” mediado por la utilización de hornos de barro, sus vestimentas¹⁹, y su lengua de origen, el quechua, que especialmente se destaca en estas mujeres migrantes bolivianas, en menor medida en las horticultoras y amas de casa. El quechua resulta un recurso al que recurren para la comunicación entre el grupo familiar y de pertenencia, y fue una práctica constante ejercida frente a los investigadores durante el trabajo de campo, manteniendo así la intimidad de sus comentarios frente a la alteridad. Sin embargo, comunicarse desde su lengua nativa es distintivo según donde y hacia quién se dirijan para evitar la discriminación y/o acciones xenófobas. Dando cuenta de ello, Francisca e Isabel nos narran la necesidad de aprender a hablar el castellano para evitarlas

“... me quedo calladita por ahí, igual me gusta hablar quechua. Me cuido porque la gente enseguida te mira mal” (Francisca. Entrevista realizada en mayo de 2016).

“... huy... eso de hablar quechua me trajo enojos con la doctora, iba yo y no hablaba, no sabía mucho hablar como ustedes, como ahora” (Isabel. Entrevista realizada en agosto de 2016).

El uso del quechua acentúa sus características étnicas-raciales, que son utilizadas, resignificadas y aprovechadas en el marco de la segmentación del mercado de trabajo capitalista. Cynthia Pizarro señala que el lenguaje y otras características étnicas “son

¹⁸ Se ha señalado que en los cortaderos también aparece el trabajo de varones solteros que suelen llegar como mano de obra temporal, dato que no se registró durante nuestro trabajo.

¹⁹ Como por ejemplo “los aguayos”, prenda que no solo la utilizan para vestir sino como recurso para cargar niños, bultos o diferentes tipos de productos.

relacionadas con ciertos segmentos del mercado de trabajo [asimilando a ...] los bolivianos como los trabajadores del cortadero de ladrillo” (Ibídem, p. 130).

Dentro del predio que analizamos rige la mediería y el arrendamiento, con modalidades semejantes a las del trabajo de la horticultura. En la mediería, el productor es socio, a porcentaje, del dueño de la tierra, teniendo a su cargo todo el proceso de producción; y en el caso del arrendatario es él quien trabaja y comercializa la producción, obteniendo el total de las ganancias, deducido el alquiler de la tierra. Una de las características sobresalientes de este espacio de producción es que no están delimitados los correspondientes a la vivienda familiar y el lugar de trabajo; generalmente las familias conviven con el espacio productivo: el espacio de la vivienda parece prolongarse hacia los hornos.

El proceso de trabajo tiene diferentes fases: la preparación del material, la mezcla; el moldeado; secado del ladrillo; armado y carboneo del ladrillo en el horno; traslado del ladrillo desde la cancha de secado al horno; encendido del horno; quemado del ladrillo y descarga y selección del ladrillo para su venta. La producción de una tanda de unos seis mil ladrillos puede extenderse una semana o más si las lluvias impiden el secado.

Así explica Ana el proceso:

“... primero hay un lugar, como un pozo, y la tierra se llena ahí en ese lugar, eso viene con un tractorcito que tiene una palita, la tierra, y lo relleno con todo ese pozo, y entonces ahí con agua y se remoja toda la tierra esa blanda, se remoja, y cuando está bien remojada, le echamos la liga, la viruta, o lo que sea, le echamos y hay una rueda grande que gira en el medio de ese pozo, entonces lo giramos, da vuelta, se mueve y se mezcla ahí, cinco horas lo mueves y terminas lo tapas, tres, cuatro días y vas sacando de a poquito carretillas, cargas ahicito y lo llevas a la pista plana, donde está la canchita de futbol, ahí cortas el ladrillo ahí, y ahí se seca, si hace sol al mediodía ya lo encuentras sequito, y los apilas, al ladrillo, es barro bien seco, para ir al horno tiene que ser barro bien seco, sequito ya, y recién ahicito armar, y llevas en carretilla también, de esa pista, donde se arma el horno, y armarlo ahí, con carbonilla, todo eso que le ponemos”
(Entrevista realizada en junio de 2016).

La venta puede ser directa (a consumidor final) o indirecta (por medio de intermediarios, generalmente comerciantes mayoristas o constructores de grandes obras).

Tanto en el caso de los medieros como el de los arrendatarios, cada una de las familias cuenta con las herramientas necesarias para el proceso de producción que se realiza mediante “fórmulas tradicionales” y dentro de la parcela que le es destinada. Se destaca “el pisadero”, que ocupa gran parte del terreno, donde se prepara la mezcla, generalmente compuesta por una rueda al estilo “malacate” que gira a tracción, con la ayuda de un tractor o a fuerza de sangre, ambas formas conviviendo en el caso de las familias de “Boliche de Palo”.

Dentro de ese proceso de trabajo, la mujer es participe activa, interrumpiendo su labor productiva solo al momento del “encendido” del horno, tarea que es destinada a los varones. Francisca perteneciente a familia arrendataria lo relata así

“... estás vieja me dice mi hermana, pero es el trabajo, acá te pones vieja, y mirá que soy más joven que mis hermanas, pero yo trabajo en el ladrillo, hago todo, desde que aprendí cuando hemos llegado, no me deja prender el fuego al horno, no me ha enseñado, igual sé hacer también” (Entrevista realizada en mayo de 2016).

Ana explica su día a día

“... nosotros a las cinco ya estamos despiertos, no ponemos la hora, si hiciste la mezcla tenés que estar cortando, después tenés que levantar el ladrillo y no seca, tenés que esperar cuatro o cinco días. Recién después tenés que amontonar, otra vuelta, armar el horno, y cuando seca, bajar y ver que sirvan. Cada horno tiene seis mil ladrillos ¿te parece”

La participación del grupo familiar, mujeres y niños es constante, sobresale el aprender el oficio desde muy pequeños. Tal como afirma Isabel hacia su hijo menor

“... mirá, este tiene cuatro añitos y ya trabaja, la hermana le va enseñando, ya entiende, de chiquito” (Entrevista realizada en agosto de 2016)

De este modo se subraya la imbricación - tal como las labores que emprende la mujer en el cortadero- del espacio de recreación de la vivienda con el de producción, desdibujando los límites entre el juego y el aprendizaje del trabajo. En nuestro trabajo de campo pudimos constatar que los chicos juegan al fútbol delimitando la “cancha” entre las pilas de ladrillos, cerca del horno y/o del pisadero. Como nos relatan:

“... mis hijos saben y por ahí compiten quién lo hace más rapidito, y hasta de chicas aprenden así, como divertirse” (Ana. Entrevista realizada en junio de 2016).



Ilustración 7. Trabajo de campo en un cortadero de ladrillos (Villa María). Mayo de 2016.

El aporte de la fuerza de trabajo familiar les ayuda a incrementar la producción con menos costo, particularmente porque como nos explican, si llueve y el clima les impide trabajar por algunos días, se reduce la producción. La imposibilidad de contar con el “cortado” y el “secado” en los tiempos previstos les acarrea dificultades para la obtención de sus ingresos, ya que “sino levantas, no vendes”. Los imperativos del trabajo, sea para cumplir con la producción a tiempo según las obligaciones pautadas con el comprador, sortear las inclemencias del tiempo, el trabajo familiar tanto como el proceso artesanal sin inversión en otra tecnología, requiere de la participación del grupo familiar como aporte necesario para la subsistencia de las unidades domésticas que residen en el cortadero.

Sin embargo, esta tarea, tal como en el caso de la horticultura, no releva a las mujeres de otro imperativo, son ellas las que cocinan, lavan, tejen, se encargan del aseo de la vivienda y de los hijos/as.

Las viviendas son de adobe, techos de chapas y paja, con aberturas pequeñas y en muchos casos casi sin ventilación. En su mayoría cuentan con dos ambientes: una destinada a la cocina y otra como dormitorio, sin baños al interior de la vivienda. El espacio destinado al aseo personal está por fuera y compartido por las familias que viven en ese lote. Cocinan en

una galería, a leña, mediante estufas de hierro o el horno de barro que está poca distancia de la casa.

La distribución del tiempo queda imbricado entre las tareas productivas y reproductivas que emprenden en su cotidianidad. Francisca, quién cocina para todo el grupo familiar, comenta

“.. el agua siempre está ahí calentita, al ladito del horno, yo pongo el tacho en el fueguito, así cuando venís no tienes que esperar tanto” (Entrevista realizada en mayo de 2016)

La disposición de las viviendas dentro del terreno les permite manejarse de manera constante entre las dos actividades. Acompañando a Ana y su grupo familiar todo un día en el cortadero observamos concretamente la inexistencia de límites entre la actividad productiva y la reproductiva. Ana por momentos lavaba la verdura y sin que mediara un corte, estaba contando los ladrillos y enseguida despertando a sus hijos más pequeños que descansaban en la casa. La utilización continua del espacio permitía que en cada momento se acomodara a los tipos de tareas. Al llamarle la atención sobre ello, Ana simplemente afirmó “soy inquieta”, no advirtiendo la adversidad de las condiciones y naturalizando estas labores como un “deber ser” de acuerdo a lo aprehendido y vivido durante su trayecto de vida, como mujer y como migrante.

Asumen la responsabilidad de que asistan los niños a la escuela a pesar del esfuerzo que les significa al tener que llevarlos y traerlos por la larga distancia y la falta de movilidad. María Teresa acompaña todos los días a sus dos hijos a la escuela rural “Julio Roca”:

“... es lejos la escuelita, cansa caminar tantito, ir hacia allá, hora y más caminamos”
(Entrevista realizada en mayo de 2016).

Así mismo la falta de posesión y utilización de tecnología, sea para aliviar el trabajo doméstico, como aquellos de uso personal, por ejemplo, celulares, depende de la disposición de otros miembros del grupo familiar, hijos mayores y/o su pareja/esposo. Francisca, cuando le pedimos poder contactarnos nuevamente y establecer día y hora para el próximo encuentro, nos respondió:

“... al celular de mi marido, yo quiero tener pero es mucha plata, él me lo da si tengo que hablar con alguien, con mi hermana es cuando más se lo pido” (Entrevista realizada en mayo de 2016).

En general estas mujeres no cuentan con estos recursos que suelen convertirse en un uso familiar pero administrado por el esposo/pareja o el hijo mayor. Se resalta esta disposición en relación al manejo de cualquier tipo de medio de traslado familiar. En el caso de poseer automóvil y/o motocicleta, las mujeres aducen a ciertas precauciones para su uso, como no conocer la ciudad para movilizarse y/o no contar con la documentación necesaria, situación que María Teresa nos confirma:

“... yo no salgo nunca, mi marido va, viene, a la cancha, al centro, en el autito, esta medio medio, igual casi yo no, me da miedito, dónde, si cuando ellos se van siempre me quedo por aquí, haciendo algo” (Entrevista realizada en mayo de 2016).

Estas limitaciones reproducen la división sexual del trabajo ubicando al varón como proveedor en base a una relación autoritaria y vertical. Es el varón, esposo/pareja, quién establece el modo en que se distribuyen los recursos. La falta de reconocimiento de la simbiosis de las labores que emprenden desde niñas dentro de la unidad familiar como aporte a la misma prevalece, aún lejos de su origen.

Como en el caso de las horticultoras, al interior de la unidad doméstica, se manifiesta una división sexuada del trabajo que caracteriza su lugar no reconocido que se amplía hacia el mercado de trabajo, lo cual, por un lado, nos advierte de las limitaciones del concepto de trabajo, al ser entendido únicamente como sinónimo de actividad laboral y/o empleo extra familiar; por otro, articuladamente, cuando deja de lado la desjerarquización laboral producto de la clasificación social instituida por la colonialidad.

4.3.4. Las Urbanas: trabajadoras “amas de casa”

Las mujeres migrantes bolivianas ubicadas como “amas de casa” se diferencian del caso de las periurbanas desde varios sentidos. Llegan mediadas por una migración en etapas entre regiones de Argentina, ligadas a una trayectoria transnacional e interrumpiendo sus trayectos laborales para dedicarse a las tareas del hogar.

Las unidades domésticas se reducen al grupo familiar, quedando en manos del varón el trabajo productivo. En el caso de Villa María /Villa Nueva ellos se insertan en el trabajo de la construcción, mercado particularmente masculinizado

Ilustración 8. Barrios de la ciudad de Villa María según asentamiento de las Migrantes



Fuente: elaboración propia. Agosto de 2016.

Este espacio de trabajo en Argentina, se afianza en las grandes urbes a fines del siglo XX y se extiende luego a otras regiones del país (Mármora, 2014) tal es el caso de la ciudades de Villa María y Villa Nueva, en lo que va del siglo XXI. Las tareas vinculadas con el oficio están estratificadas en una escala de tareas que de menor a mayor responsabilidad y especialización se pueden diferenciar en: ayudante, medio oficial, oficial especializado. Entre

los migrantes trabajando en la construcción encontramos diferentes categorías de trabajadores, pero en cualquiera de los casos se destaca la subcontratación o tercerización, modalidades en donde prima la informalidad con exclusión de los trabajadores dentro de los regímenes de seguridad social (Aruj, 2012).

Las redes sociales conformadas desde el origen y particularmente en las grandes urbes del país se convirtieron en un recurso invaluable para ingresar y vincularse con las empresas constructoras, mediadas por la circulación de la información y apoyo entre connacionales. Dentro de los recursos de la red confluyen también los bienes materiales, que pueden ser pagos complementarios, acceso a materiales de construcción sobrantes posibilitando construir su propia vivienda. Tal como lo afirma Patricia Vargas (2005) el conocimiento que se adquiere en “la obra”, donde se aprende el oficio, se transfiere al espacio doméstico, lo cual permite la edificación de la propia vivienda.

En el caso de VM/VN las familias urbanas van construyendo sus viviendas en etapas, según disponibilidad de tiempos y recursos, como lo refiere Filomena “en construcción, falta algo terminarlo”. Se trata de viviendas “urbanas-marginales” (Merklen, 2005, p.136) marcadas por las carencias materiales. Aunque se cuenta con el tendido público de las redes de servicios - agua y cloacas, eléctrica y gas - el acceso hacia el interior de las viviendas es más limitado, característica que en general se destaca en el barrio, atribuibles a las condiciones socioeconómicas de estos pobladores. En el caso de las viviendas de las mujeres migrantes bolivianas, pudimos apreciar la inexistencia del servicio de la red de gas natural al observar otros modos de calefaccionarse y por las afirmaciones de estas mujeres que al referirnos al tema nos explicaron que “pasa ahicito, en la vereda”. En general aducen su carencia al preferir invertir en otras comodidades del hogar, tales como construir más habitaciones, la compra de aberturas, cerramiento externo de la vivienda, entre otros.

Las viviendas cuentan con una o dos habitaciones, cocina y baño interno, edificadas en terrenos que adquieren o son cedidos por el Estado Municipal según la planificación anual establecida. En nuestros casos, según las mujeres entrevistadas, la tenencia aún no es definitiva y queda dependiente dicha posibilidad de los trámites legales a realizar desde el Estado municipal. Dato que asimismo no podemos generalizar, requiriendo de un trabajo de campo más exhaustivo, especialmente si consideramos que la “escalera” de movilidad ascendente

también cruza esta actividad. Ascender en los puestos de trabajos les proporciona mayores ganancias para construir sus viviendas y/o alquilar, a diferencia de la horticultura y de los ladrilleros, lo cual queda más difuso dentro de los distintos barrios de las ciudades.

La disponibilidad de servicios de transporte y el acceso a los centros de salud, los denominados Municerca (centros de atención municipal barrial) y los establecimientos educativos, particularmente de enseñanza primaria, les facilita una accesibilidad a recursos que no tienen las migrantes periurbanas.

Pese a estas “ventajas” parciales, la residencia en espacios urbanos no los excluye de enfrentar los estereotipos producidos por las diferencias étnicas por parte de quienes conviven con ellos en los espacios cotidianos del barrio. La discriminación sobresale en las mujeres migrantes bolivianas que residen en el barrio La Calera. Julia, proveniente de Cochabamba (Bolivia) expresa “algunos son, te gritan, así, bolita” o “te tiran alguna piedra, por ahí cuando estoy en la casa”, marcando diversas representaciones e interacciones cotidianas que remiten a su identificación e individualización a partir de aspectos sociales, culturales y étnicos, comprendidos como rasgos de la “bolivianidad”, como esos “otros” que irrumpen el espacio nacional.

La estigmatización se atenúa o aún desaparece en el vínculo con los efectores públicos que atienden en las instituciones de sus barrios, entablando buenas relaciones con médicos/as y trabajadores/as sociales. A diferencia de las trabajadoras de la horticultura y los cortaderos. Las mujeres amas de casa al residir en la zona urbana adquieren otras destrezas a partir de su cotidianidad. Se relacionan con los efectores públicos y utilizan los servicios que brindan con mayor asiduidad. Estos vínculos los generan por sus iniciativas o son forjados por los mismos referentes de los servicios públicos barriales, con sus visitas y/o seguimiento que realizan, especialmente relacionados a la prevención de la salud y la escolaridad de los hijos/as.

Las mujeres urbanas migrantes dedican al trabajo reproductivo el tiempo completo. La organización de sus tareas abarca la reproducción biológica, alimentación, procreación, cuidado de la salud, asistencia y manutención, las tareas domésticas de subsistencia y de reproducción social. Es una posición que asocia lo reproductivo como un lugar de no-trabajo, como una obligación que poseen como madres y esposas/parejas, lo que se resalta en la asignación de tareas al interior de la unidad doméstica. En todas estas actividades, se afirman

como responsables únicas y la colaboración del esposo/pareja es prácticamente nula. Lo que atestigua Julia cuando refiriéndose a ello sostiene

“... él entra y sale, como trabaja yo hago todo, no se limpia los zapatos cuando entra”
(Entrevista realizada en octubre de 2016).

Y también aduce Diana al mencionar la llegada de su esposo de la “obra”

“... tempranito voy a comprar para cocinarle, él llega, come y se va a dormir o mira televisión, yo ya estoy cansada igual dejo todo limpito” (Entrevista realizada en Octubre de 2016).

Bajo la responsabilidad del varón “proveedor” quedan otras tareas como, por ejemplo, las vinculadas a gestiones administrativas del hogar y la compra de insumos. Los esposos/parejas valorizan escasamente del trabajo del hogar y otorgan muy poca independencia a las mujeres en el manejo de los ingresos. Afirmaciones como “no manejo nada de dinero”, “él se enoja cuando gasto pero todo cuesta”, “vamos juntitos, el paga todo” reafirman su lugar de “reproductoras”.

En su cotidianidad, ésta rigidez en la ejecución de las tareas se transparenta en otra restricción: el disfrute del tiempo de ocio. Como nos relata Felisa, cuyo esposo se ausenta por tareas productivas durante toda la semana:

“... los días domingos cuando está mi esposo corro más que otros días, como él trabaja en otro lado, no tengo mucho tiempo porque llevo y traigo a mis hijos de la escuela, del conservatorio a aprender violín, mi hijo a deporte, y el domingo cuando hago el pan, en el hornito, tengo un poquito más de tiempito, él no quiere, no le gusta cambiar el pañal, yo hago todo cuando está, a veces se va a la cancha, pero siempre yo con la casa y los chicos” (Entrevista realizada en septiembre de 2016).

El *ethos* de la domesticidad hacen emerger al interior de la unidad doméstica los modos patriarcales tradicionales de división de las tareas, limitando la elección de otras actividades posibles en función de intereses afectivos y/o económicos. Sin embargo, en dicha posición de subordinación su posición de amas de casa es referenciada como una ruptura más o menos consciente de la sujeción a la que se vieron sometidas durante su trayecto laboral desde el inicio hasta el afincamiento. La percepción más relevante de esta sumisión anterior se refiere a la imposibilidad de crecimiento económico, cultural y/o social particularmente

para otorgar otras oportunidades a su descendencia. Se menciona “el cansancio”, “no poder ahorrar”, “no poder darles otras oportunidades a sus hijos” o “no poder acompañarlos en su crecimiento” que producía el trabajo en los talleres textiles o el empleo doméstico, lo que sumado al trabajo realizado dentro de la unidad doméstica ocupaba todos sus tiempos. Elvira, quién trabajó en talleres textiles resalta esa ruptura:

“... ahorita, yo voy a mi hijo a recoger, siempre voy a controlar cómo se está portando, ninguna materia está baja y me felicitan, sino allá no podía todo esto, trabajas, trabajas, no puedes otra cosa” (Entrevista realizada en octubre de 2016)

Como sostuvimos, las condiciones de trabajo en las que se encuentran las mujeres migrantes bolivianas no dejan de reafirmar las diferencias de género, interseccionado por la articulación de las variables de su clase social y etnia/raza, que derivan en la simbiosis del trabajo productivo y reproductivo y en el trabajo reproductivo propiamente dicho, según la posición como trabajadoras en el espacio local. Posiciones que revisten una lógica distinta en términos de opresión como de resistencia, lo que nos proponemos analizar en el siguiente apartado.

4.4. Resistencias de las mujeres migrantes bolivianas

El reto de este apartado es seguir las huellas desde su vida cotidiana de la posibilidad de apropiación de las relaciones intra-hogar y el reparto de las tareas del trabajo reproductivo/productivo, ya sea en las hendidias que presentan las prácticas como en las posibilidades de su subversión.

En ese sentido y con la intención de ser precavidas y de “no borrar” los modos y experiencias diversas y situar a estas mujeres en sus propias historias y como portadoras de conocimiento (Curiel, 2011) procuramos dar cuenta de sus resistencias cotidianas en el desarrollo de su vida como migrantes y asociadas a las relaciones de género.

Sostenemos que, dentro de su situación e inserción subordinada en las unidades domésticas, las mujeres migrantes bolivianas negocian, reformulan y subvierten estratégicamente su situación desde actos de resistencia cotidianos, como grietas desde las que emerge *un discurso oculto* que es una manifestación reiterada de su posición dominada

aunque no devenga en oposición abierta (Scott, 2000). Nos referimos a esa capacidad de “testigas fieles” que adquieren al observar y escuchar lo que ven y viven al ser imaginadas y tratadas como inferiores, como no-personas por el poder y que “saben de los dobleces de la gente con poder” (Lugones, 2014); a una resistencia que se construye al poseer creencias, maneras de ver el mundo muy distintas a la retratada por la filosofía europea-moderna; en el uso y transferencia que realizan de costumbres, prácticas, maneras de moverse y de sentir y en el “pasar” de unas a las otras, de generación a generación, de mano a mano (Lugones, 2014).

Son esas manifestaciones que, presentadas desde James Scott (1985), se visualizan como una serie de acciones individuales, anónimas, que no confrontan directamente el poder local y, sin embargo, al volverse recurrentes, efectivamente alteran los mecanismos del orden social y van creando un discurso “secreto” que representa una crítica del poder dicha a espaldas de los dominadores.

En la línea de la antropología feminista, Moore (1999) da cuenta de la necesidad de no separar la esfera política de la esfera doméstica y discurre que la resistencia de la mujer frente al marido “se manifiesta en un rechazo a cocinar, a mantener relaciones sexuales, a efectuar las labores domésticas y agrícolas, en la puesta en circulación de rumores acerca de la pareja” (p. 213). Se trata de resistencias cotidianas “silenciosas” que las mujeres han sido proclives a ejercer fuera del Estado, “porque siempre han sido marginadas” (Ibídem, 214). A partir de tales resistencias el espacio de la vida doméstica, personal, es interpretado sin aislarlo de la vida no-doméstica y económica. Se trata en definitiva de la ampliación del espacio de “la política”.

En esta línea hablar de resistencia en nuestro caso no se refiere a “la protesta organizada” sino a reconocer a las mujeres migrantes bolivianas son sujetas con capacidad de acción, que, si bien se encuentran condicionadas por relaciones de dominación/explotación instaladas desde diversos dispositivos de poder, pueden en su hacer cotidiano evidenciar modos, saberes y acciones que subviertan dicha posición.

Siguiendo nuestra hipótesis de que los esquemas de dominación interseccionados restringen la disponibilidad de recursos para el ejercicio de la autonomía, nos preguntamos si la administración y uso del tiempo, dinero, relaciones y saberes se convierten en factores

relevantes para transgredir sus condiciones subordinadas al interior de las unidades domésticas.

Para nuestro análisis nos asentamos en sus relatos y las notas de campo que constituyen ese “dato” que refleja la interacción entre entrevistado y entrevistador y registra lo que muchas veces no se dice y queda plasmado en los silencios, en los sentimientos, en los gestos y los modos en que se establecen las relaciones entre los participantes. Particularidades que se reflejan y salen “al descubierto” en las actividades que hemos compartido en el trascurso del trabajo de campo.

Registramos elementos que sobresalieron como *armas de los débiles* (Scott, 2000) y que fueron tomando forma de acuerdo a decisiones y/o acciones que emprendieron ya afincadas en el espacio local.

4.4.1. Relaciones, tiempo, dinero y saberes

En el caso de las “amas de casa” establecer redes sociales por fuera de su grupo familiar, particularmente con las trabajadoras sociales de los centros de asistencia ubicados en el barrio donde viven y con el pastor de la Iglesia a la que asisten les habilitó otras posibilidades. Este mundo abierto le permitió a Filomena, por un lado, el poco tiempo de afincarse, reunirse con su hijo mayor luego de diez años de separación, tiempo en el que había quedado al cuidado de la familia de su progenitor. Filomena comenzó su búsqueda a través de internet y se apropió del uso y manejo de las tecnologías de información y comunicación asistida por la trabajadora social del barrio. La búsqueda de Filomena fue su iniciativa, sin acompañamiento de su pareja. Por otro lado, en los últimos meses, poco tiempo antes de conocernos, conseguir trabajar como empleada doméstica en la casa de familia de la médica del centro asistencial, al cual recurre, en el barrio donde vive.

Durante nuestro trabajo de campo, al reunirnos para realizar la entrevista pautada en su domicilio, nos sugirió un horario que coincidiera con la ausencia de su pareja, del hogar, para “hablar sin que escuche”. El día de la entrevista se encontraba de visita en su hogar la madre de su pareja, quién en ningún momento participó verbalmente de la entrevista, pero se convirtió en referente de algunas de las respuestas, tal como se resaltó al preguntarle sobre

sus labores domésticas cotidianas, quién, haciendo un gesto de reprobación y señalando a su “suegra” nos expresó, casi susurrando

[Acercándose a mí, en voz muy baja, me dice que desde la llegada de su suegra hay que preparar todo, hasta la mesa, para que no tenga que esperar su marido. Nos dice que ella se toma otros tiempos, pero respeta la visita y costumbres de su suegra para no tener problemas] (Notas de campo, 10 de septiembre de 2016).

A través de Filomena llegamos a Felisa por las relaciones previamente establecidas entre ellas en la Iglesia Evangelista, con la intermediación de reuniones entre mujeres que organiza el “pastor”.

Felisa, cuyo marido se ausenta durante la semana laboral, persistió en el pedido a su pareja de “conseguirle un trabajo al marido de mi hermana”, concretado lo cual, pudo disfrutar de la fraternidad en el mismo barrio y establecer una pequeña sociedad familiar para vender pan casero en la zona. Las relaciones preestablecidas de Felisa con el pastor posibilitaron a las hermanas, en el comienzo de su emprendimiento, un círculo para su comercialización, cuyos ingresos actualmente se ven acrecentados al extender su venta en barrios lindantes. Los ingresos que consiguen los invierten en mejoras para su vivienda y/o enviar a sus hijos/as a estudiar “música” o “deportes” de acuerdo a sus deseos.

El hacer pan es un saber ancestral, adquirido desde pequeña y aceptado socialmente por sus pares propiciándole una relativa autonomía en el manejo de los recursos.

Tiempo para la fraternidad y un trabajo propio, relaciones extra familiares y connacionales, disposición de dinero y el saber campesino de hacer el pan, se conjugaron para que en la vida de Felisa la autonomía gane espacio.

Ella lo resume de este modo

“... te imaginas, solo me saca tiempo mis dos hijos, ya puedo salir, una vez que está el pan y vendemos las dos” (Entrevista realizada en septiembre de 2016)

También desde los espacios periurbanos se producen “discursos y prácticas ocultos” en la búsqueda de los recursos que posibiliten cierta autonomía. Teodora, trabajadora quintera, produce quesos para vender, reproduciendo un aprendizaje adquirido en su origen,

de su abuela, cuando viviendo con ella, debía aportar a la subsistencia de su grupo familiar. Así lo recuerda

“... en el campo teníamos cantidad de chivas, hacíamos como dos quesos grandes y lo vendíamos por kilo. Acá mismo lo hago ahora, tengo que ir a traer la leche como 20 litros de leche, de un tambo, y me pongo a hacerlo, a la mañanita, allá hacíamos eso para vender, todas vivíamos con mi mamá y mi abuela, mis hermanas, ellos no, los varones” (Entrevista realizada en marzo de 2016)

Teodora valora la ventaja de obtener ingresos “sin patrón” y afirma “te conviene vender el queso y no ser peón, tener patrón”. Esta producción le permite compatibilizar, de modo más elástico y menos costoso, las tareas reproductivas y productivas, aun siguiendo la lógica del origen lo que resalta cuando rememora sus vivencias de pequeña:

“... era diferente, salíamos a vender allá en mi pueblo, y volvíamos tarde, hasta que vendíamos todo, al otro día yo ayudaba a mi abuela con la casa o salía de nuevo a vender” (Entrevista realizada en marzo de 2016)

Esta mayor autonomía que en cierta medida proporciona la venta ambulante y la disposición de dinero resulta sumamente valorada. A diferencia de Felisa a la cual la venta ambulante le permite socializar con vecinos y otras familias bolivianas urbanas señalando “yo conocí muchos vendiendo, eso me gusta”, a Teodora, el trabajo cotidiano en la quinta y las distancias del centro urbano, le impiden expandir sus redes y mejorar sus ingresos.

Asimismo, otras resistencias cotidianas que desafían la posición de subordinación y van más allá del dominio familiar, son aquellas amparadas en los saberes ancestrales que poseen. Graciana, trabajadora hortícola, en distintos encuentros nos fue relatando y enseñando sobre los “yuyitos” que utiliza para “curar” ciertas dolencias y que registramos oportunamente al recorrer con ella la parcela que trabaja:

[caminando por el campo, Graciana nos va explicando que verdura es la de cada surco y nos indica que toquemos con nuestras manos ciertas malezas que nacen entre su verdura. Maleza que es debidamente cuidada por Graciana y utilizada para distintos tipos de dolencias, como la denominada ortiga, que nos dice ‘es muy utilizada para los dolores de las mujeres’, como así también para prevenir la caída del cabello]. (Nota de Campo, 03 de marzo de 2016)

Este conocimiento le otorga a Graciana cierto reconocimiento de parte de los demás trabajadores, como poseedora de un saber al cual recurren al sentirse “enfermos”.

Son saberes que, conjuntamente con su lengua de origen, le son propios y fueron transmitidos generacionalmente desafiando las lógicas de la colonialidad de poder y de saber (Quijano, 2000) y se transforman en una práctica silenciosa que resguarda otros modos de conocer, descalificados bajo la cualidad de tradicionales y por ello atrasados.

Otro elemento que queremos remarcar del lado de las resistencias fue la disposición de revertir su condición de analfabetas. Conocer la lectoescritura les permite mayor aceptación, comprensión y diálogo con los efectores públicos, colaborar en las tareas escolares de sus hijos/as, darse la oportunidad que carecieron durante su niñez y adolescencia, romper con la dependencia al realizar trámites institucionales y otros asuntos de la vida cotidiana. De acuerdo a ello, Ana, trabajadora del cortadero, resalta esa posibilidad como una ventaja:

“... quiero poder ayudarlo al más chico con la tarea de la escuela, pero yo no entiendo
(Entrevista realizada en junio de 2016)

Mientras, Reina, trabajadora quintera, en la misma línea subraya:

“... deseo leer y escribir, pero siempre ando trabajando, de chiquita nomás he ido”
(Entrevista realizada en febrero de 2016)

Este deseo se extiende a otras mujeres, sin distinción de su ubicación laboral. Nuestro equipo ha emprendido una tarea de educación popular acompañando a un grupo de alfabetizadores, estudiantes y docentes pertenecientes a la Universidad Nacional de Villa María.



Ilustración 9. Cortadero “Boliche del Palo”: alfabetización intercultural. Marzo de 2017.

El proyecto de extensión, de reciente comienzo, pretende articular los saberes, mediado por un dialogo intercultural, de modo de generar una transferencia de saberes de modo recíproco y sin jerarquías. Lo que significó acordar horarios y lugar, considerando las diferentes ocupaciones de acuerdo a los espacios laborales. Si bien, es una experiencia que está en marcha, los lugares comunes que ya logramos construir se convirtieron en espacios de solidaridad, de acompañamiento y charlas cotidianas “entre mujeres”. Aprendemos cada día y nos sorprendemos de las posibilidades que se abren al reconocer los saberes de la “otra” como una práctica que nos desafía a superar el prejuicio que asume la superioridad de ciertos conocimientos sobre otros y no deja de presentarse como “un escollo que ha de superarse desde ambas perspectivas del espectro” (Mignolo, 2003, p. 21).

Las resistencias emergen diferencialmente según los modos que organizan las tareas que llevan adelante en su vida cotidiana, las cuales esbozan el “lugar” creado, habitado y ejercido por ellas.

En el caso de las amas de casa, el dedicarse al trabajo reproductivo y residir en los barrios de la ciudad de Villa María les ha permitido extender sus redes, como un acto oculto a la mirada del varón proveedor. Poder administrar los tiempos dedicados al trabajo reproductivo les abre posteriormente, conjuntamente con el saber que poseen y/o han aprendido en origen y/o en su trayecto laboral, la posibilidad de obtener otros ingresos. Ingresos que invierten de acuerdo a decisiones que toman autónomamente, en general,

tendientes a garantizarles a sus hijos/as otras oportunidades educativas, de las cuales ellas fueron carentes.

Con respecto a las mujeres inmersas en el trabajo de la horticultura, el manejo de los recursos es más escaso. Se resalta en ellas la apropiación y el uso de saberes ancestrales y generacionales que les habilita otros “espacios”, teñidos de reconocimiento, pero con menores posibilidades de ingresos. Se visualizan las limitaciones para lograr extender sus redes y manejar los tiempos, sumidas en su doble tarea diaria, más determinante, aún, al estar ubicadas en el espacio periurbano.

En el caso de las mujeres dedicadas al trabajo de la confección del ladrillo, la simbiosis del trabajo productivo y reproductivo, más aún que en el caso de la horticultura, les resta toda posibilidad de contar con tiempos para su uso personal. En el cortadero la disposición de los espacios de trabajo productivo y reproductivo es aún más demandante que en la quinta, no hay división de tiempo, las labores se desarrollan articuladamente, sin horarios prefijados. En todo caso, el recurso que poseen es su lengua de origen, que es utilizado como un “lenguaje que resiste” a los imperativos de un orden mayor, que rebasa, tal como el caso de Graciana en la horticultura, el ámbito familiar. Podríamos sostener que es ese discurso oculto que procede de declaraciones que se censuran en presencia del poder, sea por la naturalización de una comprensión de la salud/enfermedad centrada en el sistema médico occidental y/o contrariando el uso del lenguaje oficial y nacional.



Ilustración 10. Cortadero “Boliche del Palo”: alfabetización intercultural. Abril de 2017.

Desde estas pequeñas señales, el poseer tiempo y poder administrarlo, se presenta como el recurso que desafía y a la vez favorece otro camino posible para escalar espacios de autonomía. Como una autonomía que se concretiza según sus particularidades, pensada, propuesta y planteada desde su lugar, tal como surgió el deseo de alfabetizarse. Espacio que enlaza un hecho concreto, material, tangible, práctico y reconocible con un conjunto de hechos subjetivos y simbólicos que las lleva, por sus propias decisiones, a reacomodar sus tiempos y postergar las tareas reproductivas, principalmente.

En síntesis, las condiciones de inicio marcan aprendizajes de subsistencia, a los cuales adhieren y engrosan durante su trayecto laboral bajo un patrón migratorio familiar lo que favorece los procesos de dependencia y les limita apropiarse de ciertos recursos. Sin embargo, las resistencias que emergen, mediadas por acciones, discursos y deseos, dan cuenta en mayor o menor medida -de acuerdo a la posición que ocupan y experimentan diariamente- de actos, discursos y prácticas que emergen como “grietas ocultas” a medida que logran apropiarse de ciertos recursos, tales como: tiempo, extender sus redes, dinero y saberes. Es decir, como esa insurrección ocasional que se nutre de la disposición de un mínimo de recursos. Insurrección que emerge y se articula de modos diversos y se dan justamente por la indefinición de los tiempos entre labores, que no son naturales y/o universales, se establecen como un *continuum* y dependen de concepciones sociales y de los poderes dominantes que determinaron sus modos de articulación, imprimiéndole características particulares.

Conclusiones

Las perspectivas del feminismo decolonial y la interseccionalidad articuladas a las migraciones nos brindó un espacio de indagación para examinar las implicancias de la colonialidad hacia las mujeres migrantes bolivianas afincadas en las ciudades de Villa María y Villa Nueva, trabajando en la horticultura, la confección del ladrillo o como amas de casa.

La operatoria y la clasificación poblacional y geográfica instituida por la colonialidad se trasluce en el contexto migratorio sur-sur al reforzar complejas estructuras de subordinación que ligan posiciones sociales con pertenencias de clase, de género y de raza/etnia. La categoría “mujer migrante boliviana” emerge como portadora de esa clasificación y viene a dar cuenta de las opresiones de las cuales ha sido producto.

En el trabajo empírico, nos propusimos mapear sus trayectorias como mujeres y trabajadoras, y develar aquellas relaciones de poder que se dan al interior de las unidades domésticas en el afincamiento.

La conjunción entre trabajo productivo y reproductivo al interior de la unidad doméstica y los intersticios que se abren en la vida cotidiana entre ambos nos resultó un ámbito de indagación fructífero para comprender las dinámicas, similitudes y diferencias que las migrantes bolivianas presentan en relación al trabajo.

Podemos sintetizar ahora tres ejes de nuestro trabajo empírico: a) Las trayectorias de vida como mujer migrante boliviana y los efectos de la opresión y subordinación que las caracterizan en su vida migrante; b) la intersección de opresiones en la unidad doméstica; y c) las resistencias subterráneas que habilitan espacios de autonomía.

Trayectorias

Desde lo macro en el capítulo 2 hemos mostrado que, si bien hay una tendencia cuantitativa general al predominio de mujeres entre los flujos migrantes hacia la Argentina (fenómeno de características extendidas en el mundo), lo que se ha llamado “feminización de las migraciones” no es propia del colectivo boliviano. En cambio, se infiere desde los datos, que se va arribando a una paridad entre varones y mujeres en la etapa transnacional.

En los períodos anteriores - fronterizo y regional - predominaba la masculinidad y los varones se desplazaban en forma más o menos temporaria, aunque cuando se estabilizaban lo hacían en familia. A partir del período transnacional, continúan los patrones de migración predominantemente familiares. Esto es, hay una constancia en el patrón predominante cuando se trata de desplazamientos que terminan con afincamientos estables.

Desde la perspectiva cualitativa de nuestro trabajo empírico, conforme a la tipología que construimos según su momento de llegada a la región - pioneras y recientes – refirmamos la movilización en contextos familiares. En el caso de las pioneras, desde el comienzo, su trayectoria se incluye en un grupo familiar, llegando a Villa María y Villa Nueva con ninguna o escasas redes migratorias. En las de migración reciente, en cambio, la movilización puede ser en familia o a solas, pero fuertemente asociada a redes ya consolidadas. En aquella, mujeres que comienzan su recorrido solas en algún punto de su trayecto hicieron pareja y armaron familias con las que se afincan en la región.

En términos generales podríamos decir que los estudios tradicionales sobre migraciones han invisibilizado a la mujer y construido periodizaciones de acuerdo a patrones masculinos. Por otro lado, cuando se ha recuperado el tratamiento de género, la idea de “feminización” de las migraciones ha opacado la persistencia del lazo familiar en el colectivo boliviano. Esto nos previene contra la homogeneización del tratamiento del tema y nos invita a dar cuenta de las dinámicas regionales y laborales más las especificidades de los colectivos migrantes. Sin ir más lejos, en la región de Villa María y Villa Nueva existe un colectivo de mujeres colombianas que parece desplazarse con la lógica de la feminización. Comparar los flujos colombiano y boliviano sería una tarea de gran interés para comprender trayectos diferenciados.

En el caso de las mujeres con que trabajamos queda claro que el “optar” por cruzar la frontera aparece como concordante con la situación de precariedad que vivían en su origen, y la necesidad de enfrentar la inestabilidad económica y/o con el deseo de su pareja, ya fuera acompañándolos en su recorrido o permaneciendo en su lugar de origen a la espera de casarse y posteriormente comenzar su recorrido hacia la región.

También emerge como regularidad que, en su trayectoria, las mujeres migrantes bolivianas emprenden el trabajo productivo sin abandonar las tareas reproductivas, y por lo

general en entornos de supervivencia. El trabajo reproductivo es simbiótico con el productivo, es parte de sus vidas, aprehendido y practicado en su origen.

Las labores que emprenden en el ámbito productivo en su trayecto en los países de destino están condicionadas por su inserción en el sistema mundo contemporáneo que territorializa las relaciones de poder y pone en juego jerarquías de género/clase/raza para el acceso a los mercados de trabajo. De este modo los trabajos posibles se caracterizan por la precarización, invisibilidad e informalidad. En el caso de las mujeres con las que trabajamos, mientras las pioneras se dedicaron a las cosechas, algunas de las recientes se insertaron en talleres textiles.

Es decir, los trabajos que emprenden en las sociedades contemporáneas ponen de manifiesto que las jerarquías imbricadas de género/clase/raza son un elemento constitutivo que responde a la lógica capitalista y patriarcal mostrando la imposibilidad de considerar a estas mujeres como trabajadoras independientemente de las relaciones de poder ligadas a dicha intersección.

Al final de los trayectos las ciudades de Villa María y Villa Nueva resultaron ser lugar de afincamiento, de permanencia. Podemos afirmar como conclusión que fueron las pioneras y sus familias quienes, con el tiempo, generaron redes migrantes en la región, construyendo vínculos con familiares y/o coterráneos lo que abrió la posibilidad del arribo de los y las migrantes recientes para quienes disminuyen las incertidumbres y aumentan los apoyos.

La decisión del afincamiento se vincula a varios factores entre ellos al nacimiento de sus hijos/as en la región, los vínculos consolidados, la posibilidad de educación para los niños y niñas y la oportunidad de una vivienda. Se suma a ello la percepción de seguridad de la región en relación a las grandes urbes, por donde ya han transitado. En ciudades más pequeñas disminuye la experiencia de la violencia que emerge de su condición de migrantes. Por esta recepción su percepción al afincarse en la región es la de una empresa cometida; lo transitorio deviene permanente.

Intersección de opresiones en la unidad doméstica

Hemos categorizado las experiencias femeninas según las labores que realizan: en el espacio periurbano - horticultura y cortaderos-, y en el urbano -amas de casa. Se trata de ámbitos revestidos de informalidad y en tanto trabajo, en un sentido tradicional, subvalorados. En los tres espacios la relación de dominación y autoridad de género, así como la asignación de roles con el trabajo femenino devaluado al interior de la unidad doméstica se presenta transversal. Se reproducen las desigualdades de inicio, cuya asimetría no se redujo, aun cuando en el caso de las mujeres de migración “reciente” comenzaron su recorrido solas. La subordinación frente al varón se produce desde corta edad y a lo largo de su trayecto migrante.

Dentro de estas condiciones generales la vida cotidiana se presenta heterogénea según los ámbitos y distintas las formas concretas de organización del trabajo.

En el caso de las trabajadoras ubicadas en la periurbanidad, el trabajo productivo se solapa y se entrelaza con el reproductivo, mostrándose la imbricación con más fuerza en las trabajadoras del ladrillo. Allí no hay separaciones ambientales claras entre el horno y la casa y menos aún en los tiempos de atención a la producción de ladrillo y las tareas domésticas. La continuidad imposibilita delimitar tiempos y espacios entre una y otra dimensión del trabajo.

En la horticultura se reproduce ese patrón, pero la demarcación más nítida entre las quintas y la vivienda lo que permite delimitar tareas propias de la atención a los cultivos con las del quehacer doméstico.

En las amas de casa, dedicadas a las tareas reproductivas, su propia representación las vincula a la "la familia" en tanto dominio opuesto a lo productivo y sus labores inferiorizadas como trabajo no productivo y, por lo tanto, no remunerable. Se mantiene el papel subsidiario que se ha impuesto a las mujeres a lo largo de la historia que se profundiza frente a otras opresiones en el caso de estas mujeres racializadas.

En los tres casos el trabajo reproductivo queda en manos de las mujeres de manera exclusiva. Cuando las mujeres en la horticultura y los cortaderos emprenden el trabajo

productivo al lado de su pareja/esposo, no se definen en relación a ello y consideran que la provisión de ingresos recae en la pareja.

Esto es, más allá de la heterogeneidad que presentan en sus trayectorias y labores que emprenden posteriormente afincadas en la región, en los tres casos el trabajo reproductivo y productivo queda entrelazado a los componentes estructurales de género, clase y raza. Es decir, el trabajo que emprenden se mantiene, coincidiendo con Ochy Curiel (2007), como la “materia prima” que el colonialismo occidental acentuó, el cual “no es asexuado sino que sigue siendo patriarcal, además de racista” (p. 100).

Resistencias

A lo largo del trabajo y de las horas compartidas fuimos comprendiendo los destellos de rebeldía de estas mujeres con respecto a su lugar subordinado a través de manifestaciones en sus actos cotidianos. Se trata de actos de resistencia “en la sombra” que emergen frente a las relaciones de poder que estructuran sus experiencias. Se trata de resistencias ocultas que no son relatadas y/o realizadas denuncias visibles, sino que aparecen como intersticios entre sus obligaciones diarias.

Estas resistencias se vinculan con cierta autonomía en el manejo de los recursos del tiempo, dinero, saberes y relaciones establecidas por fuera de la unidad doméstica. En el caso de las amas de casa, al contar con tiempo libre (en general por la ausencia laboral de su esposo/pareja) y residir en los barrios de la ciudad, los vínculos se extendieron y posibilitaron nuevas fuentes de ingresos. El manejo relativamente autónomo del dinero puso una tensión en los modos de control y dominio masculino tradicional de los recursos en el seno familiar, permitiendo una mayor capacidad de negociación para ellas. Es decir, tener el control de ese recurso económico abre un espacio con la posibilidad de alterar la capacidad reproductora del orden patriarcal y se constituye un elemento favorecedor de su autonomía.

También fue posible constatar la autonomía que otorga el manejo de dinero a las horticultoras, si bien mucho más acotado por la escasez de tiempo que dejan las labores productivas y reproductivas. En el caso de los cortaderos este recurso se reveló como

inexistente lo que es consistente con la falta de intersticios temporales en el entrelazamiento productivo-reproductivo.

En los tres casos los saberes como las prácticas aprehendidas en su origen devienen recursos que van más allá de los lazos desiguales al interior de la unidad doméstica y valoran lo que el saber eurocéntrico desprecia: el saber ancestral sobre plantas medicinales, las prácticas de comercio ambulante y su lengua de origen. En su día a día, estos conocimientos surgen como espacio de resistencia decolonial.

Interpretamos estas rendijas rebeldes como ajustes o arreglos en la vida cotidiana que pueden dar paso a procesos mayores para el alcance de autonomía, sin olvidar que más allá de los contextos locales y de las resistencias emergentes, son estas mujeres racializadas las que han asumido las consecuencias más adversas de la colonización y el desarrollo del capitalismo global, presentes hoy en su vida cotidiana.

Aperturas

Entendemos que ha sido fructífero el esfuerzo analítico de focalizar en el trabajo – el productivo, el reproductivo y sus intersecciones – en el que ha emergido también la posibilidad de resistencias. Será interesante observar con esta lente otros ámbitos - tales como el comercio ambulante, el trabajo textil, el empleo doméstico, el del cuidado, tareas más calificadas – así como otros colectivos migrantes. El ejercicio de comparación nos permitiría ampliar y comprender otros modos de gestionar y articular esas prácticas, así como los modos de enfrentar las opresiones. Desde este *locus* analítico es posible extender el análisis a las prácticas de maternidad, salud, educación, esparcimiento, amistad y parentesco.

Asimismo, articular las unidades domésticas a su entorno nos permitiría ampliar el análisis de modo de comprender cómo gestionan su convivencia en el plano nacional con instituciones públicas y/u organizaciones privadas, tanto como con los derechos y obligaciones que establecen las políticas migratorias, de ciudadanía y de regulación de los mercados laborales que pueden incidir constrictivamente o habilitar cambios que las favorezcan.

Habilitar la obtención de mayores recursos – tiempo, dinero, conocimiento o relaciones - para el ejercicio de la autonomía puede orientar políticas públicas de extensión universitaria como lo mostró el pequeño ejemplo de nuestra práctica de alfabetización.

Desde el punto de vista teórico y metodológico consideramos que la formulación de la interseccionalidad desde el feminismo decolonial se tradujo en una herramienta teórico-metodológica adecuada a fin de no reducir sus experiencias de vida y visualizar las opresiones múltiples que recaen sobre estas mujeres, lo cuales no son acabadas sino que emergen singularmente según el contexto.

Bibliografía

Amoros, C. (1997). *Tiempo de feminismo. Sobre feminismo, proyecto ilustrado, posmodernidad*. Madrid: Cátedra.

Anthias, F. (2006). Género, etnicidad, clase y migración: interseccionalidad y pertenencia translocalizacional. En P. Rodríguez, *Feminismos periféricos*. Granada: Alhulia.

Ariza, M. (2000). *Ya no soy la que dejé atrás... mujeres migrantes en República Dominicana*. México: Plaza y Valdés.

Aruj, R. (2012). Los trabajadores inmigrantes de la construcción. Su aporte y significación. El impacto de las migraciones en Argentina. *Cuadernos Migratorios N°2* - OIM. Oficina Regional para América del Sur.

Balán, J. (1990). La economía doméstica y las diferencias entre los sexos en las migraciones internacionales: un estudio sobre el caso de los bolivianos en la Argentina". *Estudios Migratorios Latinoamericanos*, año 5, N° 15-16, 269-294.

Barksy, A. (2013). *Gestionando la diversidad del territorio periurbano desde la complejidad de las instituciones estatales. Implementación de políticas públicas para el sostenimiento de la agricultura en los bordes de la región metropolitana de Buenos Aires: (2000-2013)*. Tesis Doctoral. Universidad Autónoma de Barcelona, Facultad de Filosofía y Letras, Departamento de Geografía. Barcelona.

Beltrán, E., & Maquieira, V. (2005). *Feminismos. Debates teóricos contemporáneos*. Madrid: Alianza Editorial.

Benencia, R. (1997). De peones a patrones quinteros. Movilidad social de familias bolivianas en la periferia bonaerense. *Estudios migratorios latinoamericanos*, año 12, N° 35, CEMLA, Buenos Aires.

_____ (2006). Bolivianización de la horticultura en la Argentina. Procesos de migración transnacional y construcción de territorios productivos. A. Grimson, & E. Jelin, *Migraciones regionales hacia la Argentina. Diferencias, desigualdad y derechos*. Buenos Aires: Prometeo Libros.

_____ (2008). Migrantes bolivianos en la periferia de ciudades argentinas: procesos y mecanismos tendientes a la conformación de territorios productivos y mercados de trabajo. M. Novick, *Las migraciones en América Latina*. Buenos Aires: CLACSO.

_____ (2009). El infierno del trabajo esclavo: la contracara de las 'exitosas' economías étnicas. *Avá* N°15. Obtenido de <http://www.scielo.org.ar/pdf/ava/n15/n15a02.pdf>.

_____ (2012). Participación de los inmigrantes bolivianos en espacios específicos de la producción horícola en la Argentina. *Política y Sociedad*, 49. N°1, 163- 178.

- Benencia, R., & Quaranta, G. (2016). El papel de la mediería en el agro moderno. Producción de leche y hortalizas en la Pampa Húmeda bonaerense. *Cuadernos del P.I.E.A. Revista Interdisciplinaria de Estudios Agrarios*, 123- 151.
- Benería, L. (1981). Reproducción, producción y división sexual del trabajo. *Mientras tanto*. N° 6, 47-84.
- Benería, L. (2008). The crisis of care, international migration, and public policy. *Feminist Economics*, 1-21.
- Bidaseca, K. (setiembre-diciembre de 2011). Feminismos y poscolonialidad. Descolonizando el feminismo desde y en América latina. *Andamios. Revista de investigación social*, Vol. 8, N° 17. Universidad Autónoma de la Ciudad de México Distrito Federal, México, 133- 141.
- Blazek, A. B. Linardelli, M. C. García, D. & M.A Diez (2016). Debatiendo sobre el trabajo y los cuidados: ¿de qué hablamos cuando nos referimos al trabajo de cuidados?, *I Jornadas Nacionales de Investigación en Ciencias Sociales de la UNCuyo*. Mendoza.
- Bonaccorci, N. (1999). El trabajo femenino en su doble dimensión: doméstico y asalariado. *La Aljaba*. Segunda época. Vol IV, 83- 92.
- Bonder, G. y Rosenfeld, M. (2004). Equidad de Género en Argentina. Datos, problemáticas y orientaciones para la acción. Argentina: Área Género, Sociedad y Políticas. PRIGEPP, FLACSO, PNUD. Argentina, 2-88
- Bourdieu, P. (1990). *Sociología y Cultura*. Barcelona: GRIJALBO.
- Carrasco, C. (1998). Mujeres y economía: debates y propuestas. Alfons Barceló, *Economía Política Radical*. Madrid: Síntesis.
- _____ (2001). La sostenibilidad de la vida humana: ¿un asunto de mujeres? *Mientras Tanto*, N° 82, 43-70.
- Carrasquer, P. (1997). El trabajo de la reproducción: diferencias y desigualdades en una actividad invisible. En A. Carrasco, M. Mayordomo, & T. Montagut, *Mujeres, trabajos y políticas sociales: una aproximación al caso español*. Madrid: Instituto de la Mujer.
- Carrasquer, P., Torns, T., Tejero, E., & Romero, A. (1998). El trabajo reproductivo. *Papers*. Vol 55, 95-114.
- Casaravilla, D. (2000). ¿Angeles, demonios o Chivos expiatorios? El futuro de los inmigrantes latinoamericanos en Argentina. Programa Regional de Becas CLACSO. Obtenido de <http://bibliotecavirtual.clacso.org.ar/ar/libros/becas/1999/casara.pdf>
- Castles, S. (2006). Factores que hacen y deshacen las políticas migratorias. Alejandro Portes y Josh Dewind (coords.) *Repensando las migraciones. Nuevas perspectivas teóricas y empíricas*, México: Miguel Ángel Porrúa, pp. 33-66.

Castro-Gómez, S., & Grosfoguel, R. (2007). Prologo: Giro decolonial, teoría crítica y pensamiento heterárquico. En S. Castro-Gómez, *El giro decolonial. Reflexiones para una diversidad epostémica más allá del capitalismo global*. Bogotá: Siglo del Hombre Editores.

CEPAL (2011). El salto de la autonomía. De los márgenes al centro. *Informe 2011 del Observatorio de Igualdad de Género de América Latina y el Caribe*. Santiago de Chile, 7-91. Obtenido de <http://repositorio.cepal.org/bitstream/handle/11362/3931/S2011102.pdf?sequence=1>

CEPAL, & OIT. (2017). La inmigración laboral en América Latina y el Caribe. *Santiago de Chile: Coyuntura laboral en América Latina* N°16. Obtenido de http://repositorio.cepal.org/bitstream/handle/11362/41370/1/S1700342_es.pdf

Courtis, C. (2006). Hacia la derogación de la Ley Videla: la migración como tema de labor parlamentaria en la Argentina de la década del 90. En E. Jelin, & A. (. Grimson, *Migraciones regionales hacia la Argentina. Diferencia, desigualdad y derechos.*. Buenos Aires: Prometeo Libros.

Crenshaw, K. (1995). Mapping the Margins: Intersectionality, Indentity Politics, and Violence Against Women of Color. K. Crenshaw, N. Gotanda, G. Peller, & K. Thomas, *Critical Race Theory*. New York: The New Press.

Crenshaw, K. (2000). *Gender-related aspects of race discrimination*. Zagreb, Croatia: Background paper for the United Nations Expert Meeting on "Gender and Racial Discrimination".

Criado, M. J. (1997). Historias de vida: el valor del recuerdo, el poder de la palabra. *Migraciones* N° 1, 73-120.

Criado, M. J. (junio de 2001). Los testimonios personales en el campo de la migración. *Ofrim suplementos*. Madrid, Ofrim, 13-34.

Curiel, O. (2005). Identidades Esencialistas o Construcción de Identidades Políticas. El dilema de las Feministas Negras. En *Mujeres Desencadenantes. Los Estudios de Género en la República Dominicana al inicio del tercer Milenio*. República Dominicana: INTEC.

_____ (2007). Crítica poscolonial desde las prácticas políticas del feminismo antirracista. *Nómadas*. N° 26, 92-101.

_____ (2009). Descolonizando el feminismo: una perspectiva desde América Latina y el Caribe. Obtenido de http://feministas.org/IMG/pdf/Ochy_Curiel.pdf

_____ (2011). La descolonización vista desde el feminismo afro. En C. V. (Coords.), *Cuerpos Políticos y Agencia. Reflexiones feministas sobre cuerpo, trabajo y colonialidad*. Granada, España: Universidad de Granada.

_____ (2014). Genero, raza, sexualidad: Debates contemporaneos. Bogotá, Colombia: Universidad del Rosario. Catedra de Estudios Afrocolombianos. Obtenido de http://www.urosario.edu.co/urosario_files/1f/1f1d1951-0f7e-43ff-819f-dd05e5fed03c.pdf

Dandler, J., & Medeiros, C. (1991). Migración temporaria en Cochabamba, Bolivia a Argentina: patrones e impacto en las áreas de envío. P. Pessar, *Fronteras permeables. Migración laboral y movimientos de refugiados en América*. Buenos Aires: Planeta.

Davis, A. (2005). *Mujeres, raza y clase*. Madrid: Akal.

De la Garza Toledo, E. (coord.) (2002). *Tratado latinoamericano de la sociología del trabajo*, México: Fondo de Cultura Económica.

_____. (2009). Hacia un concepto ampliado de trabajo. En J. C. Neffa, E. d. Toledo, & L. M. (Comp.), *Tierra, Trabajo, Empleo, calificaciones profesionales, relaciones de trabajo e identidades laborales* (págs. 110-140). Buenos Aires: Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales - CLACSO: CAICYT.

Dirección General de Estadísticas y Censo de la Provincia de Córdoba.(2008). Censo Provincial de Población 2008. Gobierno de la Provincia de Córdoba. Obtenido de <http://estadistica.cba.gov.ar/>

Dirección General de Estadísticas y Censo de la Provincia de Córdoba.(2015). Documentos Estadísticos. Estadísticas Socio-demográficas. Gobierno de la Provincia de Córdoba. Obtenido de <http://estadistica.cba.gov.ar/>

Domenach, H., y Celton, D. (1998). *La comunidad Boliviana en Córdoba, caracterización y proceso migratorio*. Córdoba: ORSTOM, CEA.

Domenech, E., y Magliano, M. J. (2007). Migraciones internacionales y política en Bolivia: pasado y presente. *Estudios Migratorios Latinoamericanos*, 3-42.

Espinosa, Miñoso, & Yuderkys. (Julio-Diciembre de 2009). Etnocentrismo y colonialidad en los feminismos latinoamericanos: complicidades y consolidación de las hegemonías feministas en el espacio transnacional. *Revista venezolana de estudios de la mujer*, 14(33), 38.

Federici, S. (2010). *Calibán y la bruja. Mujeres, cuerpo y acumulación originaria*. Madrid: Traficantes de Sueños.

Fenenías, M. L. (2000). *Sobre sujeto y género (lecturas feministas desde Beauvoir a Butler)*. Buenos Aires: Catálogos.

Galindo, M. (2015). La revolución feminista se llama despatriarcalización. Rabiosa Introducción. A.L. Segobias, *Feministas Siempre. Descolonización y despatriarcalización de y desde los feminismos de Abya Yala*. Obtenido de <http://suds.cat/wp-content/uploads/2016/01/Descolonizacion-y-despatriarcalizacion.pdf>

Gil Araujo, S. (enero-junio de 2010). Una sociología (de las migraciones) para la resistencia. *EMPIRIA. Revista de Metodología de Ciencias Sociales* N°19, 263-273.

Gregorio Gil, C. (1997). El estudio de las Migraciones desde una perspectiva de género. En C. Gregorio Gil, *MIGRACIONES*. Madrid: Instituto Universitario de Estudios sobre Migraciones, 145- 175.

_____ (2011). Trabajo y Género a la luz de la crítica feminista en antropología social: acercamientos etnográficos. C. V. Augusto, & y. N. Alvarez Lucena (Coords.), *Cuerpos Políticos y Agencia. Reflexiones feministas sobre cuerpo, trabajo y colonialidad*. Granada: Universidad de Granada.

Grimson, A. (2006). Nuevas xenofobias, nuevas políticas étnicas en la Argentina. En A. Grimson, & E. Jelin, *Migraciones regionales hacia la Argentina. Diferencia, desigualdad y derechos*. Buenos Aires: Prometeo.

Guber, R. (2011). *La etnografía. Método, campo y reflexividad*. Buenos Aires: Siglo XXI editores.

Harding, S. (1993). *Ciencia y feminismo*. Madrid: Morata.

Harris, O. (noviembre de 1986). La unidad doméstica como una unidad natural. *Nueva Antropología*, VIII, N° 30, 199-222.

INDEC. (1991). *Censo Nacional de Población, Hogares y Vivienda*. Buenos Aires: INDEC.

_____. (2001). *Censo Nacional de Población, Hogares y Vivienda*. Buenos Aires: INDEC.

_____. (2010). *Censo Nacional de Población, Hogares y Viviendas*. Buenos Aires: INDEC.

Jelin, E. (1984). *Familia y unidad doméstica: mundo público y vida privada*. CEDES: Buenos Aires.

_____ (2006). Migraciones y derechos: instituciones y prácticas sociales en la construcción de la igualdad y la diferencia. A. Grimson, & E. Jelin, *Migraciones regionales hacia la Argentina. Diferencia, desigualdad y derechos*. Buenos Aires: Prometeo Libros.

Lagarde, M. (2004). Mujeres cuidadoras: entre la obligación y la satisfacción. C. I. Sare, *Cuidar cuesta: costes y beneficios del cuidado*. EMAKUNDE/Instituto Vasco de la Mujer, 155-160.

Lamas, M. (julio-septiembre de 1999). Usos, dificultades y posibilidades de la categoría de género. *Papeles de Población*. N°21, 147-178.

_____. (2013). Introducción. M. Lamas, *El Género. La construcción cultural de la diferencia sexual*. México: Porrúa.

Longo, M. E. (2011). *Trayectorias laborales de jóvenes en Argentina. Un estudio longitudinal de las prácticas de trabajo, las disposiciones laborales y las temporalidades juveniles de jóvenes de Zona Norte del GBA en un contexto histórico de dif. de las trayectorias*. Tesis Doctoral. Buenos Aires.

Lugones, M. (2005). Multiculturalismo radical y feminismos de mujeres de color. *RIFP*, 61-75.

_____ (2008). Colonialidad y Género. *Tabula Rasa*, 73-101. Obtenido de <http://www.revistatabularasa.org/numero-9/05lugones.pdf>

_____ (julio de 2014). María Lugones, una filósofa de frontera que ve el vacío. (A. Pamela, Entrevistador) Obtenido de http://www.scielo.org.ar/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S1853-001X2014000200007&lng=es&tlng=es

Mallimaci, A. I. (sep- dic., 2011). Migraciones y géneros. Formas de narrar los movimientos por parte de migrantes bolivianos/as en Argentina. *Estudios Feministas*, vol. 19, núm. 3, pp. Universidad de Federal de Santa Catarina Santa Catarina, Brasil, 751-775.

_____. (2012). Moviéndose por Argentina: Sobre la presencia de bolivianos en Ushuaia. *Migraciones Internacionales*, vol. 6, N° 23, 173-207

Mallimaci, A. I., & Magliano, M. J. (2015). Hacia un análisis interseccional de las trayectorias laborales de cuidados de mujeres migrantes en Argentina: jerarquizaciones, desigualdades y movilidades. *Ponencia presentada en el IV Seminario de la Red de Investigadores sobre Migraciones Internacionales Contemporáneas: Procesos, desigualdades y tensiones*. Neuquén.

Maquieira, V. (2001). Género, diferencia y desigualdad. Elena Beltrán, y Virginia Maquieira D'Angelo, Silvina Álvarez, Cristina Sánchez Muñoz (Eds.), *Feminismos. Debates teóricos contemporáneos*. Madrid: Alianza Editorial.

Mármora, L. (2014). Migraciones laborales en la construcción. Análisis comparado de la mano de obra migrante en la construcción en la República Argentina 2001-2011. L. Mármora, J. Gurrieri y R. Aruj. Ciudad Autónoma de Buenos Aires: Aulas y Andamios.

Mendoza, B. (2010). La epistemología del sur, la colonialidad del género y el feminismo latinoamericano. M. Espinosa, *Aproximaciones críticas a las prácticas teórico-políticas del feminismo latinoamericano*. Buenos Aires: En la frontera.

Merklen, D. (2005). *Pobres ciudadanos. Las clases populares en la era democrática (Argentina 1983-2003)*. Buenos Aires: Gorla.

Mignolo, W. (2003). *Historias locales/diseños globales. Colonialidad, conocimientos subalternos y pensamiento fronterizo, Cuestiones de antagonismo*. Madrid: Akal.

Mills, C. W. (2003). La promesa. C. W. Mills, *La imaginación sociológica*. México: Fondo de Cultura Económica. 23-43.

Mohanty, C. (2008). Bajo los ojos de occidente. Academia Feminista y discurso colonial. L. Suárez Navaz, & A. Hernández, *Descolonizando el Feminismo: Teorías y Prácticas desde los Márgenes*. Madrid: Cátedra, 112- 161.

Moore, H. (1999). *Antropología y feminismo*. Madrid: Cátedra

Muñiz Terra, L. (2012). Carreras y trayectorias laborales: una revisión crítica de las principales aproximaciones teórico-metodológicas para su abordaje. *Revista Latinoamericana de Metodología de las Ciencias Sociales*. Vol 2, N°1, 36- 65.

Muñiz Terra, L., Roberti, E., Deleo C. y Hasicic, C. (2013). Trayectorias laborales en Argentina: una revisión de estudios cualitativos sobre mujeres y jóvenes. *Revista Lavboratorio* Instituto de Investigaciones Gino Germani. Año 14, N° 25, 57-79. Obtenido de <http://publicaciones.sociales.uba.ar/index.php/lavboratorio/article/view/119>

Nejamkis, L. (2012). Políticas migratorias en tiempos kirchneristas (2003-2010) ¿un cambio de paradigma?. S. N. (comp.), *Migración y políticas públicas. Nuevos escenarios y desafíos*. Buenos Aires: Catálogo. 89-115.

OEA. (2012). *Migración Internacional en las Américas: Segundo Informe del Sistema Continuo de Reportes sobre Migración Internacional en las Américas*. SICREMI. Washington D.C. 2-302. Obtenido de https://www.oecd.org/els/mig/G48952_WB_SICREMI_2012_SPANISH_REPORT_LR.pdf

OIM. (2006). *Estudio exploratorio sobre trata de personas con fines de explotación sexual en Argentina*. Buenos Aires: Oficina Regional para el Cono Sur de América Latina, Chile y Uruguay. 1-323. Obtenido de <https://esclavitudcero.files.wordpress.com/2008/03/oim-estudio-exploratorio-argentina-chile-y-uruguay.pdf>

_____. (2011). *Informe sobre las Migraciones en el Mundo 2011. Comunicar eficazmente sobre la Migración*. Ginebra, Suiza. Obtenido de http://publications.iom.int/system/files/pdf/wmr2011_spanish.pdf

_____. (Abril de 2012). El impacto de las migraciones en Argentina. *Cuadernos Migratorios*(2).Argentina. Obtenido de <http://www.argentina.iom.int/co/sites/default/files/publicaciones/OIM>

OIR (Observatorio Integral de la Región). 2010. *Resumen Ejecutivo*. UNVM. Villa María.

Oliveira, O., & Salles, V. (. (1989). *Grupos domésticos y reproducción cotidiana*. México: El Colegio de México.

Pescio, A. y Oliva, A. (2009). *Bolivia. Estudio de las migraciones en el interior cordobés*. Villa María: Eduvim.

PNUD (2007). *Informe Nacional sobre Desarrollo Humano 2007. El estado del Estado de Bolivia*. Bolivia, 83-346. Obtenido de <file:///D:/Downloads/informe2007elestadoestado.pdf>

Picchio, A. (1999). Visibilidad analítica y política del trabajo de reproducción social. C. Carrasco, *Mujeres y Economía*. Barcelona: Icaria.

Pires, A. (1997 (consultado en 2015)). *De quelques enjeux épistémologiques d'une méthodologie générale pour les sciences sociales*. Université d'Ottawa. Obtenido de http://classiques.uqac.ca/contemporains/pires_alvaro/quelques_enjeux_epistem_sc_soc/enjeux_episte_sc_soc.pdf

Pizarro, C., Fabro, P., & Ferreiro, M. (Ene-Dic. de 2009). Los cortaderos de ladrillos como un lugar de trabajo para migrantes limítrofes: la importancia de "ser boliviano". *Estudio de trabajo*. Obtenido de <http://www.aset.org.ar/docs/Pizarro%20y%20otros%2037%2038.pdf>

Pizarro, J. (2007). Feminización de las migraciones en América Latina: discusiones y significados para políticas. *Seminario Mujer y migración. Conferencia regional sobre migración*. San Salvador, El Salvador: CEPAL.

Quijano, A. (2000). Colonialidad del poder, eurocentrismo y América Latina. E. Lander, *La colonialidad del saber: eurocentrismo y ciencias sociales*. Buenos Aires: Faces/UCV., 202-245.

_____ (2000b.). Colonialidad del Poder y Clasificación Social. *Fereschrift for Immanuel Wallerstein, part I, Journal of World Systems Research*, V.XI, summer/fall.

_____ (2013). "El trabajo". *ARGUMENTOS -UAM-XOCHIMILCO*. Obtenido de <http://www.scielo.org.mx/pdf/argu/v26n72/v26n72a8.pdf1-19>

_____ (2014). «Raza», «etnia» y «razón» en Mariátegui: cuestiones abiertas". En C. y. e. poder. Buenos Aires: CLACSO.

Roitman, S., & Quevedo, C. (2012). Enfoques teóricos para el estudio de las relaciones de trabajo de la Población de Origen Boliviano en Córdoba. G. Z. (editor), *Tan cercanos y tan lejos. Pobladores bolivianos de periferias urbanas cordobesas*. Córdoba: Editorial Universitas.

Sánchez Muñoz (2001). Genealogía de la vindicación. Elena Beltrán, y Virginia Maquieira D'Angelo, Silvina Álvarez, Cristina Sánchez Muñoz (Eds.): *Feminismos. Debates teóricos contemporáneos*. Madrid: Alianza Editorial.

Salles, V. (junio 1991). Cuando hablamos de familia, ¿de qué familia estamos hablando? *Nueva Antropología*. México: Asociación Nueva Antropología A.C., 53- 87.

Santos, B. d. (2009). *Una Epistemología del Sur: La reinención del Conocimiento y la Emancipación Social*. Buenos Aires: Siglo XXI editores, CLACSO.

Sassen, S. (2008). Actores y espacios laborales de la globalización, traducción de Leandro Nagore y Silvina Silva. *Papeles*, 101, 33-51.

Sassone, S. (2009). Breve geografía histórica de la migración boliviana hacia Argentina. C. p. (Editores), *Buenos Aires Boliviana. Migración, construcciones identitarias y memoria* (págs. 389-402). Buenos Aires: C. P. P. H. C., Ministerio de Cultura GCABA.

Schaigorodsky, E., & Roitman, S. (2014). Trama y cadenas productivas: Su resignificación para un estudio de caso en el sector lácteo de Villa María - Córdoba. *VIII Jornadas de Sociología de la UNLP*. Ensenada, Argentina: Memoria Académica.

Scott, J. (2000). *Los dominados y el arte de la resistencia. Discursos Ocultos*. México D.F.: Era [edición original: 1990].

Scott, J. W. (2001). Experiencia. *La ventana*, N° 13, 42-73.

Segato, R. (2013). Anibal Quijano y la perspectiva de la colonialidad del poder. En R. Segato, *La crítica de la colonialidad en ocho ensayos y una antropología por la demanda*. Buenos Aires: Editorial Prometeo.

_____ (2014). Colonialidad y patriarcado moderno: expansión del frente estatal, modernización, y la vida de las mujeres. En Y. E. Miñoso, D. G. Correal, & K. O. (editoras), *Tejiendo de otro modo: Feminismo, epistemología y apuestas descoloniales en Abya Yala*. Popayán: Editorial Universidad de Cauca, 75-90

Tapia, M. (2010). Inmigración boliviana en España: un caso para la comprensión de la migración internacional con perspectiva de género. *TINKAZOS. Revista Boliviana de Ciencias Sociales*. Año 13, 109- 127.

_____. (2014). Bolivia, historia de migraciones: pasado y presente. Solé, Parella, & Petroff, *Las migraciones bolivianas en la encrucijada interdisciplinar: Evolución, cambio y tendencias*. Barcelona: CER Migraciones/Universitat Autònoma de Barcelona.

Valcarcel, A. (Marzo de 2001). La memoria colectiva y los retos del feminismo. *Unidad Mujer y Desarrollo*, N° 31. Santiago de Chile: CEPAL, 5-33.

Vargas, P. (2005). *Bolivianos, paraguayos y argentinos en la obra*. Buenos Aires, IDES: Editorial Antropofagia.

Vargas, V. (2002). Los feminismos latinoamericanos en su tránsito al nuevo milenio (una lectura político-personal). D. Mato, *Estudios y otras prácticas intelectuales latinoamericanas en cultura y poder*. Caracas: CLACSO/FaCES/UCV.

Vigoya, V. (2009). La sexualización de la raza y la racialización de la sexualidad en el contexto latinoamericano actual. *Revista Latinoamericana de Estudios de Familia*. N° 1, 63-81.

_____. (2016). La interseccionalidad: una aproximación situada a la dominación. *Debate feminista*. N° 52, 1-17.

Vior, E. (2006). *Derechos Humanos, Migración y Democracia*. Obtenido de <http://www.ddhmmigraciones.com.ar/eventos/sevilla19-07-06/Vior.pdf>

Wallerstein, I. (1991). Universalismo, racismo y sexismo, tensiones ideológicas del capitalismo", en: I. Wallerstein y E. Balibar, *Raza, nación y clase*, Madrid: IEPALA.

Yuval Davis, N. (2006). Intersectionality and Feminist Politics. *European Journal of Women's Studies*, Vol 3, N°13, 193-209.

Zilocchi, G. (2012). Horticultores bolivianos de zonas periurbanas de localidades cordobesas en un contexto de "nuevas ruralidades". G. Zilocchi, *Tan Cercanos y tan ajenos. Pobladores bolivianos de periferias urbanas cordobesas*. Córdoba: Editorial Universitas.